

QUEDATE CONMIGO

leticia zampedri



LETICIA ZAMPEDRI

Capítulo 1

Nicholas

- 5 años atrás -

—¿Dónde habrá más cervezas? —Me pregunté a mí mismo mientras me inclinaba dentro de la heladera en busca de alguna lata restante.

El calor estaba empeorando y el sudor había comenzado a asomar a través de los poros de mi piel. Era la primera vez que visitaba Houston y no estaba acostumbrado al clima húmedo de la zona en junio. Bufé y saqué la última lata fría del congelador.

—Genial —dije en voz alta mientras tiraba del pequeño anillo de metal para abrirlo.

Levanté mi cabeza y observé a través de la ventana que daba al patio interno de la casa de Ethan. Las dos chicas que habíamos conocido en el bar a la vuelta de la empresa estaban paradas al borde de la pileta. Tragué saliva mientras las miraba detenidamente. Una de ellas se estaba quitando la camiseta para quedar en traje de baño, mientras que la segunda se sentaba coquetamente en una reposera cerca de mi amigo. Era un par jodidamente caliente y estaban demasiado dispuestas a complacernos.

Si al menos habría más cervezas, pensé.

Giré mi cuerpo en dirección a la puerta con la intención de sumarme al grupo, pero algo me impidió continuar con mi propósito. En ese momento, unas largas y bien torneadas piernas entraron caminando en mi campo visual. Me paré en seco en la mitad de la cocina y la observé con cuidado. La chica llevaba los pies descalzos y sus uñas estaban pintadas de un color rosa pálido que envió fantasías perversas a mi mente.

¿Desde cuándo un simple e insulso esmalte de uñas podía ser tan excitante?, pensé tragando saliva.

Seguí subiendo. Muy despacio porque quería memorizar cada detalle de esa pequeña figura seductora que tenía frente a mí.

El vestido que estaba usando era blanco y le llegaba por encima de la rodilla haciéndola lucir como un ángel salido del mismo paraíso celestial. Dos sandalias rojas colgaban de su mano izquierda y su cabello negro como el azabache estaba un poco alborotado alrededor de sus

hombros descubiertos.

Normalmente, las prefería rubias, pero su rostro perfectamente simétrico, su tez cremosa, sus labios carnosos e irreales y sus ojos negros que me miraban a través de dos largas y bien definidas pestañas hacían que fuese la reencarnación de Afrodita.

—¡Date prisa! —gritó Ethan desde afuera, pero no me molesté en contestarle, ni siquiera volteeé. En lugar de eso, me quedé paralizado viéndola.

Una extraña mezcla de sorpresa, nerviosismo y ansiedad revoloteó en su expresión al escuchar la voz de mi amigo. Era fascinante. Inmediatamente, llevó su dedo índice a su boca y me hizo señas para que no hablara en voz alta.

—No le digas a mi hermano que me viste —Me dijo en un susurro—. Él piensa que estaba durmiendo en mi habitación.

La incredulidad me golpeó en el estómago mientras mi mente procesaba su pedido. Tuve que pestañear dos o tres veces seguidas para poder reaccionar ante sus palabras y la comprensión me golpeó fuerte en el estómago. Siempre que Ethan me había hablado de su hermana pequeña me la había imaginado como una niña con trenzas y ortodoncias, pero la chica que estaba frente a mí no lucía para nada como la descripción de la niña dulce e inocente que mi amigo hacía de ella.

La chica que estaba frente a mí lucía como una fantasía sexual andante. —¿Eres la hermanita de Ethan? —No podía disimular la incredulidad en mi voz.

—Así es —respondió, sintiéndose orgullosa.

El sonido de unas risas provenientes desde la piletta llamaron su atención. Entonces, me dirigió una mirada suplicante y entornó los ojos mientras se mordía el labio inferior. Mmm, hubiese querido darle una probada.

Bebí un trago de mi cerveza y la miré divertido. —¿Y qué obtendré a cambio de cubrir tu rebelde trasero de niña mimada? —le contesté sonriéndole de lado.

Me observó fijo por un largo rato y casi logró que me sintiese un poco intimidado. Luego, miró en dirección al jardín trasero y, nuevamente, a mí. Entonces, una chispa brotó detrás de sus ojos y su sonrisa se hizo más amplia. Se acercó dando pequeños y seductores pasos hasta que estuvo a escasos centímetros de mi cuerpo. Levantó su mano y ubicó su largo y delicado dedo índice sobre mi pecho para luego trazar pequeños

círculos sobre mi piel desnuda.

Joder, iba a tener una erección. Tragué saliva con fuerza.

—Porque te puedo decir en dónde escondo mis cervezas —Sus labios carnosos se movieron con total sincronía mientras me hablaba en voz baja y tuve que contener el impulso de cometer una idiotez, como era costumbre en mí.

Levanté la lata de cerveza que aún tenía en mi mano derecha y tomé un largo y abundante trago intentando apartar mis pensamientos. Tocarla, besarla y hacerla gritar mi nombre no era algo que podía permitirme hacer.

Ethan era mi mejor amigo y hay ciertos códigos que se debían respetar. Claro, éramos un grupo, pero Ethan era al que más quería. Siempre parecía entenderme más de lo que yo quería, pero nunca decía nada. Cuando estuve jodido por haber descubierto que tenía una hermana no reconocida por parte de mi padre, Ethan estuvo ahí. Cuando había decidido entablar una relación con ella a escondidas de mi familia, también me había apoyado. Estuvo siempre y le debía respeto. Era mi hermano, en eso la sangre no importaba. Se preocupaba cuando nadie más sabía que había algo por lo que preocuparse. No podía dejar que una simple fascinación por su hermana pequeña se interpusiera entre nosotros y ocasionase algún malentendido.

—Trato hecho, pequeña —le dije apartándome de ella.

Entonces, me sonrió, batió sus hermosas pestañas y apartó el cabello sobre su hombro. Me dio la espalda y abrió la heladera para inclinarse dentro de ella, dejando una mano en la parte superior de la puerta. Sacó un contenedor de color azul y lo apoyó sobre la mesada de mármol blanco. Lo abrió y retiró un papel que cubría cuatro botellas de Corona en su interior.

Se giró y me miró maliciosa antes de alcanzarme los envases. Le sonreí en respuesta y las tomé entre mis manos. Ella se cruzó de brazos, presionando sus pechos. En ese momento, fui consciente de que no llevaba sujetador debajo del vestido que llevaba puesto. Podía ver sus pezones asomarse debajo de la fina tela y casi emití un gemido.

Sacudí mi pensamiento obligándome a comportarme. ¡Era la hermana de Ethan por Dios! —Tu secreto está a salvo —exclamé, dejando los envases sobre la mesada.

Luego, se puso las manos en las caderas y me miró directo a los ojos. Una seductora y juguetona sonrisa tiró de la comisura de sus labios. Sexy.

Como. El. Infierno.

Despacio, se puso en puntas de pie y tomó mis hombros con sus delicadas manos para dejar un suave beso en mi mejilla.

—Gracias —me dijo antes de girarse y comenzar a caminar en dirección a las escaleras de la sala.

La observé mientras se alejaba. Su trasero era jodidamente caliente y se acoplaba perfectamente al movimiento seductor de sus caderas. Era implacable.

Cuando llegó a la base del primer escalón, giró su cabeza y me dio una última mirada. —Soy Anna, por cierto —me dijo.

Le sonreí en respuesta y asentí. —Nicholas —le contesté colocando una de mis manos dentro del bolsillo delantero de mi pantalón.

—Un gusto hacer negocios contigo —me dijo y me guiñó un ojo.

Solté una carcajada. —Cuando quieras —le respondí y la observé perderse tras los escalones de madera.

Permanecí inmóvil por varios segundos parado en el medio de la sala. Anna podría confundirse con un ángel, pero no había nada angelical en ella. Era el mismo diablo en persona y yo acababa de venderle mi alma.

Capítulo 2

Anna

- 6 meses después -

Un sonido molesto se escuchaba a través de mis auriculares. Rodé los ojos y los retiré de mis oídos. Alguien estaba golpeando la puerta de mi habitación. Dejé escapar un suspiro y me levanté de la cama.

—¿Qué pasa? —dije con voz enojada mientras abría la puerta.

Cuando reconocí a la persona que había interrumpido mi momento de tranquilidad, la sorpresa me golpeó en la cara. No esperaba verlo hoy y tampoco sabía que se encontrara en la ciudad.

Nicholas Wayne estaba parado frente a mí con sus ridículamente sexis ojos azules mirándome sonriente. Su cabello estaba más largo que desde la última vez que lo había visto y se rizaba rebelde en las puntas. Con una pequeña sacudida de cabeza apartó uno de los mechones de su rostro. Ese simple gesto hizo que quisiera extender mi mano para enredar mis dedos en él y jugar durante el resto de la tarde. *¿Sería tan suave como lucía?* Dios. Me reté a mí misma. No debía pensar así.

Sus ojos parpadearon nerviosos, como si no supiera exactamente qué decirme, así que me obligué a fruncir el ceño. Actuaba con cierta desconfianza cuando él estaba cerca. No era justo, pero no podía evitarlo. No había sido más que agradable conmigo y había cubierto mi espalda frente a mi hermano en dos ocasiones. También solíamos encontrarnos en el club para jugar al tenis o tomar algunas cervezas cuando venía de visita con su padre.

Pero el hecho de que era amigo de Ethan y de que cuando venía de visita a Houston mantenía una relación con Melissa MacGregor era suficiente para que guardase cierta distancia entre nosotros. Si un chico podía salir con esa bruja, entonces algo estaba mal con él.

—Ordené comida China. ¿Quieres acompañarme? Compré demasiada y tu hermano acaba de decidir que acudir a una aburrida reunión de negocios es más importante que cenar con su mejor amigo—me dijo sonriéndome de costado.

—Eso no debería sorprenderte —repliqué, intentando mantener el tono neutral.

—¿No, verdad? —respondió, encogiéndose de hombros.

Me resultaba difícil apartar la mirada de sus penetrantes ojos. Habían sido mi condena desde la primera vez que nos encontramos en la cocina de mi casa, pero eso fue antes de verlo del brazo de Melissa en la gala de beneficio de la empresa.

Melissa era la única hija de uno de los mejores inversionistas en la empresa de papá y era demasiado malcriada. La había odiado desde el momento en que la conocí. No solamente porque siempre lucía como una muñeca Barbie con sus cabellos rubios y ojos verdes, sino porque había desatado una pequeña guerra interna en la cual siempre luchaba por tener al chico que yo quería. Y lo conseguía.

Era una perra.

—¿Y qué me dices? ¿Me acompañas? —insistió, ante mi falta de contestación.

—Gracias, pero no tengo hambre —Le respondí, deseando que mi estúpido estómago no gruñera y me dejara en evidencia.

Tenía pensado pedirle a Maya, nuestra ama de llaves, que me preparase un sándwich, pero me había entretenido mirando una serie en Netflix.

—No te creo —dijo negando con la cabeza.

Me crucé de brazos y mordí mi labio inferior. Nicholas soltó una risa y levantó su mano izquierda sosteniendo una bolsa con el logo de un famoso restaurante del Barrio Chino al que siempre solía ir con mi padre frente a mi rostro.

—Sé que te gusta. Además, el hecho que salía con Melissa no quiere decir que tenga algún virus contagioso.

Tuve que soltar una sonora carcajada. Bien podría tenerlo. Melissa irradiaba tanto veneno de sus poros que cualquiera que estuviese cerca quedaba expuesto.

—¿Salías? —Pregunté, entornando mis ojos mientras lo observaba con mis manos apoyadas en mis caderas—. Te vi con ella en el club ayer por la tarde. No creo que debas hablar en tiempo pasado. —Soné como una chica celosa, pero no pude evitarlo.

Nicholas se rio ante mi comentario y entró a mi habitación. Luego, se sentó en el borde de mi cama, relajando todo su cuerpo contra los

almohadones. Parecía demasiado cómodo.

—Es solo mi amiga. Estuvimos bebiendo unas cervezas. Acababa de llegar de Manhattan y me la crucé por casualidad.

Era su amigo. Eso, definitivamente, era una señal para desconfiar. ¿Qué persona normal era amigo de Melissa?

—Está saliendo con uno de los hijos de Monroe Roberts o con los dos. Seguro que la viste en las fotos de la fiesta de la empresa en Nueva York la semana pasada—me explicó encogiéndose de hombros.

Sacó una caja de pollo agridulce del interior de la bolsa y la abrió. Luego, metió un par de palillos chinos dentro y me la extendió, mirándome suplicante. Solté un suspiro y me acerqué. Tomé la caja entre mis manos y me senté a su lado cruzando mis piernas sobre el colchón.

—¿Seguro que no tienes rabia? —le pregunté mirándolo con desconfianza.

Su sonrisa creció.

—Acabo de salir del veterinario —Me siguió la broma y ambos reímos.

Odié que mi estómago revoloteara al escuchar su sonrisa. Todo mi cuerpo parecía relajarse cuando estaba con él y me invadía una extraña sensación de comodidad. Como si pudiese pasar interminables horas a su lado. Odié ese sentimiento.

No necesitaba ni quería que eso comenzara a suceder. Mucho menos ahora que había comenzado una relación amorosa con otro hombre. Aunque no era algo formal, en cierta forma me sentía como si ya tuviese dueño y sentirme tan a gusto con Nicholas, no se sentía bien. Tomé un bocado de mi pollo y sacudí mi cabeza.

—Así que... ¿Cómo van tus cosas? —Me consultó y me encogí de hombros—. No esperaba encontrarte en la ciudad. Creí que a esta altura debías estar en la Universidad. Ethan me dijo que tu padre quería que asistieses a Wharton.

—Lo que mi padre quiera me tiene sin cuidado. No quiero irme. Pienso asistir a Rice.

Nicholas frunció el ceño y luego una pequeña sonrisa tocó sus labios

—¿No quieres o es otra forma de llevarle la contra a tu padre? —dijo

sonriendo de costado.

—Ambas —respondí —Además, quiero trabajar en la empresa junto con Ethan.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. —Vaya, sí que estás empeñada en darle un fuerte dolor de cabeza a tu padre.

Reí. —Y creo que está dando resultado —dije, orgullosa.

Negó con la cabeza y volvió a reír. Su sexy fragancia masculina me alcanzó y me hizo inhalar profundamente. Me giré y lo observé por un momento. La remera azul que llevaba se ajustaba a sus brazos ceñidamente y destacaba los músculos de su pecho. También resaltaba el color de sus ojos.

Nicholas debió notar mi mirada porque dejó su comida de nuevo en la bolsa y giró su cuerpo para enfrentarme completamente. Traté de calmar mi corazón acelerado. ¿Por qué me estaba comportando de esta manera?

—Es una lástima que no asistas a Wharton. Podría visitarte con más frecuencia —dijo despacio.

Miles de alarmas se encendieron en mi mente y casi me atraganté con un pedazo de pollo agridulce. Intenté reprimir el deseo de pasar más tiempo con Nicholas y descarté cualquier posibilidad de mudarme. Querer estar al lado de una persona tanto como quería estar con él, no debía ser algo bueno.

—Melisa piensa mudarse a Nueva York. Podrías visitarla a ella.

—No lo vas a dejar pasar, ¿cierto? —preguntó, estudiándome de una forma que solo me hacía querer retorcerme.

Dejé escapar un suspiro y mordí otro pedazo de pollo. No pensaba admitirle lo mucho que todo ese asunto me molestaba.

—Lo mío con ella fue un momento de locura. Soy un chico y ella se me acercó. Nos entendimos y pasamos un buen rato. Fue solo eso. Ahora, deja de ser tan desconfiada. Se terminó. ¿Podemos ser amigos? De verdad, extraño tenerte como oponente en la cancha de tenis.

Lo miré fijo durante varios segundos y, finalmente, cedí.

—Está bien —le dije —. También extraño derrotarte y ver tu cara de niño llorón.

Nicholas sonrió ampliamente y despeinó mis cabellos. —Ya veremos quién termina llorando mañana por la tarde —dijo, desafiante.

Le saqué la lengua y pretendí saborear otro pedazo de pollo. Sin embargo, la palabra "amigos" continuaba resonando en mi mente. Nunca había sido amiga de alguien que aceleraba mi corazón y hacía hormiguear mi cuerpo. ¿Cómo podría manejar ese tipo de relación?

Capítulo 3

Nicholas

-Actualidad -

Un sonido irritante sonaba de lejos. Abrí los ojos y los volví a cerrar al sentir el dolor de la claridad atravesando mis pupilas.

Maldición. Estiré mi mano para tomar el despertador y apagarlo, pero una vez que alcancé el maldito aparato, me di cuenta de que estaba apagado.

Mierda, maldije mentalmente. Me había olvidado de encenderlo la noche anterior.

Demasiado whisky, me recordó mi conciencia.

Levanté el pantalón del piso y saqué mi celular del bolsillo trasero. Pasé una de mis manos por el rostro para intentar quitar el sueño de mis ojos antes de atender y comenzar a caminar a través de mi habitación.

—Hola —dije, intentando que mi voz sonara lo menos adormecida posible.

—Por Dios Nicholas, no me digas que aun estabas durmiendo —La voz del otro lado sonaba a reproche, pero decidí pasar por alto ese detalle.

—No jodas, Ethan. Me olvidé de encender el maldito despertador.

—Mmm, bueno —dijo, no muy convencido de mi excusa —.Por favor, métete en tus pantalones y termina el informe de compra de esta semana. Lo necesito para mañana.

—A sus órdenes, jefe —le dije en tono de broma mientras cerraba la puerta del baño tras de mí con un pie.

—Ya madura de una vez —me retó y solté una carcajada.

Intercambiamos algunas palabras más y luego corté la llamada.

Junté abundante agua con las manos y la arrojé sobre mi cara, pero cuando me miré al espejo, no estuve muy convencido si la imagen que el espejo me devolvía era la mía o si el espíritu de algún vagabundo me había poseído. Mis ojos estaban bastante hinchados y unas cuantas marcas violetas estaban espaciadas a lo largo de mi pecho y cuello.

Pasé la palma de mi mano por encima de ellas en un estúpido intento de borrarlas, pero solo logré que se volvieran más intensas.

Mierda. Demasiado whisky. Era la única explicación por la que debía haberme dejado marcar de esa forma antes de la reunión de esta mañana.

Escupí la pasta dental y tomé la pequeña toalla de mano azul que estaba colgada a un costado para depositarla sobre mi hombro y salir de la habitación. Necesitaba darme una ducha y ponerme algo de ropa antes de comenzar a enfrentar mi día.

Encontré mi bóxer sobre la mesa de luz, más precisamente sobre la lámpara de noche. Lo tomé y me lo coloqué haciendo equilibrio para no caerme.

Me senté al borde de la cama y apoyé mis codos sobre los muslos para intentar despejarme y hacerme a la idea de que era ya era lunes y que debía ir a la oficina.

Observé el suelo alfombrado de mi habitación por un momento hasta que algo me llamó la atención. Una diminuta prenda de encaje rojo se asomaba debajo del somier. La aparté con uno de mis pies. Era una pequeña braga y estaba toda arrugada y hecha un ovillo.

De inmediato, recordé que no estaba solo en la habitación. Giré mi cabeza y me encontré con una melena rubia durmiendo en la otra punta de mi cama. La mitad de su espalda estaba desnuda mientras que la otra mitad estaba cubierta por las sábanas negras.

¿En qué momento decidí que era buena idea que se quedara a dormir?

Demasiado, demasiado whisky. Me reté mentalmente. ¿En qué mierda estaba pensando? No solamente estaba atrasado para la oficina, sino que ahora, además, tendría que hacer el papel de caballero y llevarla hasta su casa. O llamarle un taxi, como mínimo.

Observé su espalda con el ceño fruncido por algunos segundos. Lo último que recordaba era haberla encontrado tomando una cerveza en la barra del bar y coquetear con ella hasta que sus manos se depositaron descaradamente sobre mi pierna mientras me miraba seductora con una sonrisa en sus labios.

Estiré mi mano para darle una pequeña sacudida en su hombro e intentar despertarla, pero la chica solo se movió tratando de apartar mi mano. Suspiré frustrado y la volví a sacudir con menos cuidado esta vez. Ella se despertó y se giró para enfrentarme. Por suerte, pude reprimir mi

cara de espanto. De verdad, ¿en qué había estado pensando?

Demasiado whisky, definitivamente.

El exceso de maquillaje de sus ojos se encontraba desparramado por todo su rostro y sus carnosos labios no eran tan seductores sin todo el labial rojo que ahora se encontraba en todo mi abdomen y más abajo.

—Hora de irse, muñeca —Le dije.

—Mmm —Me respondió — ¿Ya?

El tono de su voz me hizo saber que estaba dispuesta a repetir lo que había pasado entre nosotros la noche anterior. No, gracias.

No estaba de humor.

—Sí, debo ir al trabajo —Le respondí sin volver a mirarla mientras me dirigía a mi guardarropa para buscar una camisa y darme una ducha antes partir con rumbo al trabajo. Además, el olor a colonia barata me estaba descomponiendo.

El celular vibró sobre la cama y me giré para tomarlo entre mis manos antes de continuar mi camino al vestidor. De reojo, vi que la chica se había sentado sobre el colchón y que estaba buscando su vestido entre las sábanas.

Buenos pechos, pensé. Pero, aun así, no repetiría. Hasta ahora, no había conocido a ninguna chica que me hiciera desear volver a verla al día siguiente, así que estaba un poco confundido al encontrarla aquí todavía. Seguramente, el sueño me había vencido después de nuestra segunda ronda y debió pensar que me gustaría encontrarme con ella cuando abriese los ojos.

Negué con la cabeza y desbloqueé la pantalla para encontrarme con un mensaje de Anna.

Ninguna chica excepto Anna, pensé.

La había deseado desde el primer momento en que la vi. Sin embargo, nunca pasó nada entre nosotros. Nos hicimos amigos, o algo así. Durante mis cortas estancias en Houston, solíamos encontrarnos para jugar al tenis, salir por algunas cervezas o incluso compartir alguna que otra cena con sushi en su casa.

No era como las otras chicas con las que me había liado. Ellas sabían cuál era el juego y no significaban nada para mí. Anna era diferente. Me hacía

sentir cosas. Cosas que quería evitar.

Era difícil ser amigo de una mujer a la cual deseaba de una manera más íntima, pero lo había controlado bastante bien hasta hace poco.

Tres meses atrás, vivía en Manhattan y solo venía a Houston para acompañar a mi padre durante las reuniones en la compañía, o cuando visitaba a mi hermana. Pero eso fue antes de que mis padres decidieran darle una segunda oportunidad a su matrimonio y emprender un viaje al viejo continente para reencontrarse como pareja.

Entonces, me vi obligado a tomar el lugar de mi padre en la empresa de la familia Jameson, lo que implicaba acudir a reuniones, firmar contratos, pelear con clientes y levantarme temprano. También implicó que debí asentarme por algunos meses en la ciudad.

Desde ese momento, mantenerme a raya con Anna me estaba resultando extremadamente difícil.

Solté un suspiro de frustración.

Anna: Llegas tarde.

Sonreí ante su mensaje. Saber que notaba mis ausencias y que se preocupaba por mí me generaba una punzada de dolor en el estómago.

Yo: Estoy yendo. ¿Qué quieres a cambio por cubrir mi jodido trasero?

Escribí en respuesta sin borrar la sonrisa de mi boca. El simple hecho de pensar en ella, me volvía un maldito risueño.

Dios. Quería golpearme por ser tan cursi. Había algo en ella que despertaba un lado asquerosamente sentimental en mí.

Anna: Sabes que estoy a dieta. Pero un café de Starbucks estaría genial.

Fruncí el ceño. Anna no necesitaba hacer dieta. Era perfecta. Tenía curvas donde las debía tener y era condenadamente caliente.

Yo: Te llevo el café y medialunas. No quiero tener que andar cargando tu trasero debilucho después.

Presioné enviar y esperé su respuesta. No entendía esa estúpida fascinación de las mujeres por las dietas. Era ridícula.

Anna: Seguramente, será tu trasero casanova el que tendré que cargar si

no venís de inmediato. Papá ya está en la oficina.

Maldición, pensé. No quería tener problemas con el padre de Ethan. Reprimí un escalofrío al recordar su mirada de desdén cuando mi padre le informó que sería yo quien lo reemplazaría.

Sacudí la cabeza y saqué una camisa del perchero.

Una vez que terminé de ducharme y vestirme, salí del cuarto de baño para encontrarme con la chica ya vestida y esperándome sentada al borde de la enorme cama.

—Mmmm, ¿Jennifer? —Dudé unos segundos. Diablos. No recordaba su nombre —Vamos, te acerco hasta tu casa. —Le dije y me encaminé a la salida.

Tomé las llaves del auto entre mis dedos y me hice a un costado para permitirle el paso. Pude notar como su expresión reflejaba una mueca de dolor y me sentí un cretino.

Odiaba eso, pero tampoco quería que la chica se hiciera una idea equivocada de nosotros. Habíamos tenido sexo, nada más. No le había hecho promesas ni nada, ¿o sí? Realmente, no estaba seguro.

Tal vez, podría comprarle algo para desayunar en el camino. Era lo menos que podía hacer por ella, me dije.

Quince minutos después, dejé a la chica en un complejo de departamentos a pocas cuadras del centro y me dirigí hasta Starbucks para comprarle el café a Anna. El tránsito hasta la empresa a esta hora de la mañana es insoportable y, una vez más, tuve que maldecirme por haber sido tan descuidado.

Anuncié mi llegada al jefe de seguridad e ingresé al estacionamiento privado del edificio viendo el pequeño deportivo Audi negro estacionado en mi lugar.

Pequeña traviesa, pensé mientras ubicaba mi coche a su costado.

Salí del ascensor acomodándome el cuello de la camisa en un intento frustrado por cubrir las marcas que la rubia me había dejado y antes de comenzar a caminar hasta mi oficina, saqué el celular. Debía avisarle a Ethan que ya estaba en la empresa y que le enviaría los archivos una vez que la cafeína hiciera efecto en mi sistema nervioso.

—Dios, te ves horrible.

La dulce voz de Anna a mis espaldas envió descargas eléctricas por toda mi columna vertebral y, mentalmente, rogué que no viese las marcas de mi cuello. No era que ella no estuviese al tanto de mis ligues, pero prefería mantener mis revolcones fuera de nosotros.

Giré mi cuerpo y la encontré parada en el medio del pasillo que unía la oficina de su padre con la mía sosteniendo una pila de carpetas azules en la mano.

Cuando mis ojos se encontraron con los de ella, le sonreí de manera espontánea. Su largo cabello estaba recogido en un prolijo moño y el único rastro de maquillaje adornaba sus pestañas oscuras y largas. Anna no necesitaba maquillarse para verse bonita. Su delicada piel era tersa y estaba seguro de que era tan suave como se veía.

Llevaba puesta una camisa blanca y una falda negra ajustada a sus exuberantes caderas. No pude evitar pensar que se veía como salida de una maldita fantasía erótica. Le sonreí una vez más y levanté la bolsa con su pedido en mis manos. Ella me devolvió la sonrisa y me hizo señas para que la siguiese.

—Tengo tus papeles en mi escritorio —dijo.

Asentí y caminé detrás de ella. Era como seguir a una sirena.

Una vez que llegamos, entornó sus ojos y mordió sus labios mientras negaba con la cabeza con una pequeña sonrisa.

—¿Tuviste una noche divertida? —Me preguntó con tono burlón levantando sus cejas mientras jugaba con una lapicera entre dedos.

Estaba mirando fijamente mi cuello y pude notar que mordía la parte interior de su mejilla, aunque intentaba forzar una sonrisa.

—Demasiado whisky —Le respondí de mala gana.

No lograba descifrar la expresión de su rostro. Era una habilidad que compartía con su hermano. Cuando se lo proponían, ambos eran indescifrables.

—¿Qué tal tu fin de semana? —Le consulté, mientras me sentaba sobre el borde de su escritorio.

Anna acomodó las carpetas al lado de la computadora y, después, se sentó en la silla giratoria para observarme con sus hermosos ojos cafés.

—No tan divertido como el tuyo, pero estuvo...interesante.

No me gustó el tono que utilizó en su voz porque me dejaba entrever muchas cosas que no estaba dispuesto a tolerar. Una profunda oleada de celos me consumió.

—Espero que «interesante» no incluya nada de citas esporádicas con alguno de esos idiotas que hacen fila para besarte el trasero —Escupí sin pensarlo.

—Oh, no, Nicholas. Detente aquí. Odio cuando te pones en ese lugar.

Fruncí el ceño. —¿En qué lugar? —Quise saber.

—Ya sabes en qué lugar Nicholas —Me respondió, parándose de la silla mientras comenzaba a caminar hasta la puerta del asesor.

La tomé del brazo y me coloqué delante de ella. Rodó los ojos y soltó un suspiro sonoro.

—En el maldito lugar de mi hermano —Me dijo con tono cansado.

Pestañé varias veces ante sus palabras, sin saber si estar agradecido de que ella había malinterpretado mi repentino ataque de celos. Solté su brazo y me relajé.

—Es mi deber cuidarte. Eres la hermana pequeña de Ethan —Le dije mientras extendía mi mano y acariciaba su mejilla —. Y debo preocuparme por ti. No me gustaría que ninguno de esos tontos pretendientes que solo van detrás de tu cuenta bancaria te lastimase.

Mentí mientras le sonreía con ternura deseando jodidamente besar sus carnosos y tentadores labios.

—Bueno —dijo, apartándose de mí —¡Ya me tienen cansada! Resulta que ya no soy tan pequeña. Ya soy una mujer adulta y puedo cuidarme muy bien sola. No soy tan tonta como para no darme cuenta de cuando un maldito imbécil de acerca a mí con segundas intenciones.

Me respondió y levantó notablemente el tono de su voz. Permanecí observándola desde mi lugar durante varios segundos. Su rostro estaba bañado por una expresión de frustración y sus mejillas habían adquirido un delicado tono rojo que reflejaba la rabia en su interior. Internamente, me sentí un imbécil. Había permitido que mis sentimientos hablasen en mi lugar y había metido la pata hasta el fondo.

Luego, dejó escapar un suspiro y se acercó nuevamente a mí. Puso una

mano en mi hombro y me sonrió.

—Perdonáme, ¿sí? —dijo en un tono más dulce que el azúcar—. No es contigo. Sé que tus intenciones son buenas. Es que estoy enojada con mi hermano y tú me diste una excusa para descargar mi rabia.

Me miraba suplicante y sentí como mi corazón se estremecía dentro de mi pecho. Me tenía en sus manos, condenadamente mal.

—¿Has vuelto a discutir con Ethan? —le pregunté en tono suave.

—Sí, pero no tengo ganas de hablar de eso —respondió, mordiéndose el labio inferior.

Inspiré ondo. —¿Querés que hagamos algo a la salida? Estoy libre esta noche —Le sugerí, cambiando de tema.

Oh, sí. Era jodidamente masoquista con mis sentimientos, pero no podía prohibirme de su compañía. Realmente, la pasábamos bien juntos. Nos divertíamos y nos entendíamos a la perfección.

—Mmm, no. No puedo. Quedé en cenar con unas amigas de la facultad y, después, iremos a un bar por unas cervezas.

Una chispa se prendió en mis ojos. Las amigas de Anna siempre eran muy calientes y, por lo general, estaban más que dispuestas a complacerme. En realidad, estaban más interesadas en Ethan, pero como él ya no estaba disponible, acudían a mí.

—¿A qué bar van a ir? —Le consulté con tono maliciosos en mi voz.

—Oh, no, Nicholas. Deja a mis amigas en paz por una vez —Me rogó.

—Vamos Anna, no seas aguafiestas. Ellas te lo van a agradecer —dije, guiándole un ojo.

—Son buenas chicas, Nicholas. Dudo que sean de tu tipo —dijo, dirigiendo su mirada a mi cuello, nuevamente.

—Todas las chicas son de mi tipo, Ann —Le respondí, juguetón.

Volvió a rodar los ojos y se mordió los labios. Sus maravillosos labios.

Pasó por mi costado y el aroma de su perfume me invadió la mente, pero contuve el impulso de cerrar los ojos para disfrutarlo.

Tomó una de las carpetas que estaban sobre el escritorio y me la

entregó. —Mejor ponte a trabajar, Wayne.

Solté una sonora carcajada ante su respuesta. — ¿Celosa? —Bromeé.

—Ya quisieras —Me respondió en tono burlón —, pero tengo cosas más importantes por las que preocuparme.

—Ah, ¿sí? —Me volví a sentar sobre su escritorio — ¿Cómo qué?

—Como pensar en el color de zapatos que usaré esta noche —Me dijo de manera desinteresada mientras ubicaba las carpetas por orden alfabético dentro de un fichero.

Me acerqué hasta la ventana. El cielo de Houston estaba azul y despejado esta mañana y contrastaba con el color grisáceo de los enormes rascacielos.

Miré hacia el exterior. En mi opinión, no era el mejor paisaje para apreciar. Prefería la vista al Market Square Park que tenía en mi oficina.

Cuando volví a girar mi cuerpo, Anna estaba de espaldas a mí y me regalaba una maravillosa vista de su trasero.

Maldita sea. La chica me volvía loco y esa mañana en particular, mi sentido común no me estaba ayudando demasiado.

Me acerqué cautelosamente hasta su lugar y posicioné ambas manos sobre sus hombros apoyando las palmas sobre la parte superior del mueble de manera que la mantuve encerrada entre mis brazos.

—Si quieres te puedo ayudar a decidir el color de tu ropa interior —Le susurré en su odio y la sentí estremecerse contra mi pecho.

Mi intención era bromear con ella y hacerla sentir incómoda, pero su cercanía se había sentido demasiado bien. Mentalmente, rogué que no notara la incipiente erección que se había formado en mi entrepierna.

Ella se dio vuelta y se agachó para pasar por debajo de mis brazos.

—Dios, eres imposible —Me dijo riéndose mientras se escabullía lejos de mí.

Ahugué una maldición y le di un pequeño golpecito a la parte superior del mueble con el puño cerrado antes de darme vuelta para volver a enfrentarla.

Anna se acercó hasta su escritorio y tomó unas cuantas hojas que estaban sobre la impresora. Las acomodó dentro de otra carpeta antes de mirarme

con los ojos entornados. Abrió la boca y la volvió a cerrar. Finalmente, soltó un suspiro y se dirigió lentamente hacia el asesor.

—Solo pretendía ayudar —le dije, levantando ambas manos sobre mi pecho en señal de defensa mientras le sonreía en respuesta.

—Ponte a trabajar, Wayne, te aseguro que puedo decidir el color de mis bragas sola —dijo, ya de espaldas a mí. Luego, giró levemente su rostro.
—Aunque, quizás, no use ninguna —Aclaró en tono casual mientras me guiñaba un ojo.

Me quedé sin habla. Entonces, las puertas se abrieron y ella ingresó al pequeño espacio espejado, pero antes de desaparecer, me regaló una mirada extremadamente seductora que hizo que mi corazón se detuviese por una milésima de segundo y me arrojó un beso con la mano.

Maldición. Anna realmente jugaba sucio y no había dudas de que iba ganando.

Capítulo 4

Anna

Ingresé a la cafetería y arrojé la carpeta de apuntes dentro de la mochila. Luego, dejé que el olor a café recién preparado me inundase los sentidos mientras sacaba mi celular para revisar mis últimos mensajes. Ethan estaba enojado conmigo y habíamos discutido la noche anterior. Sabía que intentaba protegerme, pero ya era lo suficientemente adulta como para cuidarme sola.

Pensaba que no quería mudarme con él a Nueva York debido a papá. Estaba equivocado. Bueno, quizás no del todo. No iba a permitir que su nueva novia se instalase en casa y se adueñase de todo. Papá podría comprarle todo lo que quisiera y llenarla de joyas y ropa cara, pero por nada en el mundo iba a dejar que compartiese el mismo espacio que una vez ocupó mamá.

Entendía el miedo de mi hermano. La mansión era enorme para vivir sola en ella, pero tenía personal de seguridad en el portón de entrada y Maya también vivía con nosotros, así que no comprendía tanto alboroto.

Miré la hora en el teléfono y me levanté de mi asiento mientras veía que Sophia se acercaba a mí con dos cafés en la mano. Le sonreí en agradecimiento y ambas nos acomodamos en una esquina de la cafetería de la facultad.

Mentalmente, agradecí que el idiota de su novio se hubiese ido con su grupo de amigos. No me caía para nada bien. Había algo en él que me decía que no era un chico de fiar. Mi intuición en esas cosas nunca me fallaba. Podía identificar un casanova con solo verlo, y Ryan era uno de esos.

Sophia era demasiado ilusa en los asuntos del corazón. Ella creía en cuentos de hadas y príncipes azules. Yo ya no era tan inocente. Una vez me había permitido creer en el amor solo para terminar rota. No iba a permitir que lastimasen a la única persona a quien de verdad apreciaba, pero hasta no tener pruebas, no podía hacer acusaciones.

—Parece que alguien no durmió muy bien anoche —me dijo Sophia en cuanto terminamos se sentarnos.

Le sonreí y me desplomé sobre la mesa. Sophia se había convertido en una buena amiga. Era la única con quién podría abrirme, sin sentirme expuesta o vulnerable.

También estaba al tanto de mis ligues nocturnos y esporádicos. No estaba de acuerdo con lo que hacía ya que me lo pasaba recordando siempre que podía.

—Sí, llegué tarde a casa y no tuve tiempo para dormir en mi cama
—Bostecé—, ni bien me duché, tuve que irme a la oficina.

Sophia hizo el intento de no fruncir el ceño en forma de reproche, pero fracasó. Así que simplemente opté por no darle más detalles.

—Estoy agotada —dije, al fin.

—Dímelo a mí —Me dijo con tono cansado—. Estuve trabajando en la biblioteca hasta las nueve de la noche y, después, me quedé hasta tarde con intentando leer todo el material para hoy.

Solté un suspiro y me sentí como una idiota. Mientras yo me pasaba los fines de semana yendo al spa y teniendo citas con diferentes chicos, Sophia debía trabajar en la biblioteca local para poder pagar su préstamo universitario. Tomé nota mental sobre hablar con Nicholas al respecto. Él estaba ocupando el lugar de su padre en la empresa ahora, así que seguramente podría hacer algo al respecto.

Bebí un sorbo de mi café e intenté fingir que no había visto a Jason entrar en el lugar.

—Te está mirando —Me susurró Sophia.

—Solo finge que no lo viste —Le dije intentando no articular demasiado mis labios.

Sophia se echó a reír.

El por qué había aceptado salir con él este fin de semana estaba fuera de mi comprensión. Había sido un momento de debilidad después de discutir con mi hermano. Me había enviado un mensaje invitándome a cenar justo después de que había cortado la comunicación con Ethan y acepté.

Lo observé de reojo. Lo había conocido en la fiesta de navidad de la empresa de papá el año pasado. Mi padre me había paseado por todos sus socios cuyos hijos estaban en edad de contraer compromiso conmigo como si yo fuese una pieza de remate...y Jason estaba entre ellos.

Dentro de todos los posibles candidatos, era el más aceptable. Tenía veintitrés y estudiaba finanzas en Rice. Estaba igual de aburrido que yo así que nos habíamos escapado hasta el jardín trasero de la mansión para fumar un cigarrillo. Después, pasamos el resto de la noche sentados en un banco mientras lo escuchaba hablar sobre su campo favorito de la

universidad, la economía. Después de eso, habíamos quedado en vernos en el club de campo del que nuestros padres eran miembros para jugar al tenis y nuestra cita había sido tan emocionante como un paseo en poni.

Mi padre estaba encantado. Jason Hamilton era todo lo que siempre había proyectado para mí. Hijo único, proveniente de una familia de clase alta del sur de Texas con buena genética y una surculosa cuenta bancaria. Ideal si quisiera convertirme en una momia aburrida y polvorienta a mis veinte años.

Al principio no me había resultado tan abrumador, pero después comenzó a acecharme como un maldito perro baboso y comencé a esquivarlo.

Había evitado sus llamadas y sus intentos de coqueteo durante varios meses, por eso no entendía qué estúpido espíritu me había poseído la noche anterior. Tampoco lograba entender por qué había pasado media hora arreglándome el cabello para salir con él. Tal vez, podía culpar a que no estaba pensando con claridad después de la pelea con Ethan.

Realmente, odiaba discutir con mi hermano. Era mi único sostén y saber que estábamos enojados el uno con el otro siempre me desestabilizaba.

Cuando había visto a Jason bajar de su Mercedes-Benz plateado con su cabello castaño engominado, usando pantalón de vestir y camisa perfectamente abotonada había sentido el impulso inmediato de esconderme tras los arbustos de la entrada de mi casa. Sin embargo, ya me había visto, así que terminé por resignarme. Cuando estuve a su lado, él besó mi mano para, después, ayudarme a entrar al coche. El olor a cuero nuevo me había perforado las narices y había logrado relajarme contra el asiento.

Todo lo relacionado a Jason era demasiado familiar para mí. Después de una aburrida charla, finalmente habíamos llegado al restaurante donde había hecho las reservas. Como era predecible, no me dejó ordenar. Pidió ensalada de fresas y espinacas con champan para mí y risotto de setas para él mientras me contaba sobre los caballos pura sangre que pensaba adquirir su padre para su rancho de equitación. También me invitó a visitar el lugar y prometió enseñarme a montar. Yo me limité a beber vino blanco y algunas copas de champan mientras fingía que lo escuchaba entusiasmada.

Y, finalmente, más vino. Demasiado vino.

Esa debía ser la razón por la que me había despertado desnuda en su cama esta mañana. No había estado en todos mis cabales. Solté un suspiro. Al menos la experiencia no había resultado del todo desilusionante. Jason era bueno besando, pero un poco torpe con sus

manos. Sin embargo, su paquete compensaba lo demás.

No me había hecho ver las estrellas, pero al menos había hecho mi domingo un poco menos deprimente, pensé soltando un sonoro suspiro. Entonces, me percaté de que mi expresión había sido demasiado evidente.

A mi costado, Sophia me miraba con los ojos entornados.

—Oh no —Me dijo — ¡Te acostaste con él!

Casi había gritado esas palabras así que llevé mis manos hasta su boca para impedirle que siguiese hablando.

—Shhh—Le dije —. No quiero que toda la cafetería se entere.

—Por Dios Anna —dijo, susurrando mientras intentaba contener la risa —. Con razón anda babeando por el piso tras de ti.

—Demasiado vino —Le respondí, restándole importancia —. Solo fue un revolcón. No le di ninguna señal que le hiciera creer que podía volver a asecharme aquí.

Ella negó con la cabeza y tomó de su café. —Algún día te vas a enamorar —Me dijo.

Casi escupí la bebida de mi boca y me obligué a tragar la cafeína caliente sintiendo como al calor lastimaba mi garganta. Tuve que reírme antes su ridículo comentario.

—Soph, no hay posibilidades de que me enamore —Le aseguré.

Comprometer mi corazón era lo último en mi lista de planes. Nunca me iba a volver a enamorar. El amor destruía.

Una vez, leí que la adolescencia era el momento bisagra de nuestras vidas y que las situaciones que ocurren en ella nos marcan para siempre. Bueno, yo lo experimenté en carne propia.

Muchas veces, un desengaño amoroso durante la adolescencia, es solo eso: un desengaño. «El tiempo todo lo cura», dicen.

Bueno... les tengo una noticia: no lo hace. Hay situaciones que nos conducen a un nuevo estilo de vida, a una nueva manera de pensar y nos cambia para siempre, como me ocurrió a mí.

¿Por qué pensaba así? Fácil. Por la desilusión. Una gran desilusión.

Cerré los ojos con fuerza para apartar el recuerdo y terminé mi café.

— ¿Cuento con vos esta noche? —Le consulté, mirándola suplicante

Sophia soltó un suspiro. —No puedo permitirme volver a salir —Me dijo y abrí la boca para protestar —Y no, Ann. No voy a dejar que vuelvas a pagar por mí.

Su mirada de advertencia me hizo mantener la boca cerrada. No discutí. Me encogí de hombros y lo dejé pasar.

De reojo, vi que Jason se estaba acercando. Sophia me codeó e intenté mantener mi vista apartada. Tenía la esperanza de que, si no hacía contacto visual, él simplemente desaparecería. Por suerte, el celular sonó dentro de su bolsillo y se vio obligado a cambiar el rumbo para poder atender la llamada.

—Dios escuchó mis rezos —le dije bromeando mientras miraba en su dirección —. El tamaño de su pene no compensa el de su cerebro.

Sophia pretendió no reírse, pero fracasó miserablemente y lanzó una fuerte y nasal carcajada. La acompañé, riéndome también.

Estuvimos bromeando a costas de Jason por un rato más, hasta que Brad apareció detrás de nosotras. Nos regaló una pequeña sonrisa moderada y se sentó a mi lado.

Brad era completamente lo opuesto a Jason. Tenía cabello rubio, ojos azules y su apariencia no era tan elegante y pulcra. Le sonreí en respuesta mientras lo observaba.

Él era, sin duda, un chico muy atractivo. —Buenos días, chicas —Nos saludó.

Sophia le sonrió amistosa y le devolvió el saludo. Por mi parte, me limité a tomar un sorbo de café.

—¿Qué necesitabas? —Le pregunté mientras lo veía acomodarse contra el respaldo de la silla de manera relajada.

Había algo en él que me hacía mantener la distancia. No porque tuviese miedo de comprometer mi corazón si salía con él. No, Brad estaba lejos de ser esa clase de chicos, pero me recordaba demasiado a alguien.

Me miró directo a los ojos. ¡Guau! Sus ojos eran profundamente azules. *Como los de Nicholas*, pensé. Tuve que reprimir la pequeña punzada que

había sentido dentro de mi estómago.

Sin poder evitarlo, mi mente viajó hasta esa mañana. Precisamente, al momento en el que me había acorralado por la espalda. No entendía por qué, pero mi estómago se había contraído al sentir su calor.

Nicholas siempre era un bromista conmigo. Desde que nos habíamos conocido nunca dejó de molestarme y se pasaba la mayor parte del tiempo comportándose como si fuese mi hermano mayor. Era normal que ambos nos tratáramos como dos viejos amigos y bromeáramos constantemente. Entonces, ¿por qué me había sentido diferente?

Al principio, me había sentido atraída por Nicholas, tenía que reconocerlo. Pero ya habían pasado muchos años desde ese entonces y mi tonto enamoramiento adolescente ya había quedado muy atrás. Yo ya no era la misma persona que hace cinco años atrás. Había atravesado por demasiado como para pensar que los chicos como Nicholas podrían, alguna vez, dejar de comportarse como un ligón, así que había enterrado cualquier tipo de sentimiento romántico que pudiese tener hacia él en un rincón muy, muy profundo de mi corazón. Y ahí se debía quedar.

—Me gustaría hablar contigo después de tu clase. ¿A qué hora puedo venir por ti?

Dudé unos segundos, pero, finalmente, pude aclarar mi mente.

—Hoy no puedo, pero mañana salgo a las tres de la empresa.

—Bien. Mañana a esa hora.

Se paró y salió de la cafetería, dejando una nube de delicioso olor a su paso mientras los seguía con la mirada.

— Te gusta Brad, ¿no cierto? —Me consultó Sophia.

Procesé su pregunta durante algunos segundos. No me gustaba, pero me recordaba demasiado a Nicholas. Su andar era tranquilo y seguro, y sus ojos eran del mismo azul oscuro.

—No seas tonta —Le respondí mientras comenzaba a levantarme de la silla —Brad no es mi tipo.

—Entonces ¿por qué decidiste salir con él? —Me consultó.

Me encogí de hombros. —Tiene lindo cuerpo y supongo que el sexo con él debe ser caliente —Le respondí en broma y vi como el rostro de Sophia se

enrojecía.

Solté una risa sonora y me levanté de mi asiento para dirigirme a mi siguiente clase.

Capítulo 5

Nicholas

Llegué a mi departamento pasada las siete de la tarde y lo primero que hice fue programar las canciones de mi lista de reproducción antes de meterme bajo el chorro de agua caliente.

Necesitaba relajarme. Había sido un día demasiado complicado en la empresa y aun no lograba terminar de adaptarme a las reuniones y a los compromisos que mi padre me había cedido.

Una vez que salí del baño, el celular sonó sobre la mesa de luz de mi dormitorio y el nombre de Ethan apareció titilando en la pantalla.

—¿Qué pasa hermano? —Lo saludé.

—Por favor, dime que pudiste convencer a los compradores—Me dijo con tono frustrado.

Solté una risa cansada. —Cancelaron la reunión a último momento. Cuando les dije que tu padre no podría atenderlos, amenazaron con rechazar las negociaciones. Dicen que quieren una reunión con la junta directiva antes de realizar cualquier compra —Lo escuché lanzar una maldición —No están de acuerdo con el precio, y saben que necesitamos vender para mantener nuestra posición en el mercado. Walker & Son nos están pisando los talones —Hice una pausa para dejar escapar un suspiro cansado —Ya te lo había dicho, estos tipos sos duros.

—Mierda —dijo resignado —Tendré que viajar entonces.

—Bueno, no puede ser tan malo venir a visitarnos de vez en cuando —Le dije bromeando —Podemos recordar viejos tiempos.

—No cambias más —Me dijo, sonando relajado por primera vez desde que nuestra conversación hacía comenzado.

Hablamos durante varios minutos más y, finalmente, cortó la comunicación para irse a cenar con Isabelle. Me sentía mal por él. No sabía qué era lo que había cambiado, pero últimamente lo notaba más estresado que antes. Al principio, pensé que se había peleado con Isa, pero cuando se lo pregunté me aseguró que estaban bien.

Ethan nunca había tenido problemas con los negocios y nunca se había puesto tan reacio a venir a Houston como este último tiempo. Era un excelente empresario. Un genio para los negocios y siempre había estado un poco celosos de eso. Era el tipo de personas que era capaz de cerrar

un trato con solo lanzarte una mirada de advertencia. Además, había nacido con un cierto nivel de madurez. No era impulsivo como yo y siempre parecía tener todo perfectamente planificado en su vida. Sabía que siempre había odiado el estilo de vida de su padre, así que verlo consumirse y apagarse inmerso en una vida que estaba seguro no era lo que él quería era difícil. Sin embargo, no sabía cómo ayudarlo.

Había tomado ese camino desde que comenzó a salir con Isabelle, así que no estaba seguro si era infeliz en su relación o si su entorno hacía infeliz a su relación. Era un callejón sin salida y sabía que no podría hacer nada por ayudarlo en estos momentos, así que intenté no pensar en el asunto.

Después de cambiarme, me tiré en el sofá a mirar alguna película antes de rendirme al sueño. Estaba agotado. La empresa era un maldito infierno. Aun no entendía cómo había permitido que mi padre me convenciera de tomar su lugar.

A sus sesenta años, mis padres habían decidido volver a encender la llama del amor entre ellos y se fueron a un viaje por Asia dejándome a mí a cargo sus asuntos en la empresa. Sabía que a mis veintiséis años era hora de comenzar a tomar responsabilidades, pero hubiese preferido extender el plazo un poco más.

El celular volvió a sonar en mi bolsillo y rogué que no sea mi padre. Había ignorado dos llamadas perdidas de su parte desde que llegué de la oficina. Ya había agotado mi cuota de empresario de ese día y no tenía ganas de hablar de negocios, pero para mi sorpresa, el mensaje era de Anna. Automáticamente, una sonrisa se torció en mis labios.

Anna: Estoy aburrida como una ostra. ¿Cómo me dejaste salir con ellas? ¡Lo único que hacen es hablar de la facultad!

Era justo lo que esperaba leer.

Yo: Dime donde estás y voy a rescatarte.

Anna: En Captain Foxheart's.

Le volví a sonreír a la pantalla del celular y tomé las llaves de mi auto para salir disparado por las calles de Houston sintiendo como todo el cansancio que parecía tener hasta ese momento se desvanecía de mi cuerpo.

Veinte minutos después, entré en el bar y la busqué con la mirada. Permanecí cerca de la entrada y, finalmente, la encontré sentada en una mesa con tres chicas más mientras pasaba su dedo por el borde de

la copa y fingía concentrarse en la conversación.

Volví a sonreír y saqué mi celular para enviarle un mensaje.

¿Está interesante la conversación?, escribí.

Presioné enviar y la observé. Ella tomó el celular con su mano derecha para leer mi mensaje e instintivamente, una sonrisa brotó de sus labios. Intentando disimular, me buscó con la mirada.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, su sonrisa se amplió y un calor intenso se extendió por todo mi interior. No pude evitar sentirme orgullosos de ser el causante de esa sonrisa.

Les dijo algo a sus compañeras e, inmediatamente, las tres dirigieron su mirada hasta mí sin siquiera molestarse por ser discretas. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí intimidado. Una de ellas le dijo algo que no logré descifrar y la expresión de Anna se volvió un poco molesta. Luego, las saludó con un beso y se despidió de ellas para comenzar a caminar en mi dirección.

Sus perfectos y blancos dientes mordieron su labio inferior y contuve el aliento. Se veía realmente hermosa. Llevaba puesto un top negro y sus largas y bronceadas piernas estaban apenas cubiertas por una minifalda roja.

Una vez había escuchado a Ethan describir a Isabelle como un ángel salido del cielo. Bueno, Anna era lo opuesto. Ella se había escapado del mismo infierno. Su cuerpo era la tentación en persona y había sido creado para desatar fantasías prohibidas en las mentes de todos los hombres.

—Al fin llegaste. Ya no aguantaba otra conversación más sobre finanzas corporativas —me dijo, rodando los ojos mientras se mordía el labio inferior.

Un gesto innecesario, ya que mis ojos se posaron sobre su boca y algunas ideas retorcidas destellaron en mi mente.

—¿Así que no podemos hablar de los negocios de la empresa? Uf, ahí se van mis planes para el resto de la noche —respondí bromeando.

Anna soltó una sonora carcajada y me pegó amistosamente en el hombro —Si escucho a alguien más mencionar algo que contenga las palabras «trabajo» y «estudio» te juro que voy a vomitar.

—Intentemos que eso no ocurra —sugerí, sonriéndole de lado.

Me sonrió en respuesta. —Tomemos algo —Me propuso y asentí colocando una mano en su cintura para conducirla por el medio del salón.

Nos ubicamos en la barra y llamamos al barman. En mi caso, pedí una cerveza, pero ella eligió algo más fuerte.

—Despacio, nena—Le dije apartando el vaso de su boca.

Ella me dirigió una mirada de advertencia y soltó un suspiro. —No empieces a comportarte como mi hermano tan pronto —Me respondió y sentí como si me hubiese golpeado en el estómago —Tuve un muy mal día —Me dijo, justificándose —Ahora solo quiero divertirme un poco.

—No parecías tener un mal día cuando te vi irte de la empresa —Le dije, recordando lo animada que se veía esa mañana.

—Empezó a serlo después de mi clase sobre análisis y toma de decisiones empresariales—Suspiró —.Tenemos que preparar un maldito trabajo para el viernes —Finalizó, y tomó un trago de su bebida.

Sonreí. —Eso no parece tan malo —dije, tomando un trago de mi botella.

—Lo es cuando tu profesor te odia —dijo rodando los ojos —Y recién llevamos una semana de haber comenzado el semestre.

—Si te sentís tan estresada, ¿por qué no te tomas un tiempo? Podes viajar y descansar un poco.

Anna giró su rostro y lo que vi en ellos me hizo querer pegarme un puñetazo. Había cierta desilusión en sus ojos y un dejo de tristeza.

—Claro, supongo que tú tampoco crees que pueda ser tan buena como Ethan.

Si hubiese podido, me hubiese dado la cabeza contra el mostrador. Nadie entendía por qué ella había decidido estudiar Administración de empresas y ayudar a su hermano con los negocios de la empresa, cuando, ciertamente, su padre podía ofrecerle el mundo a sus pies.

Pero Anna no era una chica superficial y su rechazo a las chicas que vivían a costillas de sus familias adineradas se veía altamente influenciado por la lista de novias oportunistas que desfilaban por la casa de su padre.

No, Anna no era así. Era ambiciosa y le gustaba tener el control de las cosas. Me gustaba eso de ella. En realidad, me gustaba todo de ella.

—No es lo que quise decir, Ann. Solo me refería a que te exiges demasiado. Tal vez, unas vacaciones te vendrían bien —Le dije sincero

mientras apoyaba mi mano sobre la suya.

Sus ojos me observaron durante algún segundo y pude notar como la ira se disolvía. No había podido comenzar a disfrutar de su calor cuando la retiró mientras me sonreía dulcemente.

—Mi padre siempre se opuso a que ingrese a la empresa. Dijo que no necesitaba gastar mis neuronas innecesariamente, que dejase eso para Ethan que era el que llevaba los negocios en la sangre. ¿Sabés lo mucho que duele sentir que no sos lo suficientemente buena? Si me tomo vacaciones ahora, solo voy a estar dándole la razón a mi padre —Me respondió con la mirada perdida en algún lugar dentro de la bebida.

—No necesitas probar nada, Anna. Ni a tu padre ni a nadie —dije, sincero —. Eres increíble y cualquiera que lo dude es un tonto. Además, siempre vas a contar con el apoyo de Ethan y mío.

Entonces, la expresión triste en su rostro pareció dispersarse y me sonrió.
—Gracias —dijo, finalmente.

Sonreí y bebí un trago de mi botella. Lo que realmente deseaba en ese momento era tomarla por la cintura y abrazarla contra mi cuerpo para reconfortarla, pero sabía que no podía así que me limité a tomar otro trago más.

Ambos terminamos la primera ronda y pedimos otra. Por mi parte, intenté controlarme ya que debía manejar, pero luego de una hora en la barra Anna ya llevaba tres copas más que yo y estaba bastante ebria.

—Me encanta esta canción —dijo, moviendo su cabeza al tiempo que sonaba una canción de Alan Jackson —Vayamos a bailar —sugirió tomando mis manos e intentando ponerse de pie. Sin embargo, sus piernas fallaron y se vio obligada a volver a sentarse.

—Mmm, no creo que estés en condiciones de bailar —dije, sonriendo
—Mejor te llevo a tu casa.

Ella hizo un mohín con su boca y puso cara de cachorrito indefenso. —No quiero ir a casa. Estaré sola. Maya se tomó un día libre para ir a visitar a su familia y me siento muy triste en una casa tan grande.

Toda esa información, sumándole el hecho de que me miraba con sus enormes ojos negros, hizo estragos dentro de mi cabeza. Mi entrepierna, por su parte, me decía que podría hacerle compañía por el resto de la noche.

Entonces, una sonrisa maliciosa brotó de sus labios. Puso ambas manos en la cintura y recorrió el bar con la mirada —Tal vez, podría conseguir

otro acompañante que no sea tan aguafiestas como tú —dijo mirándome de reojo. Después, apoyó su espalda contra la barra. — Ese chico de allá me está mirando —dijo, mirando en su dirección también —, quizás deba ir a saludarlo —amenazó.

Inmediatamente, mi cuerpo se puso en alerta máxima y tomé grandes bocanadas de aire para tranquilizarme. Luego, me puse de pie y me acerqué a ella.

—Ya bebiste demasiado —Le dije, tomándola por la cintura —Mejor vamos a tu casa—La presioné con fuerza contra mi cuerpo y la obligué a caminar hasta la salida. Me miró molesta, pero no discutió. Simplemente, se relajó contra mis brazos y permitió que la guiase.

Una vez que llegamos al estacionamiento, abrí la puerta de mi auto y ella se desplomó en el asiento. Rodeé el auto y me senté en el asiento del conductor. Luego, me incliné sobre ella para abrochar su cinturón. La cercanía de su boca era tentadora, pero pude contenerme. Sin embargo, sí me tomé unos segundos para observarla. ¡Dios! Era tan linda.

Después, volví a mi lugar y comencé a conducir hasta su casa. De vez en cuando, le disparaba algunas miradas de reojo. Anna iba sentada en silencio con los brazos cruzados en su pecho mientras intentaba no dormirse. Sonreí negando con la cabeza.

Una vez que llegamos a su casa, le hablé al encargado de seguridad para que nos abriera el portón. Estacioné cerca de la puerta de entrada y la ayudé a bajar con cuidado. Luego, la acompañé hasta la puerta. La observé luchar con su llave durante varios minutos hasta que, finalmente, se la quité y la abrí por ella.

Ingresó a la sala y la observé desde la entrada. Antes de comenzar a subir las escaleras, se giró y me sonrió —Gracias por haber ido en mi rescate—dijo, dulcemente.

Simplemente, pude asentir como un bobo. —¿Estarás bien?

Asintió. —Cierra por fuera. Maya ya regresa mañana —dijo, arrastrando las palabras mientras comenzaba a subir por las escaleras, pero tropezó y cayó al suelo.

Se sentó en el primer escalón y se cubrió el rostro con las manos. —Dios, ¿cómo me dejaste tomar tanto? —dijo, frustrada.

Sacudí la cabeza y me acerqué a ella. —Vamos, nena —Le dije, una vez que estuve a su lado —. Déjame ayudarte.

Levantó su mirada y me miró con el ceño fruncido. Entonces, la tomé entre mis brazos y comencé a subir las escaleras con ella. Al principio, se removió incómoda, pero luego envolvió sus manos alrededor de mi cuello y se relajó.

A medida que ascendía, sus dedos comenzaron a jugar con el borde de mi remera mientras acercaba su boca cerca de mi oreja. Nunca antes mi sentido común y mi lado lujurioso habían batallado tan fuerte. Una parte de mí, me recordaba que Anna era la hermana de Ethan, la otra me decía que estaba ebria.

—No me gustan estas marcas —dijo, mientras pasaba sus dedos por ellas.

—Mmm —respondí, porque fue lo único que pude articular.

Si algo, alguna vez, pasaba entre nosotros, quería que sea con ella teniendo plena conciencia de sus actos, no incentivada por el alcohol. El deseo que sentía por ella hacía que mi estómago se encogiera de dolor, pero no me aprovecharía de ella. No era mi estilo.

Llegamos a su habitación y la deposité con cuidado sobre su cama. Hice ademán para cubrirla con su cubrecama, pero ella se removió. —No puedo dormirme sin bañarme antes —dijo, con tono casual —Es un viejo hábito que ni el alcohol puede hacerme olvidar —dijo, sentándose sobre el colchón y comenzando a quitarse los zapatos.

Tragué saliva con fuerza —Te espero abajo. No me voy a ir hasta asegurarme de que te encuentre bien —dije y la vi asentir.

Comencé a caminar por la habitación y, de reojo, pude ver como Anna desprendía el cierre de su pollera. Sacudí la cabeza y me apresuré a salir.

Una vez que estuve en la planta baja y lejos de la tentación de meterme en la ducha con ella, me encaminé hasta la cocina. No estaba seguro si tomar café a esta hora era una buena idea, pero necesitaba ocupar mi mente en otra cosa que no sean las imágenes de Anna desnuda bajo el agua caliente.

Estaba colocando las dos cucharas de azúcar que le gustaban cuando la escuché entrar a la cocina. En realidad, no la escuché. La sentí. Sentí su aroma.

Era el olor de los ángeles enviados por Satanás para comerse tu alma.

Volteé despacio y la encontré recostada contra la barra del desayunador. Estaba descalza y llevaba una remera extra grande de color azul oscuro

para cubrir su cuerpo.

En este momento, no me importaría consumirme en el infierno, pensé.

La remera apenas le llegaba hasta un poco más debajo de sus muslos y los diminutos pantalones cortos blancos que llevaba hacían que sus largas piernas parecieran infinitas.

Joder, iba a tener otra erección. Había pensado en esas piernas envueltas alrededor de mí desde que la conocí.

—Estoy preparando café—dije, intentando mantener el tono firme en mi voz.

Sonrió ampliamente. —Genial. Vamos a sentarnos —sugirió.

Tomé las dos tazas y la seguí hasta el living. Se ubicó contra la esquina del sofá tapizado de color marrón corriendo la gran cantidad de almohadones que lo adornaban. Le alcancé su café y me senté a su lado.

El silencio pronto invadió todo el ambiente. La casa de Anna era enorme y, en ese momento, no se sentía como el lugar más acogedor para estar. El juego de living estaba ubicado en el medio de la gran sala y bajo nuestros pies una mullida alfombra de piel cubría el piso de madera perfectamente encerado y lustrado que se extendía por toda la casa. A nuestras espaldas, un gran ventanal cubierto por unas delicadas cortinas de seda blancas permitía el acceso al patio trasero y a la piscina familiar apenas iluminada por algunas luces de colores a sus costados. Las paredes pintadas en tono pastel estaban adornadas por cuadros de artistas europeos que su padre traía de sus viajes y algunos jarrones con flores le daban un toque menos frío al ambiente. Frente a nosotros, un inmenso mueble de madera cubría toda la pared. En la parte inferior, había una chimenea a gas que Anna había encendido con un control remoto unos segundos después de sentarse para templar el lugar mientras que, en la parte superior, la enorme televisión aún seguía apagada.

El decorador había hecho un trabajo perfecto ya que el living de la casa de los Jameson tranquilamente podría salir en las revistas de decoración más importantes del país. Sin embargo, la casa estaba lejos de sentirse como un hogar. Me imaginé a Anna sola por las noches en el medio del silencio ensordecedor que se extendía a nuestro alrededor. Debía ser muy duro para ella.

—¿Quieres que encienda la tele? —La voz de Anna me sacó de mis pensamientos.

Negué con la cabeza. —Un poco de música estaría bien —Le respondí.

Anna tomó su celular e inició su lista de reproducción. Inmediatamente, el sonido de la música comenzó a salir del sistema de audio inalámbrico e *Imagine Dragons* comenzó a sonar en toda la habitación.

Me sonrió y bebió de su taza. —Me gusta esta banda—dije para romper el hielo.

No entendía qué estaba mal entre nosotros en este momento. Por lo general, bromeábamos y nos reímos todo el tiempo que estábamos juntos así que la palpable incomodidad del ambiente me estaba poniendo un poco tenso.

—Es una de mis favoritas —me respondió, inclinándose para mirarme —Hace dos meses fuimos a uno de sus recitales con Soph. La pasamos genial.

—Se nota que te cae muy bien. La nombras seguido —señalé.

Ella asintió. —No es como el resto de las chicas de la facultad o como las chicas que van al club de campo. Tuvo una vida realmente difícil, pero aun así se esfuerza por salir adelante. Creo que me siento identificada con ella y por eso nos llevamos bien —Me explicó.

—¿Pero? —Le pregunté entornando los ojos y ella me miró con el ceño fruncido —Siempre tienes un «pero» para todo, Ann —Me justifiqué.

Ella se rio y negó con la cabeza. —Con ella no hay peros, salvo porque su novio es un completo idiota —Me respondió haciendo un gesto de odio.

Solté una carcajada. Todo lo que implicaba la palabra novio era motivo de odio para ella.

—Todo lo que involucra relaciones sentimentales suena a idiotez para ti —reflexioné, pero ella no dijo nada. —¿Nunca te enamoraste? —Me aventuré a preguntarle.

La vi suspirar profundo y apartar la boca del borde de su taza. Negó con la cabeza.

—El amor apesta —Me respondió.

Analiqué su respuesta entendiendo que las referencias que ella tenía sobre el amor no eran las mejores. Ethan y su padre parecían no ser los mejores ejemplos de relaciones felices. —No todo el amor —Me animé a decirle

—El amor bueno y sincero no apesta.

—Bueno, yo no conozco ese tipo de amor —Me respondió.

Soltó un suspiro y tuve que contener el impulso de tomarla por la cintura y aferrarla a mi cuerpo. Se veía tan frágil que pensé que se podría romper.

Quería decirle que yo se lo podría mostrar, pero me contuve. Ella dejó la taza vacía sobre la mesa ratona que teníamos frente a nosotros y subió ambos pies al sillón para sentarse con los pies cruzados. Apoyó su codo izquierdo sobre la parte superior del sofá y me dirigió una mirada directa.

—Y tú, ¿te has enamorado? —Me preguntó.

La pregunta me tomó por sorpresa y mi mente quedó en blanco. No sabía si enamorarse definía mis sentimientos, pero sí me pasaban cosas muy fuertes con la mujer que tenía frente a mí. Permanecimos mirándonos directamente a los ojos durante varios segundos. Tantas palabras mudas se transmitieron en ese instante, pero no estaba seguro de que ella las hubiese entendido.

—Realmente no lo sé —me aventuré soltando un suspiro.

—¿Cómo que no sabes si te has enamorado alguna vez? —replicó, evidentemente desconcertada.

Me encogí de hombros evitando su mirada. —Es...complicado —dije.

—Tú eres el complicado —respondió, sonriendo.

—Puede ser —admití.

—Y un poco idiota también —continuó, con tono burlón evidentemente bromeando conmigo.

—¡Hey! Recuerda que este idiota fue a tu rescate —repliqué.

—Sí, en eso de ser un buen amigo no eres para nada un idiota —finalizó y sus palabras se sintieron como dagas.

Permanecimos en silencio durante varios segundos, pero luego volví a hablar. —¿Sabes una cosa? —Le dije tragando saliva —El amor sí apesta cuando no es correspondido.

Mi respuesta la tomó por sorpresa porque pude ver como sus pupilas se ampliaron y la vi abrir y cerrar la boca dos veces seguidas. Finalmente,

me sonrió.

—Amén —respondió.

Terminé mi café y dejé mi taza junto a la suya. También dejé un poco de mi amor propio adentro del pocillo. Estar tan cerca de Anna me afectaba en más de una forma y siempre terminaba rompiendo un poco más mi corazón.

—Creo que es hora que me vaya a casa, ¿estarás bien?

Anna asintió y me sonrió. —No te preocupes por mí, estaré bien —Me aseguró y ambos nos paramos —Gracias por ayudarme con mi borrachera —dijo, finalmente.

—De nada, nena. Para eso están los amigos—Le respondí y planté un beso en su frente tomándome el atrevimiento de demorar el contacto lo más posible.

Luego, Anna me acompañó hasta la puerta soltando un pequeño bostezo cuando llegamos a la salida.

—Que descanses —Le dije, antes de darme vuelta para emprender mi camino.

—Tú también —Me dijo antes de cerrar la puerta tras de mí.

Subí al auto y comencé a conducir por las calles casi desiertas. Luego de varias cuadras, saqué mi celular. Tal vez, Holly estaría disponible esta noche. Era un idiota. Anna tenía razón en llamarme así, pero necesitaba olvidarme de todo lo que había pasado esta noche. Mi corazón dolía y me sentía asqueado por eso.

No soportaba ser tan débil, pero era algo que no podía controlar. Era condenadamente débil en lo que respectaba a ella. Así que, para dejar de sentirme como un cachorro abandonado cada vez que dejaba a Anna en su casa, terminaba recurriendo a alguna amante de turno y fingía que era Anna a quien me estaba tirando. Era una escoria lamentable por hacerlo, pero mierda, no sabía cómo manejarlo.

Capítulo 6

Anna

Me revolví en mi cama y abrí los ojos debido al calor que sentía mi cuerpo. Mi frente estaba bañada en sudor y la sábana de mi cama se encontraba humedecida. Me senté sobre el colchón y agarré mi cabeza con ambas manos.

Mierda. ¿En qué momento había tomado tanto?

Sin poder evitarlo, mi mente viajó hasta la noche anterior y no pude evitar sonreír ante el recuerdo de Nicholas. Tenía que reconocer que se veía muy apuesto. Demasiado, si no fuese por las asquerosas marcas que me recordaban lo idiota que era. Un sentimiento muy parecido a los celos me golpeó en el estómago y cerré los ojos con fuerza.

¿Por qué le había escrito en primer lugar? Me había prometido no hacerlo. Sin embargo, había sido un impulso que no pude contener. Había estado sentada con las chicas en el bar por más de media hora escuchándolas hablar sobre el material que debíamos leer para una de las clases optativas que tomábamos en la facultad, pero mi mente no parecía estar en ese preciso lugar. En lo único que podía pensar era en la forma en la que Nicholas se me había acercado en la oficina esa mañana y en la forma en la que su cercanía me había hecho temblar por dentro. Después de eso, el resto era historia.

Me quedé viendo el celular en la palma de mi mano durante varios segundos. Ya era tarde y tenía que ir a la oficina.

Tiré el móvil en la cama y me dirigí a la ducha. Una ducha siempre ayudaba a calmarme. No quería seguir pensando en las sensaciones que Nicholas había despertado en mí o en lo increíblemente sexi que se veía cuando llegó al bar. Solté un suspiro de frustración. El color negro siempre lucía bien en él, pero verlo parado en el medio del salón usando una ajustada remera negra y unos vaqueros informales me hizo desearlo de una manera casi dolorosa.

Tragué saliva. Lo que más me desconcertaba era el momento que habíamos compartido en el living mientras tomábamos café. Se había sentido tan íntimo. Por un momento, creí que iba a besarme y, maldición, incluso había deseado que lo hiciera.

Sacudí cabeza. No debía pensar en esas cosas. Hacía mucho tiempo que había enterrado esos sentimientos y ahí los debía dejar.

—Ya basta, Anna —me reté a mí misma. Si no me apuraba, sería yo quien llegaría tarde esta vez.

Además, esta tarde saldría con Brad y todo volvería a la normalidad. Era todo lo que necesitaba para olvidarme de mis estúpidos sentimientos por Nicholas. Una buena follada siempre lograba tranquilizar las voces de mi corazón. Lo había hecho antes y había funcionado. También funcionaría ahora.

Cerré el agua de la ducha y terminé de prepararme para, finalmente, dirigirme hasta la empresa.

Cuarenta minutos más tarde, me bajaba del taxi frente a las oficinas de la compañía. Por lo general, me gustaba conducir, pero tenía planes para después del trabajo y el auto sería solo una molestia.

Caminé con pasos apresurados sin molestarme por saludar al portero. No era mi estilo, pero llevaba demasiada prisa y mi sentido de la amabilidad no estaba coordinando con mi comportamiento. Finalmente, las puertas del ascensor se abrieron y el olor a limpio de las oficinas invadió mis fosas nasales. Caminé hasta mi escritorio y terminé de imprimir las fichas de ingresos mensuales de la zona este para llevárselas a Nicholas.

Miré en dirección a su oficina intentando tomar coraje para ir hasta allí. ¿Qué estaba mal conmigo? ¿Desde cuándo me había vuelto tan cobarde? Volví a sacudir mi cabeza, acomodé mi falda y golpeé la puerta.

¿Por qué había golpeado? Siempre entraba sin llamar. ¡Dios! Me estaba comportando como una estúpida.

Finalmente, la voz del otro lado me indicó que podía entrar. Abrí la puerta y me encontré con Nicholas sentado en su escritorio muy concentrado en la pantalla de su computadora. Apartó la vista y me miró con el ceño fruncido al notar mis movimientos inseguros. Seguramente se estaba preguntando lo mismo que yo.

—Buen día, Ann —Me saludó con cautela —¿Desde cuándo golpeas antes de pasar? —Se mofó, pero no logró ocultar el desconcierto en su voz.

Por más que lo intenté, no pude formar ninguna oración coherente, así que solo me encogí de hombros y me acerqué hasta su escritorio. Solté un suspiro. Debía dejar de comportarme de esa manera.

—¿Dolor de cabeza? —Me consultó, apartando la silla. Ahora, una seductora sonrisa tiraba de sus labios.

Intenté no prestarle atención al deseo en mi interior y me senté sobre el escritorio. Luego, acomodé mi pelo a mi espalda. —Me siento terrible —Le

respondí.

—¿Quieres retirarte durante el resto de la mañana?

Su ofrecimiento era tentador, pero negué con la cabeza. Si quería que la gente me tomase en serio debía comenzar a comportarme como una persona responsable y asumir las consecuencias de mis borracheras nocturnas.

—Gracias, pero estaré bien —le aseguré forzando una sonrisa.

—Entonces, deberías prepararte un café bien fuerte porque hay muchas cosas por hacer. Tu hermano me está volviendo loco —Me dijo, alcanzándome una carpeta.

—El trabajo de mi hermano es volver loco a todo el mundo —afirmé, hojeando las páginas de su interior.

—Es algo en los genes de los Jameson —dijo, mirándome a los ojos. Una sonrisa pícara salió de sus labios, pero había algo más. Algo que no podía descifrar, pero que capturó toda mi atención. Sin poder evitarlo, permanecí observándolo durante algunos segundos.

Nicholas era un chico apuesto. Más que eso, era indiscutiblemente atractivo. Era alto y su cuerpo estaba bien tonificado. Su cabello castaño oscuro era rebelde y siempre lo intentaba controlar con gel, pero lo más impresionante sobre él eran sus ojos. Azules como el océano y rodeados por un par de pestañas oscuras y espesas. Eso había sido lo que me había llamado la atención de él la primera vez que lo vi. Sus labios estaban bien rellenos y eran deliciosamente besables.

¿Besables? Dios. Quería golpearme. ¿Acaso ese adjetivo existía?

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó bromeando conmigo y sacándome del trance en el que estaba sumergida.

Incliné la cabeza, pero no le respondí. Por alguna extraña razón, mi cerebro se encontraba bloqueado intentando discernir la mezcla de emociones que revoloteaban en mi interior. Emociones que quería enterrar muy profundo.

La intensa mirada de Nicholas envió punzadas de deseo a mi vientre y mordí mi labio con fuerza para intentar ignorarlas. Una sonrisa de satisfacción apareció en su boca y, aunque luché con todas mis fuerzas, no pude evitar preguntarme como se sentirían sus labios. Por más que me esforzaba, no podía apartar mis ojos de ellos. Incluso cuando su sonrisa

se desvaneció no aparté mi vista.

Cruzando los brazos sobre mi pecho, tomé una pose defensiva y me recordé a mí misma el motivo por el cual lo consideraba un idiota. Tanto como me resultaba atractivo para mí, Nicholas era irresistible para el resto de la población femenina y él no ponía mucha resistencia en cuanto a mujeres se trataba.

Además, era confiado y extremadamente irritante.

—Vas a tener que dejar de mirarme así, Ann —Me habló con voz ronca y se paró de la silla para acercarse. Se posicionó frente a mí y apartó unos mechones de mi cabello detrás de mis hombros.

En ese momento, me las arreglé para borrar mi fascinación por su boca y dirigí mi mirada a sus ojos. Me miraba con un brillo hambriento que no estaba acostumbrada a ver en ellos, pero me gustó. Me gustó demasiado.

—¿Así cómo? —me arriesgué. Mi voz sonaba insegura.

Por mucho que lo intentaba, no podía apartar de mi mente la sensación de calor que había sentido en el estómago cuando me había levantado en brazos para llevarme hasta mi dormitorio la noche anterior. Estaba borracha, pero no lo suficiente como para impedirme notar el incipiente olor a colonia masculina emanando de su piel. A diferencia de los demás chicos con los que salía, quienes parecían tener una adicción por bañarse en perfumes caros y apestosos, Nicholas usaba una fragancia suave que solo se podía sentir cuando te acercabas lo suficiente a su cuello y eso hacía querer hundirse en él para inhalarlo mejor.

—Estás estudiando mi boca como si quisieras arrancarme un pedazo —dijo, con voz áspera. Pestañeé varias veces. ¿Así me veía? Arrugué la frente y me incliné hacia atrás. —Si quieres un trozo, solo tienes que pedirlo —Por suerte, el tono de su voz me decía que solo estaba bromeando.

Gracias a Dios. Las cosas entre nosotros fluían mejor cuando solo nos comportábamos como... amigos, o algo así.

—Creo que estás delirando —Lo aparté dándole un pequeño empujoncito con mi mano y me paré, presionando la carpeta entre mis manos.

—Lo que digas, pero sabés que estoy diciendo la verdad —Fue su contestación entre dientes.

Fingí no escucharlo, ya que no estaba segura de querer descubrir hasta

dónde nos llevaría la conversación.

—Bueno, ya me siento mejor. Hora de meter mis narices en los números

—Le dije, desviando el tema.

—Sí, eso va a ser lo mejor. Compórtate como una buena chica—Me dijo, volviéndose a sentar en su lugar.

—Ambos sabemos que no lo soy —Le dije, intentando bromear mientras le guiñaba un ojo.

—No, no lo eres —Me respondió y algo en su mirada hizo que mi corazón diera un vuelco dentro de mi pecho.

Antes de arriesgarme a continuar ahí, con él y mis ganas de abalanzarme sobre su boca, me di media vuelta y comencé a caminar con pasos acelerados.

Una vez que estuve fuera, cerré la puerta tras de mí y me senté detrás de mi escritorio intentando calmar mi respiración.

Lo que había ocurrido ahí, lo que fuese que había pasado, porque aún no estaba segura, no debía volver a ocurrir. No podía permitirme mezclar mis emociones. Acercarme demasiado a una persona que ponía a latir desmedidamente a mi corazón era peligroso.

Nicholas era mi amigo. Me gustaba estar con él porque me conocía como nadie, no necesitaba fingir cuando estamos juntos y no debía dejar que una simple confusión alterara eso.

Capítulo 7

Nicholas

—¿Tendrás todo listo para el jueves? —Ethan me consultó del otro lado de teléfono.

—¿Qué cosas? —Le pregunté mientras observaba por la ventana de mi oficina como Anna saludaba a un chico que la estaba esperando recostado a un auto deportivo.

—Nicholas, es la segunda vez que te lo pregunto. La rendición de la zona este.

—Sí, perdón. Estaba distraído —Intenté justificarme.

—¿Ocurre algo? —Me preguntó con tono preocupado.

Anna ocurría. —No, no te preocupes —respondí.

Dejé escapar un suspiro cuando vi que el chico abría la puerta del acompañante para que ella subiese al coche. Apreté los puños y maldije mentalmente.

—No te creo —Me dijo Ethan y soltó una carcajada —Me suena a problemas de polleras.

—No seas iluso —Le respondí molesto.

—Mmm como sea.

Ethan conocía mi estilo de vida. Sabía todo sobre mí. Todo, menos que me gustaba su hermana. No estaba seguro hasta qué punto aprobaría mis sentimientos.

—El jueves te mando los archivos por correo —Le aseguré y ambos finalizamos la llamada.

Permanecí varios segundos en mi lugar, apreciando la vista y, luego volví hasta mi escritorio. Tenía varias cuentas que revisar aún y necesitaba enfocar mi cabeza en algo productivo que nos fuese pensar en Anna y sentirme afligido por ello.

Cuando mi día finalmente terminó, llegué al departamento exhausto. Saqué una cerveza de la heladera y me desplomé en el sofá. Tomé mi celular y vi que tenía varios mensajes. Entre ellos, uno de Anna. Cerré los ojos y lo ignoré. Ya había tenido suficiente de ella por ese día. Necesitaba

una distracción.

El siguiente mensaje era de Kathia, una pelirroja que había conocido en un bar una semana atrás. La habíamos pasado bien y, por primera vez, había roto la regla de no entregarle mi número de teléfono a las chicas con las que me acostaba. Sonreí y le respondí el mensaje invitándola a mi departamento. Una vez que obtuve su respuesta, dejé la botella vacía sobre la mesa ratona y me dirigí al baño por una ducha antes que la chica llegase.

Una hora después, el timbre sonó y presioné el botón del portero eléctrico para permitirle el acceso. Había estado dudando acerca de mi decisión de invitarla, pero cuando abrí la puerta, mis ojos se deleitaron complacidos.

La chica que estaba frente a mí lucía jodidamente caliente. Tenía puesto un diminuto vestido blanco que contrastaba perfectamente con su cabellera rojiza. La observé de arriba abajo y mi entrepierna respondió al instante. Siempre me habían gustado las chicas con curvas y Kathia las tenía. Sus pechos eran exuberantes y su cadera era bastante generosa.

Me hice a un lado para permitirle el acceso, pero ni bien cruzó el umbral, puso su mano en mi cuello y se abalanzó sobre la boca. Eso me gustó. Esta chica sabía lo que quería y no pensaba disimularlo. Inmeditamente, llevé mi mano en su trasero y la levanté en el aire para que envolviese sus piernas alrededor de mi cintura.

Caminé con ella hasta el sofá y la arrojé sin cuidado sobre el tapizado de cuero blanco. Ella se reincorporó con rapidez y dirigió sus manos al cinto de mis vaqueros para desabrocharlo con facilidad. Luego, bajó mi pantalón y retiró mi erección sin preocuparse por quitarme el bóxer. Sin ningún pudor, comenzó a jugar con ella.

Mierda. Era buena. Jodidamente buena.

Extendí mi mano y bajé la tela de su vestido para dejar sus pechos al descubierto y así poder disfrutarlos mejor. Tomé uno de sus pezones entre mis dedos y la escuché gemir contra mi palpitante dureza. ¡Dios! Estaba encendido y muy excitado.

Apreté los ojos con fuerza para controlarme y me retiré despacio con la intención de colocar a la chica en una posición más cómoda. Más tarde la complacería mejor, ahora solo necesitaba entrar en ella y liberarme.

Entonces, el timbre de mi departamento resonó con fuerza en mis oídos.

Lo ignoré la primera vez, pero, cuando sonó por tercera vez, Kathia me

miró con reproche y tuve que abandonar el juego.

—Esperame en mi habitación —Le dije.

Ella asintió y se encaminó hasta mi dormitorio. Acomodé mi ropa y prendí mis pantalones para dirigirme hasta la puerta. Mentalmente, hice un repaso de quién podría haber subido sin pasar por el portero eléctrico en primer lugar y rogué que no sean mis padres, aunque descarté la idea rápidamente ya que aún se encontraban de viaje.

Con un movimiento brusco, jalé del picaporte solo para encontrarme con los ojos de Anna mirándome expectante. Me quedé atónito. ¿Qué estaba haciendo aquí?

La observé de arriba abajo. Se veía impresionante. Llevaba un top azul y sus piernas iban ajustadas a un pantalón vaquero ajustado que exponía las curvas de su trasero y terminaban en un par de tacones de color negro.

—Hola —Me dijo, sonriente —Espero no molestar.

Cuando las palabras no salieron de mi boca, frunció el ceño. —Te mandé un mensaje—Se justificó.

Pasé la mano por mi cabeza y rasqué el cabello de mi nuca. —Eh, sí. No lo vi —dije, intentando aclarar mi garganta.

—¿Puedo pasar? —Me consultó.

Era una muy mala idea. Sin embargo, asentí. Anna me sonrió y corrí mi cuerpo para permitirle el paso.

Una vez adentro, caminó con pasos sexies hasta la sala y tomó haciendo en el sofá. Mentalmente rogaba que la pelirroja no saliese de mi habitación.

—Seguramente te preguntarás que hago acá —dijo, nerviosa. La miré sin saber qué decir. Sonrió. —Necesito pedirte un favor —Me dijo.

Su mirada era suplicante y la observé durante unos segundos.

Podría pedirme lo que sea que se lo cumpliría, pensé.

—Es para mi amiga Sophia, en realidad. Necesita trabajo y....

Sus palabras se vieron interrumpidas por el sonido de un celular dentro de mi habitación. Ella llevó sus ojos hasta la mesa ratona y vio que el mío se encontraba en ese lugar. Luego, miró hacia la habitación y, después,

dirigió su mirada a mí. Luego, notó la cartera de Kathia tirada en el piso de mi departamento a un costado del sofá.

Sus ojos se abrieron al comprender lo que estaba pasando y podía jurar que vi una chispa de dolor en sus pupilas. Finalmente, todo su rostro se puso rojo como un tomate.

—Debiste decirme que tenías compañía —El tono de su sonaba a reproche.

Sí, definitivamente sonaba molesta.

Me crucé de brazos y la miré. ¿Quién era ella para reclamarme algo cuando se había ido con un imbécil algunas horas antes? Me observó fijo durante unos segundos y al notar que no pensaba responderle se paró y comenzó a caminar hasta la puerta.

—Mejor me voy —Me dijo y estaba seguro de que era dolor lo que salía de su boca.

Sacudiendo mi cabeza para obligarme a reaccionar, me interpose en su camino y la tomé del brazo. —Anna, espera —Le dije suplicante —No sabía que ibas a venir.

Ella sacudió su brazo para soltarse. Entonces, sus ojos se volvieron tormentosos, pero inmediatamente retomó la calma.

—Bueno, ahora sé que no debo venir sin antes esperar tu respuesta. Eres un hombre muy ocupado —dijo, irónica y después, se dio vuelta para comenzar a caminar hasta la puerta, pero no se lo permití. La tomé de la cintura y la pegué con fuerza a mi cuerpo.

Me miró desafiante y esperé su reacción, pero se mantuvo quieta. Cuando estuve seguro de que no iba a intentar irse, aflojé mi agarre. —No entiendo por qué estás tan molesta —dije —No estoy haciendo nada que tú no hagas. Te recuerdo que hoy mismo te vi irte con un tipo de la empresa.

—No era nadie importante —dijo, defendiéndose.

—Ella tampoco —retruqué señalando hacia la puerta de mi habitación.

—¿Por qué siquiera estamos hablando de esto? —Ahora sonaba frustrada.

—¿Por qué viniste? —dije, en el mismo tono.

Pareció confundida por mi pregunta al principio y dudó unos segundos antes de responder. Por dentro, supe que no iba a admitir el verdadero

motivo.

Soltó el aire por la boca y, finalmente, habló. —Vine a pedirte un favor para mi amiga.

La miré fijo, frunciendo el ceño. Luego, sonreí malicioso. —¿De verdad? ¿Ese el verdadero motivo, Anna?

Se movió incómoda. —No tendría ninguna otra razón para venir —Su voz sonó temblorosa y supe que estaba mintiendo.

—No te creo. Los dos sabemos que bien podrías pedírmelo mañana en la oficina —dije, acercándome a ella peligrosamente. Extendí mi mano y la tomé de la cintura nuevamente. No se resistió, ni me empujó, ni me insultó, ni bromeó conmigo. Bajo cualquier otra circunstancia, estaría besándola apasionadamente. —Me parece que me estás mintiendo —finalicé, inclinándome más cerca.

Por un instante, me miró con odio, como si estuviera a punto de golpearme, pero finalmente sus ojos se ablandaron y levantó las manos en el aire.

—Eres.... Imposible —Me dijo, levantando el tono de voz y soltando un suspiro exasperado.

Solté una carcajada—¿Sabés lo que creo? —dije, manteniendo la calma y hablando casi en un susurro contra su rostro. Me miró confusa —Creo que querías verme —continué, mientras deslizaba mi dedo índice por su mejilla.

—Suéltame, Nicholas. Estás quedando loco —Sus ojos se fijaron intensamente en los míos, advirtiéndome, pero no me pensaba rendir. Por primera vez en mucho tiempo, tenía esperanza.

—Era eso, ¿verdad?

Sus ojos se volvieron a concentrar con los míos y abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar. Sonreí porque supe que había dado en el blanco.

—Claro que no —respondió, frunciendo los labios.

—Mentirosa—Volví a colocar mi brazo en su cintura y la presioné contra mi cuerpo. Sus pechos golpearon contra mi piel enviándome punzadas de deseo a todas mis terminaciones nerviosas.

El juego comenzaba a ponerse peligroso. Nunca antes habíamos llegado

tan lejos y no estaba seguro hasta donde podría contenerme.

—Eso es lo que quieres, ¿no? —dijo, descubriendo mi juego —Quieres que te diga que quería verte —Sus labios se movían pausadamente, como saboreando cada palabra —¿No será al revés? —me desafió.

—Puede ser —dije, cauteloso —, pero no fui yo quien fue a buscarte a tu casa. Fuiste tú quien se apareció en mi puerta —susurre contra su boca.

Tragó aire incapaz de responderme. Sus ojos me mantuvieron la mirada y ambos permanecimos respirando con dificultad hasta que, finalmente, el deseo ganó. Me abalancé sobre ella y la besé con fuerza, presionando su cuerpo contra el mío. No sabía como reaccionaría, pero su reacción fue inmediata y su boca me respondió con la misma intensidad. Envolvió sus manos en mi pelo y lo enredó entre sus dedos. Entonces, sujeté su cintura con fuerza y ella bajó una mano hasta mi cuello hundiendo sus uñas en mi piel.

Me agaché un poco y la tomé por la parte posterior de sus piernas obligándola a colocarlas alrededor de mi cintura mientras sus manos paseaban por mi espalda aferrándose con fuerza de mi remera.

Dios. Estaba demasiado encendido. Aumenté la presión del beso y nuestras lenguas comenzaron una batalla por el control dentro de nuestras bocas. La deseaba tanto.

—Anna —susurré y me aparté despacio de su boca para comenzar a bajar por su mandíbula hasta su cuello. Era tan dulce.

Estaba viviendo mi más deseada fantasía, pero entonces, como ocurre cuando estás teniendo el mejor sueño de tu vida y suena el maldito despertador, la puerta de mi habitación se abrió de golpe despertándome a la realidad.

Inmediatamente, ambos volteamos en esa dirección para descubrir el motivo de la distracción, pero la peligrosa la volvió a cerrar de un portazo mientras se escuchaba un suave «perdón» desde el otro lado.

Entonces, Anna colocó sus manos en mis hombros obligándome a depositarla nuevamente en el suelo.

Permanecimos en silencio durante varios segundos. Cerré los ojos con fuerza intentando entender por qué me permití perder el control tan fácilmente.

—Debería irme —Me dijo, despacio —No me gustan los tríos.

La expresión en mi cara cambió súbitamente. De repente, me sentí corrompido por la rabia.

—Esto no fue sobre sexo, Anna —dije, exasperado.

—Tampoco fue sobre amor —Me respondió de inmediato.

Tomé varias bocanadas de aire para intentar recuperar la calma. Mi pecho se expandía y se contraía con fuerza.

—Escucha, Anna —Quise comenzar a explicarle.

—Solo déjalo pasar, ¿sí? —me dijo —¿Podríamos simplemente fingir que esto jamás pasó?

El tono de su voz se había suavizado, pero evitaba mirarme a los ojos. Me sentí un maldito cretino. Acababa de besarla mientras tenía a otra mujer esperándome en la habitación.

—Pero pasó y no puedo dejarlo pasar—Le dije sincero.

Tampoco me moví de mi lugar, pero mis manos se habían vuelto dos puños cerrados a causa de la impotencia que estaba sintiendo en ese momento.

—La pelirroja se va a aburrir —Me respondió con resentimiento.

—A la mierda ella, Anna —contesté y lancé una maldición al techo.

Ella soltó un suspiro de frustración. —Nicholas, como yo lo veo ambos nos dejamos llevar. Yo estuve mal en venir sin invitación y estuve mal en mostrarme molesta. Estás en todo tu derecho de hacer lo que quieras...con quién quieras —dijo controlando sus palabras.

Mordí mi labio y juré en silencio.

—Creo que malinterpretaste misintenciones —Continuó.

—Sí, creo que me dejé llevar. Estaba...bueno, no estaba pensando con claridad. Lo siento —respondí, resignado.

No me contestó de inmediato, sino que pareció pensar sus palabras.

—Somos amigos, Nicholas. Me gusta que sea así, de verdad. Eres la única persona con quien puedo ser yo misma y no quiero que eso cambie.

Un nudo se formó en mi estómago. —Anna, esto que pasó, no debió pasar, lo sé. Lo siento si forcé la situación. No sé en qué estaba pensando.

—Está bien, Nicholas. Ambos tuvimos nuestra gota de culpa, pero ya está
—Se acomodó el pelo y se recompuso admirablemente. Envidié eso de ella
—Necesito hablar contigo sobre Sophia, pero puede esperar hasta mañana. Ahora es mejor que me vaya.

Simplemente asentí. Me regaló una sonrisa y caminó hasta la salida. La puerta se cerró tras su espalda y me quedé solo en el medio de la sala aun sintiendo el calor del beso que nos habíamos dado.

Lancé una maldición al aire y volví a mi habitación para encontrarme a Kathia sentada en la cama jugando con su celular.

—¿Me extrañaste nena? —le dije, de manera seductora.

Ella pareció confundida al principio, pero después dejó el celular a un lado y me sonrió maliciosa.

Capítulo 8

Anna

Cada vez que mi mente recreaba el momento del beso, todo mi cuerpo temblaba, como cuando era invierno y salía a jugar en la nieve. Luego, recordaba las manos de Nicholas sobre la piel de mi cintura y entonces todo era cálido, todo se sentía demasiado cómodo.

Tan cómodo que no quería irme de ese lugar, quería quedarme en ese momento para siempre.

Cuando Nicholas me había sujetado contra su cuerpo, no dejaba de pensar. No dejaba de decirme que eso estaba mal. ¡Él tenía otra mujer esperándolo en la habitación! No dejaba de pensar en mis estúpidos celos, en mi corazón roto y en el miedo a volver a sufrir.

Mi mente pensó muchas cosas y todas me decían que debía correr lejos él, pero entonces Nicholas había mirado a los ojos y de repente dejé de pensar. Mis pensamientos se detuvieron y me dejé llevar. Sus labios tocaron los míos y toda mi mente se puso en blanco.

Había sido como consumirme en el mismo vacío.

Pasé mis manos por la cara y arrojé la lapicera sobre la mesa. A mi lado, Sophia me miraba con los ojos entornados. Habían pasado dos días desde ese episodio en su departamento y, desde entonces, había intentado mantener cierta distancia.

Nuestra relación se había vuelto más formal y la mayoría del tiempo ambos parecíamos sentirnos incómodos. Por eso siempre había preferido mantener la distancia con él. Era el único chico por el cual mi pecho parecía doler si se alejaba. Extrañaba al Nicholas de antes. Extrañaba estar con él como antes.

—Bueno, ¿me vas a contar qué te ocurre? —Sophia cerró el libro que estábamos resumiendo y lo apartó para apoyar sus codos sobre la mesa y mirarme fijo.

Estábamos en la pequeña cocina de su casa preparando unos resúmenes. Por lo general, prefería venir a estudiar con ella. Su casa era humilde y sencilla, pero no se sentía tan fría como la mía.

—Nada, estoy cansada. Ya no quiero seguir leyendo —Le dije.

—No me refiero a eso —Me dijo —Estás rara. Y no es porque no te gusta el profesor... Estás distraída. Metida en tus pensamientos. Y no has vuelto

a salir con chicos, ¿qué anda por tu cabeza?

Solté un suspiro pesado y cerré el cuadernillo que tenía frente a mí.

—No lo sé —dije, sincera —Nunca antes me había sentido de esta manera.

El rostro de Sophia pasó de la preocupación al asombro y su boca se abrió considerablemente cuando terminó de procesar mis palabras.

—Oh, por Dios —Me dijo, sonando demasiada entusiasmada —Hay un chico que te vuelve loca.

Casi escupí el trago de agua que estaba tomando en ese momento.

—Claro que no —Le dije casi de inmediato intentando no atragantarme con el agua den mi garganta.

—Claro que sí. Intenta negármelo después de esta reacción —Me dijo con una sonrisa maliciosa en sus labios.

—Te odio —Le respondo, sacándole la lengua.

—¿Qué tiene de malo? ¿Por qué luces tan preocupada al respecto?

Tapé la pequeña botella de agua y la dejé sobre la mesa mientras intentaba buscar las palabras justas.

—Uno: estamos de hablando de Nicholas Wayne, el idiota mujeriego más grande del planeta. Dos: somos amigos o algo así. Lo hemos sido desde el momento en el que nos conocimos. Tres: —Solté un suspiro —no quiero esta mierda.

—Lo quieras o no, es algo que pasa cuando menos lo esperas. No puedes decidir cuándo enamorarte o de quién. Es algo que simplemente pasa.

Estaba a punto de decirle que sí se podía. De hecho, mi hermano lo había hecho. Había encontrado a una chica que se ajustaba a sus estándares y había elegido enamorarse de ella. O al menos fingir que lo estaba, pero me mordí la lengua.

—Pero a mí no me tiene que pasar —Le dije, poniéndome un poco caprichosa —No soy como tu Soph.

Sophia casi lanzó una maldición. Casi, porque era demasiado juiciosa como para hacerlo realmente.

—¿Qué tiene que ver que no seas como yo? Yo también tengo mucha mierda encima. Sin embargo, me enamoré y soy feliz.

Tuve que fruncir el ceño, porque la clase de relación que ella tenía con Ryan no se ajustaba al ideal de felicidad que ella pretendía alcanzar. Ella podía amarlo, pero no estaba segura de que el sentimiento fuese correspondido.

—Las cosas no salen bien cuando uno se enamora —Le contesté —Al menos, para mí.

—El amor simplemente ocurre —Me aseguró.

—Bueno, yo no creo en eso —Le dije, cruzándome de brazos —Puede ser que Nicholas me resulte atractivo. Además, no me trata como los demás chicos. Con él me siento cómoda y puedo ser yo misma. Nos reímos y la pasamos bien juntos. Tal vez, mi confusión se deba a que nunca nos hemos acostado.

Sophia lanzó un suspiro y se acomodó contra el respaldo de su asiento para mirarme con los ojos llenos de reproche.

—No me vengas con toda esa basura de que todo es por sexo, Ann.

—Claro que sí, Soph. Es más, estoy segura. La otra noche fui hasta su departamento y nos besamos como si el mundo se fuese a acabar. Sin embargo, el muy idiota tenía a otra chica en su habitación.

Sophia me miró y toda su cara se desfiguró. Como si hubiese escuchado algo horrible.

—¿Ves? No es amor —Le aseguré. Solté un suspiro

—Pero te gusta —insistió.

Debía admitir que me gustaba. No, fantaseaba con Nicholas. Después del beso en su departamento, se había colado en mis fantasías nocturnas. Incluso si era alguien con quien no quería involucrarme, debía admitir que pensar en él me excitaba. Me gustaba el sonido ronco que había salido de voz después de besarme desesperadamente contra la pared de su sala. Me gustaba la manera en que su cuerpo olía y la forma en que su boca se curvaba en una esquina cuando quería provocarme con alguna de sus bromas.

—Me gustan sus ojos —admití— Y sus labios. Sus abdominales son jodidamente calientes y hacen que quiera untarles chocolate y lamerlo

hasta volver a limpiarlo. Sin embargo, eso no es amor. ¡Es calentura!

Sophia soltó un suspiro de frustración y pensó por un momento antes de volver a hablar.

—Anna, sinceramente creo que te gusta, más de lo que quieres admitir. Sin embargo, estás poniendo la excusa de la amistad como una pared para no dejarte llevar por lo que sentís.

Me quedé muda durante varios segundos, pensando en sus palabras. Finalmente, negué con la cabeza.

Sophia lanzó un suspiro de resignación y no pudo contener una sonora sonrisa. —Eres imposible, Ann —Me dijo, negando con la cabeza.

Estaba a punto de volver a hablar cuando el celular sonó dentro de mi mochila. Lo saqué y vi que tenía un mensaje de Nicholas. Intenté suprimir la pequeña punzada de emoción que se había formado en mi estómago.

—Hablando de Roma —Le dije, sacudiendo el celular en mis manos.

Me sonrió pícaro y levantó ambas cejas mientras se mordía el labio inferior y llevaba ambas manos hasta su corazón. Contuve el impulso de insultarla.

Nicholas: Dile a Sophia que venga mañana a las 9 a la oficina. Tiene una entrevista de trabajo conmigo.

Casi salté de mi silla. Dios, lo amaba. Es decir, como amigo. Lo amaba como amigo. Cerré los ojos por un segundo e intenté apartar cada maldito pensamiento romántico sobre él, pero se me hizo completamente difícil.

Antes, había podido bloquear el deseo que sentía por él, pero desde que nos habíamos besado todo se había complicado. Maldición.

Capítulo 9

Nicholas

Las cosas parecían haber vuelto a la normalidad.

Durante los días siguientes al episodio del beso en mi departamento, Anna se había comportado distante, pero después, con Sophia en la oficina, volvieron las bromas entre nosotros, las salidas nocturnas por cervezas y los partidos de tenis en el club de campo los días sábados. Ella continuaba llamándome idiota y yo había podido mantener una distancia segura entre nosotros acostándome con alguna chica de turno. No lograba borrar el sabor de su beso por completo, pero ayudaba.

Las últimas semanas habían sido realmente complicadas en la oficina. Tuvimos la posibilidad de contactar con unos compradores de México, pero se nos estaba haciendo difícil cerrar el negocio y Ethan había tenido que viajar para intervenir en las reuniones. Por suerte, todo parecía haberse encaminado y ahora estábamos trabajando en la posibilidad de adquirir acciones por un complejo de hotelero en la zona costera de La Porte.

Solté un suspiro y leí el mensaje de la rubia que había conocido la otra tarde en el club, pero lo ignoré. Hoy no pensaba salir a ninguna parte. Necesitaba una noche de descanso, así que había ido hasta el supermercado y me había comprado suficientes cervezas para sobrevivir a una noche de películas en soledad. La soledad no es buena amiga de los recuerdos, pero con unas cuantas cervezas en mi sistema, podría soportarlo.

Antes de colocar las botellas en la heladera, encendí la televisión y sintonicé un canal de música esperando escuchar alguna melodía country, pero para mi sorpresa, me encontré con un especial de las SpiceGirls. Estuve tentado a cambiar de canal, pero el ritmo contagioso de Wannabe me lo impidió y pronto me encontré moviendo mi pesado trasero con la melodía.

Me quité la camisa y los zapatos al ritmo de la música, pero cuando vi mi ridícula imagen en el espejo estuve a punto de golpearme. Muy masculino, pensé con ironía.

Estaba a punto de desabrocharme los pantalones cuando escuché el sonido del timbre traspasando sobre el volumen de la canción. Tuve que fruncir el ceño porque no estaba esperando a nadie en particular. Posiblemente, sería el vecino del piso de abajo en busca de algún préstamo momentáneo.

Salí del dormitorio y tomé el control para bajar el nivel de volumen antes de dirigirme hasta la puerta, pero en lugar del rostro suplicante de mi vecino, cuando la abrí, me encontré con la sonrisa encantadora de Anna.

No pude contener una expresión de asombro y su sonrisa se hizo más grande. —Conseguí el DVD de la última temporada —Me dijo a modo de saludo mostrándome una caja con la impresión de su serie favorita. —Y, por favor, decime que no tenés ningún ligue en tu cuarto —bromeó.

Sin poder evitarlo, tuve que sonreír ante su comentario al tiempo que negaba con la cabeza. —Hoy solo somos mis cervezas y yo.

—Genial —dijo, sin dejar de sonreír. Luego, me miró expectante. —Y bueno, ¿me vas a dejar pasar o no?

Sacudí mi cabeza ante la torpeza de mi comportamiento y me hice a un lado para dejarla pasar. En ese momento, el aroma de su perfume llegó a mis sentidos y dejé de respirar para alejar las sensaciones que su olor despertaba en mi cuerpo.

Anna llevaba el pelo recogido en un prolijo moño y estaba usando unos ajustados jeans rojos y una camisa blanca demasiado escotada como para permitirme bloquear mis pensamientos sexuales hacia ella. Hice una mueca. ¿Cómo se suponía que reprimiría mi deseo por ella si la tenía cerca vestida así? Iba a ser una noche asquerosa y estaba seguro de que no había comprado suficientes cervezas como para ahogar mis sentimientos.

—Linda música —Me dijo una vez que estaba en la sala, mientras se daba vuelta para mirarme burlona.

—Si te vas a burlar, puedes ir mirando la serie sola en tu casa —Le respondí, cruzándome de brazos.

Su sonrisa se amplió y apoyó el peso de su cuerpo en una de sus piernas. —Hey, no es algo malo. Siempre quise tener un amigo gay —Me dijo, guiñándome un ojo.

Una broma que no me agradó. Lo que menos quería era que ella tuviese alguna duda sobre mi orientación sexual. —Si me das un segundo, te puedo demostrar lo varonil que puedo llegar a ser —Le dije, provocándola. Si ella quería jugar con fuego, fuego iba a tener.

—Mmm, no gracias —Fue su respuesta cortante. Un segundo después, levantó la bolsa que llevaba en su mano derecha —Traje helado.

—Genial, así las horas de zombis devorando cerebros humanos serán menos tediosas —Le respondí tomando la bolsa de sus manos para

llevarla a la cocina.

—Hey, si yo no me burlo de tus gustos musicales, no lo hagas con mis preferencias televisivas —Me dijo a mis espaldas.

Solté una sonora carcajada y guardé el helado en el congelador. —¿Quieres una cerveza? —Le pregunté, con la cabeza dentro de la heladera.

—Claro —Me respondió desde la puerta de la cocina. Me acerqué hasta ella y le alcancé una botella mientras le hacía señas para dirigirnos hasta el living.

Anna se sentó en el sofá mientras yo colocaba el DVD en el reproductor. Tomé asiento a su lado y configuré el televisor para poder ver los capítulos de *The Walking Dead*.

—¿Hablaste con tu hermano? —Le pregunté, sabiendo que Ethan aun se encontraba en la ciudad.

Más temprano, lo había invitado a salir, pero había rechazado mi sugerencia. Estaba preocupado por él, no me gustaba el tipo en el que se estaba convirtiendo. Sin embargo, cada vez que intentaba sacar el tema, me esquivaba. Tal vez, Anna tendría más suerte que yo.

—Sí, pero ya sabes cómo es con él. Con suerte, tienes cinco minutos antes de que su celular suene. Pero hoy fuimos a almorzar juntos y estuvo bien. Al menos ya no insiste en que me mude con él.

Asentí en respuesta y tomé un trago de mi bebida. Entonces, el primer capítulo comenzó y Anna se relajó en el asiento. Estudié el espacio entre nosotros y la idea de estirar mi brazo y acercarla a mi cuerpo era demasiado tentadora, pero me contuve. Estaba seguro de que ella no tenía eso en mente, al menos no había dado indicios así que, en lugar de eso, me recosté contra el respaldo e intenté relajar mi postura.

La observé durante casi la mayor parte del primer capítulo, incapaz de concentrarme en la trama del apocalipsis zombi y pude notar que, de vez en cuando, sus ojos se dirigían distraídamente a mi lugar. Intentaba fingir que no notaba su estudiosa mirada sobre mí, pero se me hacía extremadamente difícil. Despacio, inclinaba la cabeza hacia un costado muy levemente, después repasaba mi torso desnudo y, finalmente, se volvía a concentrar en la pantalla. No podía dejar de intentar adivinar sus pensamientos porque estaba seguro de que había cierto deseo en esa forma de mirarme.

Repitió los movimientos tres veces, pero luego dejó de hacerlo y me sentí mucho más confundido aún. No lograba entender sus intenciones y

tampoco quería hacer ningún movimiento estúpido que provocara un nuevo distanciamiento entre nosotros.

A medida que los minutos pasaban, Anna parecía disfrutar de los episodios, pero yo me aburría estrepitosamente así que opté por ir a buscar un poco de helado a la cocina. Además, un tiempo a solas serviría para aclarar mi mente.

Me paré del sofá y me dirigí a la cocina. Abrí el contenedor y después hundí una cuchara en él, pero cuando estaba a punto de llevarlo a mi boca, ella entró por la puerta y se acercó mirándome con reproche.

—Hey —Me dijo, ya quedando frente a mí —No te lo comas todo tú solo —Con un movimiento rápido, me quitó la cuchara de la mano y la llevó a su boca para robarme la porción saboreando el helado de cereza con expresión burlona.

La miré con malicia sabiendo que comenzaríamos un juego peligroso, extremadamente peligroso. Sin embargo, no pude contenerme.

—Suerte intentando probar el helado de chocolate —Le dije y coloqué el envase a mis espaldas.

Su rostro se iluminó y dejó la cuchara sobre la mesada para luego abalanzarse sobre mí e intentar arrebatarme el pote. Colocó sus manos a mis costados rodeándome por la cintura mientras intentaba mantenerla alejada con mis piernas. Elevé mi brazo por encima de mi cabeza y mantuve el contenedor en lo alto riéndome ante su inútil intento de alcanzarlo poniéndose en punta de pie.

Finalmente, se rindió y apoyo toda la planta del pie en el piso. Me miró estudiando mi posición. —No te creas que voy a dejar salirte con la tuya —amenazó.

—¿Y cómo vas a quitarme el pote, enana? —La provoqué.

—Tengo una idea —dijo.

Inmediatamente, apoyó ambas manos en mi hombro y dio un salto enredando sus piernas en mi cintura. La sorpresa y el repentino peso del cuerpo de Anna sobre el mío hizo que perdiese el equilibrio. Tambaleé sobre mis piernas y, finalmente, ambos caímos al piso, arrojando el pote de helado al suelo.

Miramos el contenedor a unos cuantos metros de nosotros por unos momentos, pero luego nuestras miradas se encontraron y ambos nos dimos cuenta de la posición en la que estábamos. Era un contacto demasiado íntimo para dos personas que solo fingían ser amigos.

Lentamente, repasamos nuestros cuerpos unidos con la vista. Sus piernas estaban alrededor de mi cadera y sus manos se aferraban con fuerza por mis hombros.

Cuando nuestras miradas se volvieron a juntar, sus pupilas estaban más negras que de costumbre. Inhaló el aire con la nariz y se mordió el labio inferior. De repente, el aire se volvió pesado a nuestro alrededor.

Sin despegarme de ella, me acomodé mejor sobre el suelo sujetándola con fuerza por la cintura. Invadido por una especie de conjuro hipnótico, llevé una mano a su mejilla y la acaricié con delicadeza. Después, deslicé mis dedos por su cuello y bajé a lo largo de sus brazos sintiendo como su piel se iba erizando bajo mi roce. Seguí el recorrido de mi mano con la vista y ella me imitó. Volví a subir hasta su hombro izquierdo y la mantuve en ese lugar durante varios segundos jugando con el borde del cuello de su camisa.

—Deberíamos volver a la sala —me dijo con un susurro mientras tragaba saliva.

—Mmm —le dije sin preocuparme por moverme.

—Nicholas, si no volvemos, vamos a cometer una locura —me respondió respirando con dificultad.

—Me gustan las locuras—dije, ahora contra sus labios y antes de darle tiempo a alejarse, la besé.

Emitió un jadeo de sorpresa cuando llevé mi mano a su nuca y presioné sus labios contra los míos. No estaba seguro de si ella estaba esperando o no que la besara, pero no puso ninguna resistencia y mi autocontrol se evaporó por los aires al darme cuenta de que me estaba devolviendo el beso.

Entonces, la besé con fuerza y profundo, saboreando sus labios y acariciándola con mi lengua. Su boca estaba aún fría a causa del helado y sabía a cereza. Jodidamente deliciosa, pensé. Mi corazón comenzó a latir a un ritmo descontrolado.

Deslicé mis manos por su espalda y las volví a posicionar en su cintura para acercarla más a mi cuerpo. Sus piernas se envolvieron con más fuerza alrededor de mis caderas permitiéndome sentir el calor que emanaba del interior de sus muslos contra mi torso desnudo.

Era enloquecedor y delicioso al mismo tiempo. De todas las formas que pensé que podría volver a saborearla, esto hubiese sido lo último en mi mente. Los dos habíamos llegado a nuestro límite y ahora ya no nos

estábamos conteniendo.

Cuando nuestros labios se separaron para volver a tomar aire, permanecimos mirándonos en silencio sin atrevernos a hablar mientras intentábamos controlar nuestra respiración. Lentamente, llevé una de mis manos hasta su cuello y acaricié su piel.

—No creo que seas consciente de lo que despiertas en mí —Murmuré contra su rostro.

Ella acomodó sus manos en mis hombros y las deslizó alrededor de los músculos de mis brazos.

—Nic, eres un chico. Estoy casi segura de que sé exactamente lo que despierto en vos —dijo, intentando sonar superada. Algo que era típico en su forma de ser, pero esta vez me irritó condenadamente mal ya que no me gustaba que me comparase con los demás hombres que alguna vez llegaron a besarla. Entonces, movió su cadera contra mi dolorosa erección y sonrió. —¿Ves? Tu cuerpo acaba de delatarte.

Entonces, envolví mi mano detrás de su nuca y volví a capturar su boca, pero esta vez, el beso era diferente al anterior. No era frenético ni desesperado sino lento y suave. Bajé por su cuello y saboreé cada centímetro de su piel mientras ella pasaba sus manos por mi espalda clavando las uñas en mis músculos para acercarme cada vez más a su cuerpo.

—Los demás chicos solo sintieron deseo sexual por vos. Yo siento mucho más —dije, con voz ronca.

Anna soltó un suspiro sonoro y moridó el interior de su mejilla antes de volver a hablar. —Nic, si vamos a hacer esto, necesitás saber que esto, para mí, es solo sexo. Nada más.

Sus palabras me golpearon con fuerza e intenté suprimir el dolor que me causaron para no demostrarle lo patético que era en realidad. Tomé aire para llenar mis pulmones e intentar que mi voz sonara firme. —Está bien. Solo sexo —repetí, pero nunca antes la palabra sexo se había sentido tan amarga.

Entonces, acerqué mi boca a su cuello y comencé a lamer su piel caliente. Su respuesta inmediata fue llevar las manos hasta mi cabeza y hundir sus dedos en mi pelo.

—Si lo hago realmente bien, ¿conseguiré que me lleves el café a la oficina todas las mañanas? —bromeé, para ocultar mi ego herido.

—Ni en tus sueños —respondió, mientras daba pequeños jadeos.

Sonreí contra su cuello sin despegar mi boca de su piel y le di un pequeño mordisco. Ella se rio al sentir mis dientes y me jaló más cerca, alentándome a continuar. Consumido por el deseo, llevé las manos hasta el botón inferior de su camisa y lo sujeté con fuerza entre mis dedos.

—No tienes idea de las veces que fantaseé con hacer esto —Le dije y me aparté unos pocos centímetros para jalar de la tela y deprender toda la prenda de un tirón. De inmediato, sus pechos quedaron expuestos frente a mi rostro.

Los observé conteniendo la respiración. Ella era perfecta. Como si pudiese leer mi mente, me regaló una sonrisa maliciosa. Luego, llevó sus manos hacia su espalda para desabrochar el sujetador. Desde mi posición, solo podía observarla extasiado no muy seguro de si esto era un maldito sueño o no. Muy lentamente, levantó una mano y envolvió uno de los tirantes con sus dedos para deslizarlo por brazo izquierdo y, luego, hizo lo mismo con el derecho. No llevaba prisa y su mirada me descostraba que estaba disfrutando de la expresión maravillada de mi rostro.

Cuando terminó de quietarse la prenda, la arrojó hacia algún lugar a su espalda. Sin poder contenerme por más tiempo, estiré mis manos para cubrir sus dos pechos redondos y exuberantes y aprisioné sus pezones entre mi pulgar y el índice disfrutando de su cálida suavidad. Estaba a punto de capturar uno de ellos entre mis labios, pero Anna me detuvo.

Colocó una mano sobre mi pecho y besó suavemente mi boca antes de desenvolver las piernas de mi cintura. Observé sus movimientos expectante. Muy lentamente, se estiró sobre el piso y alcanzó el pote de helado.

Fruncí el ceño. —Que quede claro que yo nunca fantaseé con hacer esto —me dijo juguetona mientras su mirada se oscurecía.

En ese momento, hundió un dedo en la crema y, luego, lo pasó a lo largo de mi abdomen. El frío me hizo estremecer, pero antes de que pudiese reaccionar, colocó ambas manos a los costados de mi cadera y lamió el rastro helado con su lengua.

—¡Oh Dios mío! —gemí ante la imagen erótica que tenía frente a mí. Anna iba limpiando el helado de mi piel sin quitar su mirada de la mía y tuve que apoyar las manos con fuerza sobre el suelo. De repente, me estaba costando respirar.

Cuando llegó hasta el final del camino, continuó subiendo por mi cuello, mordisqueándolo mientras sus pezones rozaban la piel de mi pecho. Iba a sufrir un paro cardíaco, estaba seguro. No recordaba haber

estado más excitado en toda mi vida.

Con un movimiento brusco, me sujetó por la nuca y devoró mi boca en un beso hambriento. Sabía a chocolate y era realmente adictivo. Recorrí su espalda con las manos y luego me dirigí nuevamente a sus pechos.

Entonces, corté el beso solo para llevar mi boca a unos de sus pezones rosados y endurecidos. Deseaba tanto saborearlos. Anna gimió e inclinó la cabeza hacia atrás para dejarme cumplir con mi tarea. Con mi mano izquierda comencé a descender por su vientre hasta llegar al botón de su pantalón. Lo desabroché y volví a subir. Tomé su otro pecho con mi mano y cambié mi boca a su pezón izquierdo mientras la escuchaba respirar con dificultad.

Anna envolvió una mano en mi pelo y me jaló más cerca para incitarme a besarla con más fervor. ¡Dios! Iba a matarme. Este costado de Anna era demasiado delicioso. Era una mujer dispuesta y caliente, y todos mis sentidos estaban enceguecidos.

Luego de varios segundos, abandoné sus pechos y capturé su boca nuevamente. Con movimientos torpes y violetos, la levanté del suelo manteniéndola envuelta alrededor de mi cintura para, finalmente, comenzar a caminar en dirección a mi habitación.

Una vez ahí, la deposité sobre la cama con cuidado y me paré frente a ella estudiándola. No pensaba apresurarme. Lentamente, tomé uno de sus pies y retiré su zapato derecho para luego pasar mis dedos por el empeine y dejar unos suaves besos en el lugar mientras la miraba desde mi posición. Después, dejé caer su pierna y tomé la otra para hacer lo mismo. Ella me observaba en silencio con los codos apoyados sobre el colchón y toda su expresión emanaba lujuria. El rostro de Anna siempre había sido hermoso, pero ahora, bañado por la sensación de placer no tenía comparación. Nunca se había visto más hermosa ni más tentadora.

Una vez que la tuve descalza, llevé mis manos a sus vaqueros desprendidos y los tomé por el borde para comenzar a deslizarlos por sus piernas. Lo arrojé en algún lugar del piso y la contemplé por un instante para asegurarme de guardar cada detalle de esta imagen en mi memoria.

¡Maldito infierno sagrado! La había pensado tantas noches y ahora, al fin, era mía. Toda mía.

Apoyé mis rodillas en la cama y comencé a gatear hacia ella, pero coloqué sus manos en mis hombros y me volteó de espaldas para subirse a horcajadas sobre mis muslos.

—Yo estoy a cargo —dijo. Simplemente la observé. No pensaba negarme

a nada. Esto era el jodido paraíso.

Deslizó ambas manos por mi pecho y descendió por mi estómago hasta que llegó al cierre de mis pantalones. Lo bajó y salió de encima para poder retirar la prenda. Intenté reincorporarme para volver a tomar el control, pero me empujó de nuevo sobre el cochón. Luego, envolvió sus dedos en el elástico de mi bóxer y se agachó para retirarlos.

Una vez que lo retiró por completo, sus ojos cayeron sobre mi erección sin disimulo y de la forma más descarada posible. Entonces, una sonrisa tiró de sus labios y su mirada se encontró con la mía.

—Guau, Nic —Me dijo, con el tono más caliente que jamás había escuchado —. Esto explica tu larga lista de mujeres.

Solté una carcajada ante su inesperado comentario y me senté para volver a apoyarla sobre mis piernas. Ella aún tenía sus bragas puestas, pero podía sentir su calor y su humedad chocando contra mi abdomen, enviando descargas eléctricas a todo mi cuerpo.

Lentamente, subí mis manos por toda su espalda acariciando su piel erizada y tomé su coleta entre mis dedos para quintársela mientras besaba la piel de su hombro. Solté su cabello y éste cayó como lluvia sobre su cuerpo desnudo. Lo envolví entre mis dedos y jugué con él para luego hundir mi nariz entre sus mechones y sentir su perfume. El aroma de su shampoo era jodidamente delicioso y no pensaba prohibirme de ninguna de las fantasías que había tenido con ella. Esa noche, era mía y la iba a disfrutar por completo.

Ella bajó su boca hasta mi ojera y mordió mi lóbulo. —¿Dónde están tus condones? —Me preguntó en un susurro.

Presioné la piel de sus hombros entre mis dientes y sonreí. —¿Estás ansiosa? —Le contesté, jugando con ella.

—Ya tuvimos suficiente preámbulo —Fue su respuesta.

La presioné con fuerza y la tumbé sobre las sábanas, pero una vez que su espalda tocó el colchón, se volvió a reincorporar para ser ella quién retirase su ropa interior mientras yo permanecía arrodillado sobre el choclón observándola.

Sus cabellos estaban alborotados y algunos mechones caían sobre sus pechos. Sus pupilas estaban dilatadas y el iris en sus ojos se encontraban más oscuros que de costumbre. Sus labios estaban entreabiertos y su respiración agitada mecía suavemente sus pechos. No recordaba, jamás, haber visto una imagen más erótica en toda mi vida. Era mi propia venus,

la que siempre había deseado tener.

Incliné mi cuerpo sobre mi mesa de luz y saqué un condón de su interior, pero cuando estaba por abrirlo, ella se acercó y me lo quitó.

—Déjame a mí —Me dijo y pude notar que era una orden —Te dije que yo estaba a cargo.

Quería decirle que no. Quería ser yo quien tuviese el control de la situación, pero algo en su mirada me lo impidió y simplemente puede asentir. Ella me tomó del brazo con una de sus manos, mientras que apoyaba la otra sobre mi pecho para obligarme a acostarme sobre el colchón.

Una vez que estuve a su disposición, puso el pequeño envoltorio en su boca y lo presionó entre sus dietes para abrirlo sin quitar su mirada de la mía. Llevó el condón a sus labios y se agachó para deslizarlo en mi longitud con su boca. Con su deliciosa y caliente boca.

Jodido infierno. Esto superaba cualquier fantasía. Era demasiado. Contuve el aliento y la observé mientras me mordía los labios para contenerme.

Una vez que terminó de colocarme la protección, se arrodilló y acomodó sus piernas a ambos lados de mi cadera para ubicarse sobre mi erección y comenzar a bajar lentamente.

Bendito y Santo infierno. No pude contener un gemido cuando me hundió en ella por completo. Nunca había sentido algo igual. Era absolutamente increíble. Con su calor palpitante envolviéndome, todos mis sentidos se nublaron.

Después de un momento, una vez que se hubo amoldado a mi tamaño, comenzó a moverse lentamente. Despacio, muy despacio. Mierda. Era una tortura. Tuve que cerrar mis ojos con fuerza por un instante para intentar controlarme, pero los abrí de inmediato porque no quería perderme ningún segundo de este momento. Quería observar cada detalle de nuestro cuerpo unidos.

Anna subía y bajaba con los ojos cerrados y la boca entreabierta mientras sus pechos se movían al compás de sus movimientos perfectos y sincronizados.

Finalmente, me di por vencido. Ya no podía aguantar más y la tomé por cintura para acelerar los movimientos. Curvé mi mano alrededor de su cadera y la presioné con fuerza mientras nuestros movimientos se hacían cada vez más ligeros y violentos. Entonces, ella se inclinó hacia adelante para continuar moviéndose sobre mí. Sus pezones calientes rozaban mi

pecho en un vaivén descontrolado y mi mente comenzó a dar vueltas.

Mierda. Era demasiado bueno. El infierno sí existía, pero era jodidamente delicioso y quería quemarme en él para siempre.

Como si no pudiese estar más excitado, Anna decidió unir su boca con la mía para besarme de manera desenfadada y nuestras lenguas se encontraron violentamente. LLevé una mano a su trasero para ayudarla a moverse mientras que con la otra presioné su nuca para traerla más cerca.

Sentí que estaba a punto de enloquecer. Nunca antes había perdido el control como en este momento. Siempre solía ser yo quien marcaba el ritmo y llevaba las riendas de la situación, pero ahora ninguno de mis sentidos parecía responderme. Estaba completamente envuelto por la lujuria.

Mis piernas comenzaron a temblar y sus gemidos comenzaron a hacerse cada vez más audibles contra mis labios. Podía sentir que estaba llegando a su liberación así que me obligué a cerrar los ojos para controlarme y permitirle llegar a la cima. Cuando todo su cuerpo comenzó a sacudirse, abrí mis ojos y tomé su boca con ardor dejándome ir dentro de ella.

Finalmente, Anna se desplomó sobre mi cuerpo apoyando su cabeza en el hueco de mi cuello y aproveché la posibilidad de acariciar sus cabellos y depositar suaves besos en su hombro izquierdo mientras ambos comenzamos a respirar de manera más pausada.

Después de uno o dos minutos, nuestros cuerpos ya habían recuperado la calma así que la tomé por la cintura y, con cuidado, la deposité nuevamente sobre el colchón. Dejé un beso en su frente y me dirigí al baño para quietarme el condón.

Cuando regresé, la encontré sentada en la cama con su diminuta braga ya colocada. Tenía el celular en la mano y el ceño fruncido. Me senté a su lado sintiéndome un poco torpe. Nunca me había sentido de esta manera con las demás mujeres con las que había tenido sexo, pero Anna, bueno, ella no era como las demás. Me acomodé junto a ella y la giré suavemente para poder envolverla con mi brazo, pero no me lo permitió. Solté un pequeño suspiro y corrí su cabello hacia un costado depositando unos besos sobre su hombro desnudo.

No me lo impidió, sino que giró su cabeza y me regaló una pequeña sonrisa. —¿Qué ocurre? —consulté, despacio —Por favor, dime que no te sientes mal por lo que pasó entre nosotros —Le rogué, mientras levantaba mi mano derecha para recorrer la piel de su brazo desnudo con el reverso de mi dedo índice. Podía notar como ella intentaba poner distancia entre nosotros, pero aun estaba demasiado aturdido y envuelto por una

palpitante sensación de éxtasis como para acceder a sus intentos.

Ella soltó una sonrisa y negó con la cabeza. —No, no es eso—Me dijo y todo mi cuerpo se relajó.

—Entonces, ¿a qué se debe tu expresión? —pregunté. Ahora sintiéndome un poco preocupado.

—Sophia descubrió a su novio con otra —Me respondió, moviendo el celular en su otra mano.

Solté un suspiro de alivio y asentí. —Así que tenías razón, ese tipo es un imbécil —Le dije.

Me miró entornando los ojos —Yo siempre tengo razón —dijo, burlona. Solté una carcajada sin poder evitarlo, pero Anna volvió a quedar seria. —Creo que debería ir con ella —Me dijo, mirándome desde su lugar.

Un sentimiento de desilusión invadió todo mi cuerpo. No le respondí ni asentí. Simplemente, permanecí observándola y luego dejé un sentido beso en su frente. — ¿Regresas luego? —Le pregunté.

—Yo... no creo —Me dijo, despacio.

Asentí. Me lo había advertido. Era sexo, solo eso. Maravilloso sexo. Pero ahora que había tenido un poco de ella, ya no estaba seguro de cómo podría conformarme con solo ser su amigo.

—Maldición —dije en voz alta y me levanté de la cama para comenzar a vestirme de manera abrupta.

Me miró con expresión sorprendida. —¿Qué mierda te ocurre Nic? —Me dijo, con tono molesto.

Su pregunta me puso de mal humor. Ella había pisoteado mi corazón dos veces en menos de una hora y después se ofendía conmigo. ¡Era yo quien debía estar enojado!

Necesitaba calmarme. Me senté en la cama y apoyé los antebrazos en mis muslos para intentar tranquilizar mis emociones. Solté una respiración pesada.

—Es que... No sé cómo sentirme después de lo que acaba de pasar entre nosotros —dije sincero frotando las manos contra mi rostro.

Me estaba comportando como una nena, pero no me importaba. No podía

evitarlo. Me sentía demasiado frustrado y confundido.

—Supongo que deberías sentirte bien —Me dijo, bajándose de la cama para comenzar a vestirse.

No pude contener una risa. —Ese es el problema, Anna. Me siento demasiado bien —respondí, observándola vestirse.

Ella se abotonó los pantalones y permaneció parada frente a mí durante varios segundos antes de volver tomar asiento a mi lado. Soltó un suspiro. —Fue sexo, Nic. Pensé que había quedado claro.

La miré, intentado que mi expresión no se viese dolorida. —Ya lo sé, pero... me gustó. Demasiado y quiero volver a repetirlo —me aventuré.

Después de algunos segundos de silencio, Anna soltó un suspiro —Somos amigos, Nic—dijo y tuve que contener la respiración — No quiero que eso cambie —Volvió a guardar silencio. Finalmente, sus hombros se relajaron —Sin embargo, también me gustó lo que acaba de pasar y también quiero repetirlo, aunque sea una locura.

Su voz sonaba insegura y podía ver que le estaba costado hacer tal confesión. —Bueno, parece que nos gustan las locuras —respondí, ya sintiéndome mejor conmigo mismo.

Ambos nos miramos por un largo instante hasta que su expresión se tornó confundida. — ¿Esto nos convierte en amigos con derecho? —preguntó, con el ceño fruncido. Exhalé el aire acumulado en mis pulmones y ambos soltamos una risa ante sus palabras—Dios, suena ridículo—dijo, aun riendo.

Extendí mi mano y acaricié su perfil. —A mí me parece bien. Ser amigos con derechos puede tener muchos beneficios —le dije, sonriendo de costado.

—Pero Nic —Me miró fijo —, es sexo. Nada de sentimentalismos.

Tomé una respiración profunda y volví a asentir mientras depositaba un beso en su frente. —No entiendo tu interés por recalcarlo, pero ya perdí la cuenta de la cantidad de veces que me lo repetiste —dije, un poco molesto.

—Solo no quiero que haya confusiones —aclaró.

Solté una respiración profunda y tomé su barbilla entre mis manos para obligarla a mirarme directo a los ojos. —Anna, será solo sexo. Eso está

claro —pronuncié cada palabra con firmeza.

Sin sonreír, asintió despacio. Pude haberme equivocado, pero juraría que había visto una nota de inseguridad en sus pupilas. Sin embargo, no quise insistir. Tal vez, no conseguiría amor de su parte, pero al menos tendría una parte de ella. Una parte que era fabulosa.

Me subí el pantalón y estaba por abotonarlo, pero me dejé llevar por un impulso y me avancé sobre ella. Entonces, la volví a besar empujándola hasta que su espalda estuvo nuevamente sobre el colchón. La besé lento y coordinado. Sin apuros. Pasé mis dedos por su espalda piel y la sentí erizarse. Anna aún estaba sin camisa y mi cuerpo respondió inmediatamente a la sensación.

—Mmm, Nic —Me dijo, con tono entrecortado —Debo irme.

Me dio un pequeño empujoncito con las palmas de sus manos y tuve que soltar una maldición. Mis ojos bajaron hasta sus pechos desnudos y sentí como mi boca se secaba.

—No es mi culpa. Como ya dijiste, soy solo un chico —dije bromeando sin apartar mis ojos de su busto —Si quieres que te deje ir, deberías taparte y dejar de provocarme así.

Ella soltó una sonora risa y me pegó por el brazo. —No estoy provocándote. Es tu culpa, idiota —Me dijo —. Me debes una camisa.

Salió riendo de la habitación y regresó dos minutos después con su sujetador aprisionando sus bellos pechos. Tragué saliva y la observé mirándome desde la puerta con su camisa colgando de una de sus manos.

—Vas a tener que prestarme una de tus remeras —dijo y me arrojó la prenda completamente destruida en la cara.

Reí negando con la cabeza y me paré para terminar de subir el cierre de mis vaqueros. Busqué entre mis cajones algunas de mis remeras más pequeñas. La miré y se la arronjé de la misma forma en que ella lo había hecho con su camisa.

Ella se la colocó y cinco minutos más tarde estaba acompañándola por el pasillo hasta las puertas del asesor del edificio mientras la escuchaba maldecir al novio de Sophia. Antes de ingresar, se puso de puntillas y me dejó un sentido beso en la mejilla para luego girarse y desaparecer definitivamente de mi vista.

Por mi parte, me quedé parado en ese lugar durante los siguientes cinco

minutos, sosteniendo la mejilla que me había besado como un idiota.

Sí, ahora sí estaba jodido. Jodido, pero feliz.

Capítulo 10

Anna

Me senté dentro de mi auto y tomé dos o tres respiraciones controladas intentando calmar el ritmo acelerado de mi corazón. Pasé mi mano derecha por el cabello solo para darme cuenta de que me había olvidado el moño en el departamento de Nicholas.

En su cama. Una sensación parecida a un golpe de corriente eléctrica corrió por toda mi columna vertebral. El simple recuerdo de todo lo que habíamos hecho me hizo estremecer.

Llevé una mano hasta mi pecho y pude sentir como mi corazón aún latía con fuerza. Quise maldecir. Ahora que había experimentado lo que su cuerpo generaba en mí, iba a ser difícil mantener mis sentimientos a raya. Peor aún, sabía que Nicholas no daría ningún paso atrás.

La chispa de dolor y decepción que había cruzado por sus ojos mientras nos vestíamos me perseguiría durante mis pesadillas nocturnas. No había esperado esa reacción en él. No estaba acostumbrada a permanecer abrazada a un chico después de tener sexo. De hecho, con la única persona que había dormido desde que decidí no enamorarme de nuevo había sido con Jason y eso era porque el alcohol no me había permitido pensar con claridad.

No era una chica romántica. No besaba y abrazaba. Solo tenía sexo. Los chicos solo querían eso. Lo había aprendido muy bien y me había costado mi corazón en el pasado. Algo que ya no estaba dispuesta a volver a entregar.

Sin embargo, había querido quedarme con él.

Me mordí el labio con fuerza y encendí el motor del auto para salir del lugar antes de cometer una locura. Si permanecía más tiempo, estaba segura de que volvería a subir a hasta su departamento y le rogaría que me volviese a hacer el amor.

Reprimí un gesto de asco mientras salía del estacionamiento y saludaba al guardia de seguridad con un gesto de cabeza. Una asquerosa mezcla de emociones me golpeaba en la boca del estómago, era una sensación que nunca había experimentado. Disfrutaba del sexo. Era un acto simple y llano cuyo único propósito era obtener placer, pero con Nicholas... Dios, no sabía cómo definirlo.

Esa tarde, había estado en mi habitación leyendo un libro y hundiéndome en mi aburrimiento cuando Brad me había enviado un mensaje. Lo había

leído e ignorado. Sin embargo, a los cinco minutos estaba pensando en Nicholas. Era extraño como Brad me lo recordaba.

Así que, en un insano ataque de locura, había tomado una decisión que ya no podría deshacer. Soltando un suspiro, había tomado el DVD de mi serie favorita para dirigirme hasta su departamento.

Después de todo, habíamos vuelto a ser amigos y no veía nada malo en pasar un rato con él. Siempre disfrutaba del tiempo que pasábamos juntos y debía reconocer que lo había extrañado durante esos días que nos habíamos mantenido alejados.

Estaba segura de que todo estaría bien, pero cuando la puerta se abrió, el aliento se había quedado atorado en mi garganta. Nicholas estaba sin camisa luciendo como un jodido Dios griego y no pude evitar sentir punzadas de deseo en todas y cada una de mis terminaciones nerviosas. En ese momento, había tenido que utilizar todo mi autocontrol para contenerme de no abalanzarme sobre él y pasar mis manos por sus marcados abdominales.

Después, cuando habíamos estado sentados en el sofá, había tenido que sentarme lo más alejada posible de él y fingir que estaba concentrada en los episodios para no arrojarme sobre su regazo y besar sus carnosos labios.

Me gustaba pasar el tiempo con él. Era algo que realmente disfrutaba, sobre todo por la comodidad con la que nos desenvolvíamos entre nosotros, pero en ese momento, «cómoda» era la última palabra que describiría cómo me estaba sintiendo.

Por un instante, creí que tenía la situación controlada, pero luego ocurrió el episodio en la cocina y ya no me había podido contener. En el momento en que sus labios habían rozado los míos mientras estábamos bromeando con el pote helado, juré sentir que la tierra daba un vuelco bajo mis pies.

Habíamos tenido sexo caliente y salvaje. Sin embargo, no se había sentido, para nada, como otras veces con otros chicos. Había algo en su forma de tocarme, de besarme, que me hacían sentir querida, y ese era un sentimiento que no estaba acostumbrada a mezclar con el sexo. Mi primera incursión en el amor me había demostrado que el sexo nunca podía ser compatible con el amor, de lo contrario terminarías con el corazón roto.

Pero con Nicholas, me había costado separar los sentimientos del placer. Nunca, nada se había sentido tan bien.

Apartando mis conflictivos pensamientos de mi mente, doblé en la esquina de la torre de edificios donde mi hermano se quedaba cuando estaba en la

ciudad y estacioné el auto a un costado. No pensaba entrarlo a la cochera porque sería una pérdida de tiempo, ya que no pretendía quedarme más de lo necesario.

Además, ¡estaba usando la remera de Nicholas! Mentalmente, rogué al cielo que Ethan no la reconociera, sino que me metería en más problemas. Mi hermano estaba al tanto de mi amistad con Nicholas, pero no estaba segura de hasta qué punto la aprobaba y si notaba que «algo más» estaba pasando entre nosotros, tampoco estaba segura de cómo reaccionaría.

Si ese «algo más» fuese solo sexo, estaba segura de poder manejarlo. Lo había hecho antes con otros chicos, pero el problema era que una parte de mí me decía que las emociones que había intentado enterrar hace mucho tiempo estaban comenzando a emerger nuevamente y con lo que acababa de pasar entre nosotros solo había echado más leña al fuego, reavivando cenizas que creía apagadas. Todo mi cuerpo aún temblaba y podía sentir una sensación de vacío entre mis piernas, como si mi intimidad me estuviese rogando que volviese con él para volver a unirnos.

Apagué el motor y le di dos golpes al volante.

—Maldición— grité.

Sí, había gritado. Me sentía frustrada y molesta.

Sacudí mi cabeza con fuerza. No se suponía que iba a ser así. Se suponía que lo que me pasaba con Nicholas era deseo. Se suponía que una vez que hubiésemos tenido sexo, todo pasaría.

Sin embargo, ahora estaba sentada dentro de mi auto viendo como la lluvia caía sobre el parabrisas mientras olía el perfume de su remera y maldecía mentalmente el hecho de que lo extrañaba.

El sentimiento había sido fugaz, pero estaba segura de que lo había sentido.

Capítulo 11

Nicholas

No la había visto desde esa noche en mi departamento. Esa increíble noche. Anna faltó a la oficina al día siguiente y yo no tuve el coraje para llamarla.

Estaba confundido. No me había esperado que nada de lo que ocurrió entre nosotros realmente sucediese y algo sobre eso me afectó más profundo de lo que creí posible. Incluso sabiendo que ella no estaba enamorada de mí, quise reclamarle por haberse alejado de esta manera.

Pero me contuve. ¡Maldición! Estaba realmente confundido. Anna me afectaba al extremo de hacerme sentir incómodo... y malditamente deprimido.

Necesitaba hacer lo mismo que ella hizo. Tomar distancia. Parecía como si el cielo hubiese oído mis plegarias porque ese mismo día había recibido el llamado de uno de los potenciales compradores con los que Ethan estaba trabajando y tuve que viajar para llevarle unos papeles. Era una buena excusa para poner paños fríos sobre mi atormentado corazón, así que no puse ninguna objeción y tomé el primer vuelo disponible.

Una vez que llegué a Manhattan, me encerré en mi departamento y bebí hasta que los pensamientos sobre Anna habían desaparecido. Esa noche, el dulce sabor de su boca fue solo un borrón en mi memoria y la forma en que me había sentido cuando había estado dentro de ella parecía haberse convertido en un recuerdo lejano.

Sin embargo, durante las siguientes noches fuera de Houston, no había podido dormir, ya que necesitaba mantenerme sobrio para las reuniones de negocios. Entonces, los recuerdos de cómo su sonrisa hizo que mi pecho se hinchara me habían atormentado sin parar y la forma en que había soltado esos pequeños suspiros de placer mientras viajaba a la cima no abandonaban mi mente.

Cuando Anna no apareció en la oficina a la mañana siguiente y luego no intentó ponerse en contacto conmigo durante los siguientes días, finalmente me obligué a empujar esos recuerdos al fondo de mi mente.

Una vez que las negociaciones terminaron, me sentí aliviado de poner fin a mi sobriedad. El whisky ayudó a calmar el dolor en mi corazón, pero incluso después del cuarto vaso aún me acordaba de ella, aunque su rechazo simplemente me dolía menos con las dosis de alcohol en mi

sistema.

Se suponía que debía regresar ni bien el contrato se hubiese firmado, pero decidí tomarme un día más. Lo de la distancia no estaba funcionando, pero me mentí a mí mismo diciendo que tal vez necesitaba internarlo un poco más y postergué mi regreso.

La necesidad de saber de ella había empezado a controlarme durante la quinta noche que estuve lejos y finalmente había llamado a Melissa en un patético intento por calmar mi ansiedad, pero a la mañana siguiente la sensación de malestar en el estómago regresó. Esto se sentía sucio. El sexo por diversión nunca se había sentido sucio, pero esto... se sentía jodidamente asqueroso.

Ya era hora de volver. Tenía que reconocer que mi estúpido experimento no había funcionado.

Me odiaba a mí mismo por la forma en que me había comportado. No le dije adiós a Melissa cuando me fui. A ella no le importaba y yo no quería. Solo quería largarme de Manhattan lo más rápido posible. Tenía que volver a retomar el control de la situación.

Quería a Anna en mi vida y ahora que tenía una posibilidad, debía encontrar una manera de mantenerla. Solo esperaba que ella me dejase.

Capítulo 12

Anna

No podía pensar con claridad cuando tenía la mente ahogada. Más allá de que mi cabeza me gritaba que mantenerme alejada de Nicholas era lo correcto, otra parte de mí no lo sentía de esa manera. Esa parte quería estar con él todo el tiempo, compartiendo las bromas, las risas y los besos.

Una semana y media había pasado desde la noche en su departamento. A la mañana siguiente, cuando me había despertado, la misma sensación de vacío en mi interior me seguía carcomiendo por dentro. Me había sentado en la cama pensando en él y en lo estúpida que había sido por haberme presentado en su casa.

¿En qué había estado pensando? No debía haberlo hecho. El recuerdo de Nicholas mirándome a través del azul de sus ojos mientras nos uníamos era maravilloso y por primera vez en mucho tiempo había querido quedarme abrazada a alguien, pero el sentimiento me había asustado condenadamente mal.

Ese día, falté a la oficina diciendo que me sentía enferma. Había sido una cobarde, pero necesitaba un poco de tiempo para reorganizar y ordenar mis emociones, pero cuando finalmente había tomado el coraje para regresar a la empresa y enfrentarlo, Nicholas había tenido que viajar a Manhattan por negocios. En gran parte fue un alivio ya que me dio tiempo suficiente para volver a establecerme y pisar terreno firme nuevamente con mis emociones.

Lo que había pasado entre Nicholas y yo había sido condenadamente desestabilizador, tanto por lo bien que me había sentido cuando estuvimos juntos como por las sensaciones que había despertado en mi cuerpo. Sin embargo, en estos días que no lo había visto, podía sentir que todo había vuelto a la normalidad.

Incluso, había salido con Brad dos veces esta semana en un intento por demostrarme a mí misma que seguía siendo yo. Pero no lo había dejado ir más allá de unos besos y eso era extraño, ya que la pasaba realmente bien cuando estábamos juntos. Tanto como quería recordarme a mí misma que no tenía ningún compromiso con Nicholas, el solo hecho de besar a otro me hacía sentir... mal.

Hoy era sábado, así que no tenía necesidad de levantarme de la cama temprano y decidí quedarme más de lo habitual. Sophia vendría a casa a estudiar cerca de las diez, pero las agujas de mi reloj marcaban las nueve

así que aun podía continuar bajo las sábanas por un rato más.

Tomé mi celular con la intención de seleccionar una canción de mi lista de Spotify, pero entonces la alerta de mensaje sonó impidiéndome continuar con mi tarea. Froté mis ojos y enfoqué la visión antes de leerlo. El mensaje era de Nicholas.

Fruncí el ceño y lo abrí. «Buenos días, dormilona».

La sorpresa de recibir un mensaje suyo después de tanto tiempo me hizo sentarme sobre el colchón rápidamente. Todos los sentimientos que creía haber controlado durante los días pasados reflataron en mi estómago en cuanto el recuerdo de su boca vino a mi mente. Casi podía sentir sus labios rozando la piel de mi cuello y sentí un escalofrío bajo las sabanas.

El celular volvió a vibrar en mis manos. «Cuando te despiertes, escíbeme»

Podía haberlo ignorado. Estaba segura de que debía hacerlo, pero, ante todo, él era mi amigo y el recuerdo de su aliento caliente contra mi piel y sus manos acariciando mi cuerpo tiraron toda mi fuerza de voluntad por la ventana.

«Ya estoy despierta», escribí viendo como mis dedos temblaban.

Solté un suspiro y presioné enviar. Tres segundos después, mi teléfono volvió a sonar, pero el tono era de llamada esta vez. Mi mente se volvió conflictiva. Podía ignorar su llamada y evitar futuras complicaciones o contestar y olvidarme de las consecuencias.

No me llevó mucho tiempo deslizar el dedo sobre el botón verde para atender su llamado. Después de todo, las cosas entre nosotros habían quedado claras la última vez. Éramos amigos. Él podía salir y acostarse con chicas y yo podía hacer lo mismo con otros chicos. O, al menos, lo había intentado desesperadamente durante estos últimos días.

—Hola —Lo saludé, intentando que mi voz no reflejara mis nervios.

—Hey —El tono alegre de su voz me relajó.

El mismo Nicholas de siempre, pensé.

— ¿Tienes algo para hacer hoy? —Me consultó.

Pensé por un instante y suspiré desilusionada. —Quedé en estudiar con Sophia —Le contesté.

—¿Desde cuándo estudias los sábados? —Me dijo riendo.

—Desde que mi vida es un jodido infierno —Le dije, suspirando cansada.

—Bueno, pensaba ir al club a jugar al tenis —Me dijo y la desilusión en su voz no pasó desapercibida—, pero buscaré otro oponente a quien patearle el trasero entonces.

—Hoy será tu día de suerte. No estaré para humillarte frente a todo el club —Quería sonar graciosa, pero yo también me sentía frustrada y ninguno de los dos rio con mi comentario.

Cortamos la comunicación luego intercambiar algunas frases tontas y sin sentido y finalmente me levanté de la cama para bajar a buscar algo de desayunar.

Bajé las escaleras y me encontré con Maya en la cocina. Sonreí al verla prepararme el café y la saludé con un beso en la mejilla. Maya había vivido con nosotros desde que mi madre había fallecido. Era oriunda de México y tenía cincuenta tres años. Era una mujer robusta y el cariño que nos había brindado a mi hermano y a mí durante todos estos años era tan grande como su cuerpo.

Me senté en una banqueta frente al desayunador y mordisqueé una tostada entre mis dientes mientras revisaba mis redes sociales en el celular. Maya me sirvió una taza de café y le sonreí con cariño antes de verla cruzar por la puerta con un pomo de lustra muebles en la mano.

Bebí un gran trago de cafeína y suspiré hondo mientras observaba la hora en mi celular. Ya eran más de las diez y Sophia aun no llegaba. Le envié un mensaje y bloqueé la pantalla sintiéndome molesta, pero debía reconocer que el origen de mi malestar no se debía al retraso de mi amiga, sino que debía admitir que me sentía decepcionada de no poder ver a Nicholas.

Cerré los ojos con fuerza e intenté reprimir el sentimiento. Dejé el celular sobre la mesada de madera y, luego, tomé la taza entre las manos para ir hasta el living y salir unos segundos al patio trasero a respirar aire fresco.

Una vez que la brisa fresca de la mañana golpeó mi rostro, me relajé. Miré el cielo despejado y caminé alrededor de la pileta soltando un hondo suspiro.

—Si no la conocería señorita, diría que ese suspiro es de una mujer enamorada —Me dijo Maya con una sonrisa mientras limpiaba las ventanas de vidrio de la sala.

Me senté en una de las reposeras y la contemplé hacer su trabajo. —
¿Nunca te enamoraste Maya? —Quise saber sintiéndome extremadamente
curiosa.

—El amor no siempre es para todos —Me dijo, soltando un suspiro
mientras continuaba frotando el vidrio.

—Lo mismo pienso —Le dije, mirando un punto fijo a lo lejos.

—Estuve comprometida una vez —Me dijo y tuve que voltear a mirarla sin
poder evitar la expresión de sorpresa en mi rostro. Maya soltó una risa
sonora y volvió a suspirar —Su nombre era Diego y era el chico más
apuesto de mi vecindario.

Tomé otro trago de mi café y me acomodé para escucharla mejor. Maya
siempre me solía contar historias de su vida en México antes de inmigrar a
Estados Unidos, pero nunca me había hablado de ningún novio y, muchos
menos, de ningún prometido.

— ¿Qué pasó entre ustedes? —Me interesé.

—Me dejó por otra mujer más guapa y más rica —dijo, sonriendo triste.

Otro punto más que afirmaba mi teoría. —El amor apesta —dije, soltando
un suspiro.

—No todo el amor —Me dijo mirándome con ternura —El amor sincero no
apesta.

Solté un bufido. Era la segunda vez que escuchaba esa tontería del amor
sincero y blablablá. Yo solo escuchaba historias de corazones rotos por
doquier. —Tonterías —Le dije, jugado con la taza en mi mano.

—Una chica tan guapa como usted no debería pensar así sobre el amor
—Me dijo suavemente —Apuesto a que tiene cientos de pretendientes que
la quieren bien.

Torcí la boca. No podía negarle que tenía pretendientes, pero sí
discrepaba en cuanto al cariño que decían tener por mí. La mayoría de
ellos estaban más enamorados de la fortuna de mi padre y ninguno se
había preocupado por lo que yo quería o por las cosas que a mí me
importaban. Ninguno, excepto Nicholas.

—¿Cómo sabes cuándo es amor sincero, Maya? —Le pregunté entornando
los ojos en su dirección. Tal vez, podía pensar que era una tontería, pero
la semilla de la curiosidad había quedado plantada.

Ella me miró y una sonrisa se curvó en sus labios. —Simplemente lo sabrá, señorita —Me dijo, volviendo a sus tareas.

Asentí y permanecí contemplando la taza vacía unos minutos más hasta que, finalmente, volví a entrar a la cocina para buscar mi celular. Un mensaje de Sophia titilaba en la pantalla.

«No voy a poder ir», decía. Fruncí el ceño. Tal vez, algo andaba mal con su abuela, pensé. Cerré la conversación y vi que tenía otros mensajes en espera.

Jason: ¿Te gustaría salir a cenar nuevamente esta noche?

Brad: ¿Estarás ocupada esta tarde?

Nicholas: Por si te arrepientes, estoy en The Briar.

Le sonreí a la pantalla y, de repente, me sentí feliz. Dominada por mi lado inconsciente, abría la conversación de Nicholas.

«Estoy en camino a patear tu jodido trasero en la cancha», escribí y presioné enviar.

A los tres segundos, recibía su respuesta. «Cuida esa boca, pequeña»

Negué con la cabeza y dejé la taza dentro de la piletta de la mesada para subir corriendo las escaleras hasta mi habitación.

Veinte minutos después, estaba frente a la puerta principal del club mostrándole mi pase de miembro al portero, quien abrió las grandes puertas de hierro para permitirme el acceso. Luego, seguí las indicaciones hacia el sector donde el valet me estaba esperando para estacionar mi auto.

Frené el vehículo frente a un chico vestido con una remera polo blanco y metí la mano en el asiento de atrás para tomar la raqueta antes de que me abriera la puerta.

—Buenos días, señorita —dijo con una sonrisa amistosa.

—Buenos días —le contesté, sacando mi bolso por encima del hombro y comenzando a caminar hacia el sector de las canchas.

Una vez que estuve allí, entorné mis ojos en busca de Nicholas. Una pareja de edad media estaba utilizando la primera cancha y la segunda estaba vacía. Dirigí mi mirada hacia la tercera y lo reconocí de inmediato. Estaba usando un par de pantalones cortos de color azul y una remera blanca ajustada que hacía resaltar su musculoso cuerpo. Giró su cabeza

en mi dirección y me regaló una sonrisa mientras se paraba para encaminarse hasta mi lugar. La forma segura y confiada en la que se movía era casi hipnótica y cuando estuvo cerca pude notar que unas gotas de sudor brillaban contra el sol.

—Llegaste —dijo, finalmente. Simplemente, me encogí de hombros y le sonreí.

—¿Listo para que te avergüence frente a toda esta gente? —Le respondí, bromeando.

Soltó una risa sonora y pasó una mano sobre mis hombros para aferrarme a su cuerpo y plantarme un beso en mi frente a modo de saludo.

Fue un simple gesto y Nicholas lo había hecho cientos de veces, pero mi corazón empezó a golpear fuerte contra mi pecho. Su contacto me afectaba y tuve que sacudir la cabeza para retomar el control.

Sólo necesitaba recordar que éste era el mismo chico que bromeaba conmigo. No podía permitirme sentir nada más por él. Si íbamos a hacer toda esta mierda de acostarnos, debía ser muy cuidadosa con mis emociones.

Capítulo 13

Nicholas

Sí alguien nos hubiese visto desde el exterior, hubiese jurado que nada había cambiado entre nosotros. Nos estábamos comportando como siempre lo habíamos hecho. Incluso, parecía como si hubiese soñado la noche que habíamos estado juntos en mi departamento y de no ser porque Anna parecía sonrojarse cada vez que la miraba, habría creído que así fue. Pero gracias al maravilloso universo, había sucedido. Ahora solo debía jugar mis cartas muy cuidadosamente.

Tenía que admitir que se sentía un poco extraño ya que ella quería mantener nuestra relación de amistad de manera paralela y ese tipo de cosas nunca terminan demasiado bien, pero cada vez que recordaba en lo increíble que se sintió, todas las dudas se disolvían y lo único en lo que podía pensar era en volver a estar con ella.

—Entonces, ¿cómo han ido tus cosas? —Le consulté mientras ambos nos sentábamos en un pequeño banco bajo la sombrilla de los extremos de las canchas.

—Bien —Soltó un suspiro mientras se encogía de hombros—. Me aburrí como una ostra en la oficina y la facultad sigue siendo tan infernal como siempre.

Sacó una toalla del interior de su bolso y se secó el sudor de la cara y el cuello. Luego, abrió su botella de agua y bebió un largo trago. La observé pacientemente, disfrutando de la manera en que se movía. Nunca había visto a alguien que hiciera las cosas cotidianas de manera tan sexi como ella. Tenía una forma seductora para moverse. Incluso cuando estaba sudorosa, lucía sensual y mi mente no paraba de imaginarse todas las cosas que le podría hacer aun estando cubierta en sudor.

Sus hombros se elevaron y cayeron mientras tomaba una respiración profunda. Después, soltó el aire y dirigió sus oscuros ojos hacia mí.

— Y a ti, ¿cómo te fue por Manhattan? —Me preguntó.

Miré hacia el frente durante algunos segundos. *Asquerosamente horrible*, pensé. —Bien —Mentí—. Los días trascurrieron rápido entre reuniones y papelería —expliqué.

Ella asintió y bebió otro trago de su botella. Unas gotas de agua quedaron esparcidas sobre sus labios y no pude evitar pasar mis dedos sobre ellos para secarlos. Me detuve en la comisura de su boca y volví a pasar mi

dedo nuevamente sobre piel carnosa lentamente.

—¡Hey! Alguien nos puede ver —Me dijo mordiendo su labio inferior.

—No pude evitarlo —le dije sonriendo.

Estaba a punto de abrir la boca cuando noté que dos personas, un chico y una chica, se acercaban hasta nosotros. No me gustó la forma en la que el chico la miraba. Se veía demasiado feliz de encontrarse con ella.

—Hola, Anna —dijo el chico —¡Que linda sorpresa!

Anna giró la cabeza y lo observó desde su lugar. Me di cuenta de que reprimió un gesto porque se mordió la parte interna de su mejilla y fingió una cordial sonrisa.

—Hola, Jason —dijo Anna y se paró del asiento dejando la botella sobre el banco—, no esperaba encontrarte acá —Por el tono de su voz pude inferir que no estaba muy feliz de hacerlo.

—No creas que te estoy siguiendo. Solo vine a jugar un partido con mi prima —dijo, señalando a la chica que estaba parada junto a él.

Anna frunció el ceño, pero se reincorporó rápidamente y se paró para darle un pequeño y fugaz beso en la mejilla a modo de saludo. Sin embargo, el tal Jason se apresuró a colocar su mano en su cintura y apretar sus dedos sobre su piel. Noté el cuerpo de Anna estremecerse ante el repentino toque y sentí una asquerosa punzada de celos en mi estómago. No me gustó que la tocara de esa forma y tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no abalanzarme sobre el tipo. Sabía lo que él deseaba. No lo culpaba, pero no me gustaba.

Me sentí aliviado al darme cuenta de que Anna no le correspondía. Más bien, se veía molesta. —Jason, este es Nicholas. Nicholas, él es Jason. Un amigo de la facultad.

—Un gusto —Me dijo extendiendo su mano. Parecía ser un gesto cordial, pero su mirada no lo era.

—Lo mismo digo —le dije, devolviéndole el saludo al tiempo que presionaba su mano un poco más de lo debido.

Nos mantuvimos las miradas durante algunos segundos, los cuales fueron suficientes para que ambos tengamos claros nuestras intenciones con Anna. Su mirada decía «Yo la vi primero» y la mía decía «No te acerques o te voy a partir el trasero».

Un incómodo silencio se apoderó del lugar y la chica a espaldas del chico-peinado-a-la-gomina tuvo que fingir que tocía para que alguien notase su presencia.

Después de unos minutos de forzar una charla sobre el clima cambiante de Houston durante el mes de octubre, Anna tomó sus cosas y se disculpó para ir al baño. Observé cada uno de los pasos que dio hasta que desapareció por completo. Aproveché ese momento para sacar saqué mi celular del bolsillo y fingir que recibía una llamada. Saludé con un gesto a Jason y a su prima y me retiré del lugar para esconderme detrás de la pared que separaba los baños femeninos de los masculinos.

Pude escuchar los pasos de Anna saliendo del baño mientras maldecía algo acerca de unos estúpidos caballos que no supe entender. Sonreí y esperé tres segundos. Cuando estaba a punto de salir, la tomé por la cintura y la recosté contra la pared de ladrillos. Puse una de mis manos sobre su boca para evitar que gritara y la sujeté con fuerza con mi otro brazo.

—Demonios, Nic. Me asustaste —Me regañó, pero su sonrisa no le permitía verse molesta.

Acomodé mi rostro frente al suyo de manera que nuestros labios quedaron a escasos centímetros y rocé nuestras narices. —¿Quieres ir a mi departamento? —Pregunté y la noté tensarse.

A la mierda, pensé. No la había visto por más de una semana y la había extrañado demasiado. Necesitaba estar con ella de forma desesperada. Deslicé mi mano por sus muslos y los acaricié con el reverso de mi dedo índice. Anna ahogó un gemido y soltó el aire contenido en sus pulmones.

—Está bien —Me dijo en un susurro.

—Buena chica —Le dije sintiendo como mi pulso se aceleraba.

—Ya te dije que no lo soy —Me respondió.

—Sí, ya lo sé —le contesté y, finalmente, capturé su boca con mis labios.

Veinte minutos después estaba recostado sobre la puerta de mi auto viendo como Anna estacionaba el suyo en el estacionamiento de mi edificio.

La puerta de su coche se abrió y su larga pierna desnuda asomó lentamente mientras mi mente comenzaba a idear las mil y una maneras de saborearla. Caminamos en silencio hasta el ascensor y esperé hasta que las puertas se hubiesen cerrado para tomar su mano y jalarla contra mí. Con un rápido movimiento, la arrinconé contra la pared y Anna soltó un

pequeño jadeo. Su boca cálida y ardiente me recibió con ansias y nuestras lenguas no tardaron en encontrarse.

No sé si era a causa de los días que estuvimos lejos, pero mi corazón se sentía como si fuese un animal enjaulado retorciéndose dentro de mi pecho. Deslicé mis manos por sus pantalones cortos y presioné la forma de su trasero para obligarla a acercarse más cerca de mi cuerpo mientras ella despeinaba mis cabellos con las manos y succionaba mi labio inferior.

Cuando el sonido del asesor me indicó que habíamos llegado a mi piso, la tomé por sus muslos y la enredé en mi cintura para comenzar a caminar hasta la puerta de mi departamento. Lo bueno de vivir en un piso completo era que no había vecinos que pudiesen vernos así que no me molesté por apresurar mi paso. Saqué las llaves del bolsillo de mi pantalón y abrí la puerta con facilidad. Luego, conduje hasta mi habitación sin preocuparme por encender la luz de la sala y la deposité sobre mi cama perfectamente tendida por la chica de la limpieza.

Tan pronto como su cabeza tocó mi colchón, me abalancé sobre ella para continuar con lo que habíamos empezado en el ascensor, pero se removió incómoda y dudé por varios segundos. Pude sentir su resistencia en su intento por volver a sentarse así que la volví a presionar contra la cama para comenzar a retirar su remera de manera lenta mientras besaba vorazmente la piel de su cuello, pero entonces las manos de Anna se aferraron con fuerza a mis bíceps y sus rodillas intentaban levantar un muro entre nuestros cuerpos.

—Espera, Nic. Déjame a mí —me dijo.

Solté una pequeña risa y mordí suavemente el lóbulo de su oreja.
—Tuviste el control la primera vez. Es mi turno ahora. Déjame desnudarte y disfrutarte a mi manera—Le dije jugueteón y envolví mi brazo a su alrededor para mover mi mano sobre sus glúteos.

Ahí fue cuando me empujó. Inmediatamente, retrocedí y la miré confundido. —Si quieres que esto funcione, déjame tener el control o todo se termina acá —dijo cruzándose de brazos.

En todos mis años de experiencia con las chicas, así no era como el sexo resultaba ir. A las chicas les gustaba que los hombres tomaran la situación bajo control y que se ocupasen de su placer. —Estoy un poco confundido... —le dije mirándola con el ceño fruncido —Si quieres tener el control está bien, solo que no lo entiendo. ¿Por qué tanta insistencia? ¿Acaso no me crees capaz de complacerte?

Anna sacudió la cabeza y gimió frustrada. —¿Sabés qué? Ya está. Esto no

va a funcionar —pronunció, mientras se sentaba en la cama.

—Espera un momento, ¿a qué te refieres con eso? ¿Sólo porque quiero saber a qué se debe tu comportamiento ya decides que se terminó?

—dije frustrado —Explícate mejor, porque realmente no entiendo —Me crucé de brazos y me paré frente a ella, mirándola con expresión dura.

Ella se mordió el labio inferior y soltó un suspiro. —Simplemente, no me gusta que alguien más marque el ritmo. No me gusta, así de simple.

¿No le gustaba? ¿No le gustaba que alguien tomara el control de la situación, ni siquiera en el sexo? Anna era demasiado independiente y su personalidad avasallaba la mayor parte del tiempo. Todo en ella te decía que era del tipo que le gusta tener todo bajo su poder. Además, su carácter obstinado te hacía retroceder algunos pasos en una discusión, pero esto ya iba demasiado lejos. Mierda. Esto era... Ni siquiera cómo definirlo. Me incliné hacia ella y la miré confundido —¿Así es cómo te manejas siempre en tu vida, incluso en el sexo? ¿Siempre tienes que estar en control?

Se encogió de hombros. —Nunca tuve quejas al respecto.

Al principio, la miré fijo durante algunos segundos, procesando lentamente sus palabras, pero finalmente tuve que reprimir una risa y sacudí mi cabeza. Por alguna extraña razón, me sentí feliz de que ella fuese así porque, aparentemente, todo me indicaba que los demás chicos con quienes había estado eran solo unos pendejos egoístas que no se preocuparon por hacerla sentir bien, pero yo iba a demostrarle todo lo que se había perdido. Le iba a demostrar que yo la podía hacer sentir especial y que se podía relajar bajo mis caricias.

Me incliné sobre ella, apoyando mis manos sobre el colchón para volver a recostarla besando dulcemente su cuello. —De verdad, Nic. No estoy mintiendo —dijo, pero su voz sonaba temblorosa.

Apoyé mi mejilla contra la suya y todo su cuerpo se estremeció. —Shhh, Ann, confía en mí, ¿sí? —Le susurré al oído. Luego, levanté la cabeza y la miré a los ojos —Soy yo, Nicholas. Sabes que nunca haría algo que te haría sentir mal, ¿no cierto? —Esperé hasta que la vi asentir con la cabeza —Entonces, no te resistas. Hoy te voy a hacer sentir realmente bien.

Agarré sus brazos entre mis manos y los coloqué sobre su cabeza tomando absoluto control de la situación. Pasé mi lengua sobre el borde de su oreja y vi como su piel se estremecía con pequeños escalofríos. Besé mi camino a lo largo de su cuello y llevé mis manos hasta el borde de su remera.

En ese momento, su respiración se volvió más agitada, pero no se negó. No dijo nada, sino que levantó su espalda levemente para permitirme retirarla con más facilidad mientras continuaba con mis besos en su pecho. Cuando noté que su sujetador tenía broche delantero, sonreí. Lo desprendí y capturé su pezón con mi boca mientras desprendía el pantalón para comenzar a deslizarlo por sus largas piernas junto con sus pequeñas bragas.

Una vez que terminé de desnudarla, gateé hasta quedar nuevamente sobre ella. Capturé su boca y la besé con frenesí mientras llevaba mis manos hasta sus muslos para abrir sus piernas. Hundí dos dedos dentro de ella y la sentí soltar un gemido agudo contra mi boca. Anna llevó sus manos a mi cabeza y tiró de mi pelo con fuerza mientras se abría un poco más para mí.

Lentamente, comencé a bajar besando su estómago. Con cada beso que depositaba, podía sentir como su cuerpo se tensaba cada vez más mientras me repetía a mí mismo que no debía apresurarme. A medida que continuaba con mi camino, su respiración se volvía más irregular y una gran parte de mí quería arrojarme entre sus piernas y devorarla con rapidez. Sin embargo, no quería apresurarme. Era mi momento para demostrarle lo que podía hacerla sentir.

Seguí descendiendo, pero cuando llegué a la parte baja de su obliquo, el cuerpo de Anna se estremeció y sus piernas se presionaron con fuerza a ambos lados de mis hombros. Luego, levantó su espalda y apoyó los codos sobre el colchón para sentarse. La observé desde mi posición.

Estaba mordiendo el labio inferior y me miraba con expresión horrorizada. —¿Nunca permitiste que alguien te hiciera esto? —le consulté con sorpresa.

Hizo una mueca. —Sí lo han hecho...una vez —admitió sonrojándose. —, y no me gusta —me dijo, al tiempo que intentaba reincorporarse.

—Eso es porque no lo hicieron bien—afirmé, presionando con más fuerza mis manos para obligarla a permanecer acostada sobre la cama.

—No. Sé que no me va a gustar y punto —Me dijo y volvió a intentar reincorporarse.

—La terquedad debe ser un mal de familia —Le dije tomando sus caderas con firmeza —Solo relajate. Te puedo asegurar que se muy bien lo que hago.

Permaneció mirándose dudosa, debatiéndose si me iba a permitir continuar o no. Negué con la cabeza y comencé a acariciar su vientre con mi mano mientras besaba la piel de sus muslos, justo encima de su

rodilla. —Solo confía en mí, ¿sí? —le rogué.

Vaciló durante unos segundos y, finalmente, inhaló un profundo suspiro. —Está bien — Le regalé una sonrisa triunfante —, pero si no me gusta tendrás que detenerte.

La miré sonriendo de lado —Nena, una vez que comience, me rogarás que no pare —le aseguré, mostrándome confiado.

Anna mordió su labio y lentamente recostó su espalda sobre las sábanas arrugadas. Suavemente, me acomodé mejor comencé a besar su estómago con besos húmedos. Luego, tracé mi lengua alrededor de su ombligo y descendí hasta su zona más íntima saboreando cada milímetro de piel. Esa parte de su cuerpo era incluso tan suave como el resto de su cuerpo y me permití contemplarla por un instante. No había ningún rastro de bello asomando en su femineidad y el aroma que emanaba de su centro era embriagadoramente dulce. Besé todo el triángulo de piel hasta que mi lengua llegó hasta su punto más caliente. Intentando hacerlo lo más suave posible, separé sus labios con mi lengua y lamí su humedad sintiendo su calor dentro de mi boca por primera vez.

—Oh Dios mío —La escuché gemir. Tan pronto como sus palabras escaparon de su boca, un hombre hambriento y desesperado se apoderó de mí. Llevé mis manos hasta su intimidad y utilicé mis dedos para separarla porque quería saborearla de forma profunda, sin dejar ningún centímetro de su piel caliente sin probar. Deslicé mi lengua dentro de ella y la sentí estremecerse gimiendo de placer.

Continué saboreándola, mientras mis dedos encontraron de nuevo el camino hacia su interior. Ella llevó sus manos hasta mi cabeza y enredó sus dedos en mi cabello. Ya no estaba intentando apartarme, sino que presionaba mi rostro contra ella rogándome ir más rápido.

Después de unos segundos, sus manos dejaron mi cabeza y se aferraron al respaldo de la cama con fuerza. Estuve por detenerme, pero entonces levantó sus piernas sobre mis hombros incitándome a continuar. Aumenté la intensidad de mis movimientos y su cuerpo comenzó a palpitar a medida que cientos de espasmos de placer comenzaban a explorar por todo su interior y su humedad caliente se mezclaba con mi saliva.

Cuando noté que su cuerpo dejaba de temblar, retiré mis dedos y dejé un último beso sobre ella. Tomé sus piernas con mis manos y las volví a colocar sobre el colchón, deleitándome con su expresión adormecida por el placer. Se veía vulnerable e indefensa, una imagen inusual en ella, pero que guardaría en mi memoria para siempre.

Luego, me aparté para desvestirme. Retiré mi remera sobre mi cabeza arrojándola al piso para después bajar mis pantalones junto con el bóxer

y salir de mis zapatillas.

Intentando no apresurarme, trepé hasta ella y me acomodé sobre su cuerpo, pero me tomé unos segundos para observarla antes de continuar. Era realmente hermosa. Levanté una mano y aparté unos mechos de pelo que caían sobre su frente y después acaricié su mejilla. Quería besarla tan desesperadamente que casi dolía, pero no quería hacer ningún movimiento brusco. Sin embargo, Anna tiró de mi rostro hacia ella para atrapar mi boca en un beso húmedo y extremadamente erótico.

Todo mi cuerpo se tensó y mi entrepierna comenzó a doler demandando su liberación. Con cuidado, me acomodé entre sus piernas y comencé a hundirme en ella muy lentamente mientras mi mirada memorizaba cada parte de nuestra unión. Sus ojos imitaron los míos y ambos contemplamos como mi erección de iba deslizándose dentro de su femineidad.

Era la maldita perfección. Entonces, levanté mi vista y estudié su rostro mientras era llenada por mí. Un inexplicable sentimiento de plenitud y orgullo me golpeó cuando noté el cambio de expresión en su rostro cuando estuve dentro por completo.

—¡Oh, Dios! —gimió, agarrándose con fuerza de las caderas. Entonces, levantó sus piernas para enroscarlas alrededor de mi cintura, permitiendo ir aún más adentro, pidiéndome más. En este momento, la fría Anna había desaparecido por completo. Ahora era solo una chica salvaje y dispuesta.

El calor de su interior me abrazó de principio a fin y sentí morirme, pero en ese momento fui consciente de mi error. No estaba usando preservativo, maldición. Nunca había estado con una chica sin tener puesto un condón, pero Anna me volvía inconsciente y estúpido. De alguna manera, logré salir de ella y todo mi rostro se contrajo de dolor ante la sensación de alejamiento.

—Lo siento —me disculpé —No sé en qué estaba pensando. No me puse el condón —Entonces, sus ojos se abrieron como platos y me di cuenta de que ella tampoco había estado pensando en usar protección —No te preocupes, estoy limpio. Lo juro. Siempre uso preservativo —me apresuré a decir.

—¿Estás seguro? —preguntó, con cautela.

—Muy seguro —dije, con voz firme.

—Tampoco me había dado cuenta, pero me gustó. Se sintió diferente...mejor —Solo asentí, porque no tenía palabras. «Mejor» era quedarse corto. Se había sentido como un maldito nirvana —También estoy limpia —prosiguió mientras la observaba desde mi posición —Y tomo

la píldora —Procesé sus palabras en mi mente, intentando entender el rumbo de sus palabras. Ella pareció notar mi desconcierto, porque inmediatamente continuó —No me malinterpretes. Siempre uso preservativos, pero tomo la píldora porque mi ciclo es irregular. Recomendación de mi ginecólogo —aclaró y tragué saliva —Si estas de acuerdo, podemos hacerlo sin protección.

Parpadeé varias veces seguidas. En el pasado, muchas me habían asegurado que tomaban la píldora, pero ninguna era tan segura como Anna. Estaba seguro de que estaba tocando el cielo con las manos. —Diablos, sí —exclamé antes de volver a embestir en su interior.

Entonces, levantó sus caderas para recibirme mejor. Cerré los ojos y comencé a moverme con desesperación. Mientras las investidas se volvían cada vez más intensas, agarró un puñado de mis cabellos y los entrelazó entre los dedos dejándose llevar por completo.

Anna gritó mi nombre mientras sus manos descendían por mi espalda y volvían a ascender para enredarse nuevamente en mis cabellos. Cuando sus gemidos se hicieron más desesperados, apreté los dientes con fuerza, tratando de contenerme para dejarla llegar hasta el final.

—Oh sí —gritó, agarrando mis hombros con fuerza mientras comenzaba a temblar bajo mi cuerpo.

En ese momento, supe que ya no podría contenerlo. Presoné mis manos en la piel de sus caderas y enterré mi cara en su hombro mordiendo su piel desnuda mientras dejaba escapar mi liberación en su interior.

Capítulo 14

Anna

No quería moverme. Nunca. Nicholas aún se encontraba dentro de mí y me sentía completamente satisfecha. Una punzada de dolor golpeó en mi estómago ante la sensación de comodidad y me obligué a apartarlo con las palmas de mi mano. Necesitaba volver a recuperar mi espacio.

Sin dudas, debía rever mi concepto del sexo oral. Tal vez, debía rever mi concepto del sexo en general. Nada que haya experimentado hasta este día se sentía como lo que acabábamos de hacer con Nicholas y debía reconocer porqué las chicas acudían desesperadas a él. Era un hombre muy generoso, como no había conocido a ninguno.

Las primeras experiencias no habían sido demasiadas placenteras para mí ya que solo lo hacía para brindarle placer a otro. En cuánto a los demás, ninguno de ellos parecía estar dispuesto a esforzarse demasiado, simplemente dejaban que fuese yo quien tomara el control y listo.

Con un suave movimiento, empujé a Nicholas por el pecho para reincorporarme. Me levanté de la cama y fui hasta el baño a limpiarme, así aprovecharía el momento para reubicar mis emociones. Tomaba la píldora desde que tenía dieciséis ya que mi período era irregular, pero nunca antes había dejado que ningún chico entrara en mí sin condones así que no entendía por qué se lo había permitido. Arrojé abundante agua en mi cara y pasé la toalla sobre mi piel antes de volver a la habitación.

Me senté en el otro extremo de la cama intentado mantener una distancia segura entre nosotros mientras buscaba mi ropa para comenzar a vestirme.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —dijo, con voz confusa.

Nicholas me miraba con el ceño fruncido desde su lugar sobre el colchón.

—Buscando mi ropa —respondí con tono casual.

Se arrodilló sobre la cama y me acercó a él para obligarme a sentarme a su lado, pero me revolví incómoda. No me gustaban las sensaciones que el contacto de su cuerpo despertaba en mi interior y tenía miedo de las consecuencias que se desatarían si bajaba aún más la guardia con él.

—¿Me vas a contar que ocurre contigo? —Su voz era serena, casi un susurro.

Levanté mi rostro y lo miré durante un instante sintiéndome un poco inquieta.

—No ocurre nada —dije intentando volver a alejarme.

—Entonces, ¿por qué te alejas? —me miró con reproche mientras fruncía el ceño.

Solté un bufido de frustración. Odiaba que me mirase de esa forma, pero más odiaba mis sentimientos en ese momento. —Ya tuvimos sexo, Nicholas. No entiendo cuál es la gracia de quedarse abrazados y pegados como babosas —le contesté molesta.

Permaneció mirándome durante varios segundos y por un instante, me sentí una tonta. Una gran parte de mí quería acurrucarse a su lado, pero eso era un paso que no estaba segura de querer dar. Tener sexo era una cosa. Se sentía liberador y no implicaba mezclar las emociones. Sin embargo, el después era completamente diferente. Esa parte me aterraba. Me hacía sentir vulnerable. Ya había cometido un error una vez, no lo volvería a hacer.

—¿Siempre eres así de fría? —me cuestionó, cruzándose de brazos.

—Ya te dije. Nunca tuve quejas —Le contesté con el mismo tono de voz.

—¿A qué le tenés tanto miedo? —La expresión detrás de sus ojos fue como un puñetazo en el estómago. Había lástima detrás de ellos y me hizo sentir extremadamente miserable.

—No lo entenderías —Le contesté intentando alcanzar mi remera.

Nicholas tomó mi mano y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Responde mi pregunta, por favor —suplicó —Realmente, me cuesta entenderte.

Lo miré frustrada mientras lanzaba un suspiro —Acordamos que sería solo sexo, Nicholas —le recordé y me miró con expresión vacía—. No quiero involucrar sentimientos —aclaré, sin mirarlo a los ojos.

Todo su cuerpo se tensó. —¿Por eso no quisiste quedarte conmigo la otra noche? —cuestionó, con voz confusa y aturdida — ¿Por miedo a desarrollar sentimientos?

Vacilé durante varios segundos y solté una maldición al aire. —¿Por qué le tenés tanto miedo a los sentimientos? ¿Y a las relaciones? —insistió,

viéndose realmente curioso.

—No insistas en querer analizarme, Nicholas —Lo detuve—. Me conoces desde hace tiempo y sabes que no soy una chica que piense en películas románticas o le guste las cursilerías.

Nicholas permaneció observándome durante varios segundos hasta que me tomó por fuerza del brazo y me presionó contra su pecho. Intenté alejarme, pero me sujetó con fuerza.

—Shhh —me dijo —Soy solo yo. No necesitas levantar una pared conmigo. Está bien, ¿sí? Prometo no hacer que te enamores de mí.

Todo en el tono de su voz indicaba que estaba bromeando conmigo y algo dentro de mí se removió. *Solo eso*, me dije a mí misma viendo como su rostro se arrugaba a causa de su sornisa burlona. Lentamente, mi cuerpo se relajó. Le di un pequeño golpecito en su brazo y sonreí por primera vez desde que habíamos llegado a su departamento. En respuesta, él me abrazó con firmeza y comenzó a acariciar mi espalda con pequeños movimientos circulares.

—¿Nunca dejaste que nadie te abrazara después del sexo? —Me consultó en un susurro contra la cima de mi cabeza.

Negué. La única persona que había deseado que me abrazase después del sexo jamás lo había hecho, así que tampoco lo esperaba de los demás. —Es sexo, Nicholas. No una jodida escena romántica.

Él sonrió y dejó un suave beso en mi cabello. Cerré mis ojos y me permití disfrutar del momento. Una alarma dentro de mí se prendió y todo mi cuerpo se estremeció. Nicholas debió sentirlo porque me presionó con fuerza y levantó las sabanas para cubrir mi cuerpo mientras continuaba acariciándome suavemente.

Yo había amado una vez y me habían destrozado. No podía permitirme volver a ser así de vulnerable. No podía hacer eso. ¿Qué pasaría si le entregaba mi corazón a alguien nuevamente? ¿A Nicholas? Ahora sabía lo fácil que sería. El despertaba sensaciones que nadie había despertado en mí antes y me hacía desear querer permitirle hacer cosas que nunca había querido hacer, como quedarme dormida en sus brazos y despertar con sus besos.

Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir para apartar esos pensamientos. El amor es una fuerza que te controla y que tiene el poder para destruirte. Sophia se había enamorado y terminado con dolor. Con Maya había ocurrido lo mismo. Mi hermano se había enamorado y no era feliz. Amor por siempre, no era algo que en lo que yo creía. Y vaya que lo

había experimentado en carne propia con el infeliz de Daniel Duke.

—Iré a buscar algo para comer —Me dijo, al darse cuenta de la incomodidad que había comenzado a invadir mi cuerpo en ese momento. Los recuerdos habían comenzado a picar con fuerza dentro de mí y ese tipo de comezón era casi imposible de disimular, sin embargo, mis ojos se abrieron ilusionados al escuchar su oferta.

Entonces, Nicholas soltó una risa contagiosa. Dejó un beso en mi frente y se paró para colocarse su bóxer y un par de pantalones vaqueros. Luego, salió de la habitación con pasos firmes tarareando una canción country, pero se detuvo frente a la puerta.

—No te muevas —Me dijo señalándome con el dedo antes de desaparecer.

Solo pude sonreír en respuesta y asentir. Aún estaba aturdida por su gesto de cariño y por la felicidad que me invadía en ese momento.

Me senté con la espalda recta y me puse la remera de Nicholas para cubrir mis pechos desnudos. Una vez que la tela se deslizó sobre mi piel, la tomé entre mis manos y la llevé hasta mi nariz para olerla. Todo mi cuerpo se volvió a incendiar de deseo con solo sentir el suave aroma a su fragancia masculina atravesando mis fosas nasales. *Sí, sería tan fácil entregarle mi corazón*, pensé con tristeza. Sacudí mi cabeza y peiné mis cabellos con las manos. No podía dejar que Nicholas me afectase de esta manera. Me levanté de la cama y terminé de vestirme.

Cuando ingresé a la sala, el olor característico del condimento para tacos me invadió los sentidos y mi estómago pareció dar un vuelco de felicidad. Si Nicholas estaba realmente cocinando comida mexicana casera, de verdad me iba a sorprender.

Estaba de espaldas cuando crucé la puerta de la cocina y lo encontré tarareando una canción que no conocía y que estaba reproduciéndose en el estéreo. Era una melodía lenta, pero pegadiza. Una botella de Corona estaba destapada sobre la mesada junto a su celular.

—Huele delicioso —Le dije para que notara mi presencia.

Nicholas volteó sobre su hombro y me regaló una sonrisa de lado. Tomó un repasador entre sus manos y las limpió. Agarró la botella de cerveza y me la alcanzó sin dejar de sonreír. —Bebe algo mientras termino de cocinar el relleno. En diez minutos debería estar.

Llevé la botella a mis labios y bebí. El delicioso sabor helado recorrió mi garganta y mi cuerpo se relajó. Me permití observarlo durante un

momento mientras recostaba mi cuerpo contra el mármol de la mesada.

—Espero que te guste la comida mexicana —me dijo, sacudiendo la sartén.

—Me encanta —Le aseguré —. Debo admitir que me sorprende que sepas cocinar.

Me regaló una mirada juguetona y me guiñó el ojo. —Tengo un montón de habilidades que te sorprenderían aún más.

Solté una risa sonora. No tenía ninguna duda de que así fuese. Tomé otro trago y lo observé. Nicholas Wayne no era de la clase de hombres que uno se imaginaría cocinando. Sin embargo, era jodidamente sexi haciéndolo.

Colocó los tacos sobre una bandeja y sacó unas servilletas de la alacena. —Saca una cerveza para mí de la heladera y sígueme —me dijo mientras cruzaba la puerta con la bandeja en la mano.

Me apresuré a sacar la bebida y lo seguí a través de la sala, pero en lugar de parar en el comedor, Nicholas salió por la puerta hacia el balcón y dejó las cosas sobre una pequeña mesa en el exterior.

Me acomodé en una de las reposeras y contemplé el cielo despejado dejando que la brisa golpeará mi cara. Nicholas me alcanzó un pequeño plato con comida y me tendió una servilleta. Tomó la cerveza entre sus manos y se sentó frente a mí.

—Si no te gusta, puedo pedir comida a domicilio —me dijo mientras bebía de la botella.

Le sonreí maliciosa y tomé uno de los tacos con la mano para luego llevarla a mi boca. Pensaba fingir una expresión de asco, pero ni bien los sabores tocaron mi lengua no pude hacer otra cosa más que cerrar los ojos y saborearlo con placer. Estaba realmente delicioso.

Del otro lado de la mesa, Nicholas me observaba orgulloso. Le regalé una sonrisa y ambos terminamos nuestros platos mientras charlábamos sobre asuntos sin importancia.

Una vez que acabé mi cerveza, me recosté contra el respaldo dejando que mi cuerpo se relajara y mis sentidos absorvieran el aire fresco en el ambiente. Por su parte, él se levantó para subir el volumen del reproductor y luego imitarme.

Pasamos el resto de la tarde escuchando música y charlando en su balcón. Nada había cambiado entre nosotros. Bromeamos y reímos como viejos

amigos hasta que anocheció.

Tomé mi celular y miré la hora. —Creo que debería irme —dije, pero no me moví.

—Sabes que podrías quedarte si quisieras —Me dijo.

Suspiré y cerré los ojos un instante. —No creo que sea buena idea —dije, finalmente.

—¿Por qué? —me consultó con el ceño fruncido.

—Sabes lo que opino sobre ser pegajosos. No es que seamos una pareja —le expliqué—. Estoy tratando de mantener la distancia.

—Pensé que habíamos aclarado el tema distancia en la habitación —me contestó, haciéndome sonreír.

—No. Eso fue porque me diste un orgasmo increíble —le respondí de la misma forma.

—Cada vez que desees uno de esos, lo único que tienes que hacer es llevarme café a la oficina —contestó y me hizo reír con ganas.

Nicholas se agachó y entrelazó sus dedos con los míos. Lo dejé.

—Vamos. Te acompaño hasta el auto —se ofreció y simplemente asentí.

No estaba segura de cómo iba a seguir todos entre nosotros después de hoy, pero sabía que las cosas habían cambiado y eso me hacía sentir inquieta e intranquila. Una parte de mí quería salir corriendo, mientras que la otra se aferraba con fuerza a la persona que tenía a mi lado en ese momento.

Esta lucha interna que se desataba dentro de mí era un sentimiento agotador y enfermizo y no estaba segura de hasta que punto la podría seguir controlando.

Capítulo 15

Nicholas

Cuatro semanas completas. Veintiocho días.

Habíamos tenido sexo más de treinta veces. Sin embargo, no se quedó a dormir conmigo ninguna vez.

Amigos durante el día, sexo increíble por la noche. Nada de gestos románticos. Lo había dejado claro y yo había aceptado su arreglo. Hasta el momento, lo estaba haciendo bien. Realmente me estaba esforzando por disimular mis verdaderos sentimientos por ella, pero aunque no los admitía en voz alta, mi pecho quemaba por su ausencia.

Esta mañana, Anna había tenido el día libre porque se encontraba en semana de exámenes y porque me lo había pedido con sus hermosos ojos negros suplicantes. La oficina apestaba sin ella. Me paré al lado del ventanal y miré al exterior. Debía permanecer en la empresa durante dos horas más, pero las agujas del reloj parecían no querer avanzar nunca. Pasé mis manos por mi cara y solté una maldición.

En mi cabeza, repasaba todas las veces que habíamos estado juntos, las cosas que había hecho y la forma en que la había tratado. Estaba seguro de que no había hecho nada mal. Sin embargo, aún me mantenía lejos de ella. No físicamente, pero sí emocionalmente.

Entendía que no estaba acostumbrada a compartir intimidad con los chicos con los que salía, pero no lograba comprender por qué se negaba a enfrentar lo que estaba pasando entre nosotros.

Porque esto que pasaba.... realmente era algo significativo.

Es decir, teníamos sexo y luego nos comportábamos como si nada hubiese pasado, como si solo fuésemos dos simples amigos. Sería el arreglo perfecto para cualquier hombre si yo no deseara un poco más de ella.

Mi teléfono sonó y lo tomé con rapidez, pero cuando leí el nombre del contacto tuve que fruncir el ceño. Era el Jameson equivocado.

—Hola, Ethan. ¿Qué ocurre? —dije, tratando de no estar irritado porque era Ethan y no Anna, pero sabía que mi voz me había traicionado.

—Bueno, parece que alguien está de mal humor —Fue el saludo risueño de mi amigo.

—Un mal día —Me justificué.

—¿Tienes planes para después de la oficina? —consultó.

Esperar junto al teléfono a que tu hermana me llame, no era exactamente algo que pudiera decirle. —Nada —simplifiqué. Sin dudas, era la mejor respuesta.

—Necesito distraerme un poco. ¿Quieres ir a Reserve 101?

No. Quería ir a mi departamento y esperar a Anna. Pero si no llamaba, podría ponerme un poco loco. Definitivamente, yo también necesitaba una distracción.

—Cuenta con ello. Nos encontraremos allí —dije, sintiéndome un poco mejor conmigo mismo. Hablar con Ethan como en los viejos tiempos siempre me ponía de buen humor.

Quince minutos después, ambos estábamos tomando una cerveza en el bar de siempre mientras nos relajábamos.

—Tranquilidad al fin —me dijo, dejando la botella sobre la barra. Se lo veía cansado y hasta podía jurar que eran ojeras lo que asomaban debajo de su ojos.

—¿Cuándo vuelves a Nueva York? —le consulté.

—Esta madrugada —respondió, soltando un suspiro.

—Podrías quedarte —sugerí —Podríamos salir como en los viejos tiempos.

Soltó una carcajada. —Dudo que sea como en los viejos tiempos.

—Solo porque estés dispuesto a convertirte en el clon de tu padre no significa que no puedas divertirte —bromeé, pero el destello en su mirada me hizo saber que había metido la pata —Solo digo que necesitás relajarte un poco más...salir y divertirte. Los negocios siempre van a continuar ahí.

—Lo sé, pero tengo unos compromisos en Nueva York que no puedo postergar.

Simplemente asentí porque sabía que intentar convencerlo sería un callejón sin salida. Tomamos nuestras cervezas en silencio y cuando la mía se vació le hice señas a la chica detrás del mostrador para que me alcanzase otra.

—Aquí tienes, guapo —Me dijo mientras me guiñaba un ojo. Simplemente asentí con la cabeza y continué con mi mirada en el celular.

Era la segunda mujer que rechazaba desde que habíamos llegado al lugar. La primera había sido una rubia que siempre solía frecuentar el lugar. Ya había estado con ella una vez y la chica hacía cosas maravillosas con su boca, pero no me sentí interesado.

Cuando levanté la vista, me encontré con Ethan mirándome fijo con los ojos entornados mientras reprimía una sonrisa de sus labios.

— ¿Por qué me miras así? —Quise saber.

Dejó su botella a un lado y negó con la cabeza. —Te vi rechazar dos propuestas hoy —me dijo mirándome con expresión maliciosa.

—¿Y? —Le contesté— ¿Qué tiene de malo?

—No es normal en ti —me dijo, encogiéndose de hombros, pero su mirada continuaba burlona.

Solté un suspiro y pasé la mano por mi cabello. —Siempre me dices que debería dejar de comportarme como un pendejo —contesté.

—Mmm —Fue todo lo que me dijo en respuesta.

En ese momento, el celular vibro en mi bolsillo. Era un mensaje de Anna.

«Deséame suerte»

Sonreí. «Creo que te di toda la suerte que tenía anoche».

Cuando volvía a levantar la vista, Ethan me observaba con con la mirada llena de preguntas. —¿Acaso estás enviando mensajes? —preguntó—. ¿Cuándo en el infierno comenzaste a enviar mensajes en lugar de llamar?

No me sentía bien ocultándole cosas. Nunca lo hacía. Sabía que podía confiar en él, pero no podía decirle la verdad. No podía decirle todo sobre la chica que me tenía enredado. Lo había escuchado hablar sin parar sobre Isabelle cuando entró en su vida, pero ahora había alguien que me volvía loco y no podía hablarle de eso. No podía emborracharme en frente de Ethan y derramar mis entrañas. No si quería vivir. Me mataría, no tenía ninguna duda.

—En realidad, son mensajes sexuales. Las calientas lo suficiente y comienzan a enviarte videos hot —Guiñé un ojo y me recosté en mi

asiento. Eso era lo que esperaba de mí.

Ethan se echó a reír y sacudió la cabeza. Luego, sacó su celular para contestar un mensaje.

—¿Cómo está mi hermana? —preguntó sin previo aviso y casi me atraganté con un trago de mi bebida.

—Eh. Bien, supongo —le contesté con el ceño fruncido—. ¿No estuviste con ella estos días? —consulté, haciéndome el desentendido.

Sabía que no lo había hecho porque Anna se había encontrado bastante molesta por la actitud distante de su hermano, pero fingí no saberlo.

Ethan negó con la cabeza. —Pasé ayer por casa, pero la encontré estudiando así que no me quedé mucho tiempo —Hizo una pausa— La verdad es que mi vida apesta últimamente.

Soltó un suspiro de cansancio y noté el cansancio en su rostro. Estaba más cansado que de costumbre.

— ¿Ocurre algo malo? —consulté, preocupado. Si Ethan necesitaba ayuda en algo, en lo que sea, sin dudas ahí estaría para él.

Ethan vaciló durante varios segundos y, finalmente, negó con la cabeza. —Nada que no pueda resolver —me dijo respirando frustrado.

—Hermano, sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites —aseguré.

Asintió y tomó otro trago de su bebida. —Necesito que cuides de Anna —dijo y tuve que fruncir el ceño—La noté distraída cuando hablé con ella. La verdad es que me preocupa que algo le esté pasando y no se anime a decírmelo.

—¿Distraída en qué sentido? —interrogué, sintiéndome verdadera curiosidad.

—No lo sé... rara. Como si algo la estuviese afectando emocionalmente —Se detuvo un segundo —¿No la has visto salir con nadie? Tal vez, se está relacionando con alguien.

No pude evitar sentirme emocionado por la revelación de mi amigo. Si Anna se veía así, debía ser porque también se sentía afectada por lo que estaba pasando entre nosotros. Más de lo que ella quisiera admitir.

—¿Crees que se está enamorando de alguien? —consulté, intentando

mantener una expresión neutra.

Se encogió de hombros. —Es una posibilidad. Ya conoces a Anna y sabes cómo reacciona a los sentimientos románticos.

Sí, lo sabía. Y ahora me sentía realmente muy feliz. —Quédate tranquilo que voy a hablar con ella.

Ethan asintió aliviado y no pude evitar pensar en que su alivio se desvanecería una vez que supiese que yo era ese sujeto. Estaba seguro de que me apreciaba, pero como amigo estaba al tanto de todas mis antiguas aventuras y sabía que me consideraba un casanova, un mal partido para su hermanita. Sin embargo, también estaba seguro de que nada, ni nadie me apartaría de Anna.... tarde o temprano tendría que aceptar nuestra relación y reconocer que nadie la cuidaría mejor que yo, que la quería tanto.

Terminamos la cerveza y una vez que nos despedimos, en lugar de dirigirme hasta mi departamento, paré en un Starbucks y compré un café para Anna. La sorprendería pasándola a buscar por la facultad.

Después de mi charla con Ethan, me encontraba de muy buen humor y bastante animado con respecto a nuestra relación.

Estacioné el auto y esperé durante quince minutos hasta que la vi caminar a través del campus. Estaba sonriendo y se veía condenadamente caliente con su falda bordó y su blusa blanca que marcaban sus curvas a la perfección. Una oleada de deseo me recorrió todo el cuerpo, pero mi rostro se contrajo al darme cuenta de que no iba sola.

Reconocía a su acompañante. Era el chico que la había esperado a la salida del trabajo la otra vez. Una asquerosa sensación de acidez me golpeó en la boca del estómago.

Ambos hablaban animosamente y se sentaron en uno de los bancos del parque. Ella se cruzó de piernas y él le dirigió una mirada lasciva que me asqueó. Luego, se acercó un poco más a ella y la tomó de la mano para sugerirle algo.

Mierda. Una neblina roja se apoderó de mi visión.

¿Qué estaba haciendo? No tenía por qué permanecer en este lugar como un idiota viendo como Anna pisoteaba mis sentimientos. Arranqué el motor y salí a toda velocidad del lugar mientras maldecía en todos los idiomas que conocía.

Una vez que llegué a mi departamento, arrojé las llaves sobre la mesa del comedor. Después, me quité los zapatos y me senté en el sofá para

intentar calmarme. Encendí la televisión y me entretuve con un documental sobre las ciudades más excéntricas del planeta hasta que me quedé dormido.

Tres horas después, la pantalla de mi celular se iluminó y el sonido del tono de mensaje me despertó. Miré hacia el exterior y me di cuenta que ya había anochecido por completo. Abrí la conversación y leí el mensaje de Anna.

« ¡Aprobé! Gracias por la suerte»

Sin poder evitarlo, una sonrisa brotó de mis labios. Recordé lo linda que estaba esa tarde y mi cuerpo se puso duro. Toda la rabia que había sentido se evaporó al imaginarme mis manos desnudándola.

« ¡Felicidades, pequeña! ¿Vienes a mi departamento para que festejemos?», escribí.

Presioné enviar y esperé. El celular vibró en mis manos y volví a abrir su mensaje.

«Hoy no puedo, ya tengo compromiso. Lo siento»

Todo mi rostro se desfiguró por completo y mi conciencia fue consumida por los celos. Entonces recordé lo que había visto esa tarde. Estaba seguro de que se vería con el idiota.

¡Maldición! Golpeé la tela del sofá con mi puño y arrojé mi celular sobre la mesa. No me molesté en contestarle. Si ella quería que así sean las cosas entre nosotros, así iban a ser.

Consumido por la rabia, me duché y, una hora más tarde, me encontraba en la barra de un conocido club de Houston. Estaba familiarizado con este lugar. Siempre iba cuando quería despejarme y conseguir una distracción rápida. Las universitarias concurrían siempre en abundancia y no solían poner demasiadas trabas. Además, ninguna de ellas me rompería el corazón.

Me pedí un whisky y examiné el lugar hasta que vi varias oportunidades prometedoras. Una chica rubia con top negro y minifalda de cuero rojo me lanzaba una sonrisa coqueta mientras bailaba sensualmente en el medio de la pista. Tenía muy buenos pechos por no mencionar sus largas piernas asesinas. Sin embargo, no se comparaban con las de Anna...

¡No! ¡Joder, no! Interrumpí mis propios pensamientos. No iba a comparar a todas las chicas con Anna. También me negaba a seguir pensando en

ella.

Terminé mi vaso y le pedí otro más al barman mientras no le quitaba el ojo de encima a la rubia. Ella me sonreía y pasaba las manos por su cuerpo al ritmo de la música. Esto sería condenadamente fácil. Lo necesitaba fácil esta noche. Este era un drama para el que no me sentía de humor. Desde que tuve mis manos y boca en el cuerpo de Anna, mis pensamientos se habían centrado en ella. Era duro concentrarse en alguien más.

Me acerqué a la chica y puse mi mano en su cintura para hablarle al oído.

—¿Estás aquí sola? ¿Luciendo así de caliente? —le pregunté haciéndola estremecer.

La chica se rió y asintió. El Dj comenzó a tocar una melodía lenta y sexy y la tomé de la mano.

—Baila conmigo, nena —dije, pegándola a mi cuerpo.

—Soy Casey —me dijo moviendo su cuerpo contra el mío y haciendo que sus tetas salieran de su pequeño top, incluso más.

—Me gustan tus movimientos, nena —le dije, deslizando una mano en su cadera y tomando su brazo para que lo envuelva alrededor de mi cintura.

Esto era lo que necesitaba para olvidarme de Anna y de sus profundos ojos negros. Así que jodidamente mal tenía que aprender a disfrutar de las cosas fáciles. La chica movió su mano y la apoyó en mi entrepierna, frotándola mientras movía su cuerpo contra mi espalda. Mi cuerpo reaccionó de inmediato. Deslicé mi mano a lo largo de su espalda y apreté su trasero. Luego, metí dos dedos por debajo de la pretina de su falda y toqué la piel caliente justo ahí debajo. Sus pechos se presionaron con más fuerza contra mi pecho y mi erección se hizo más evidente.

—¿Te gusta? —preguntó en mi oído.

—Me gustará más cuando tu boca esté ahí—le contesté.

—Me gusta jugar con mi boca —respondió, lamiéndose los labios.

Sí. Esta noche lograría borrar a Anna de mi cabeza.

Capítulo 16

Anna

¿Dónde rayos se había metido Sophia?, pensaba mientras miraba hacia ambos lados de la entrada del club al que habíamos salido a festejar. Ambas habíamos aprobado los exámenes y yo necesitaba una noche de distracción.

Estaba a punto de llamarla cuando un mensaje suyo llegó a mi celular. Maldije en voz alta. La muy testaruda se había tomado un taxi hasta su casa. Le envié un mensaje retándola y permanecí en el lugar durante dos minutos más con el celular en la mano intentando decidir qué hacer. Podría volver adentro y pedirme algún trago en la barra o... podría ir al departamento de Nicholas.

A la mierda, pensé y comencé a caminar hacia el estacionamiento, pero mientras hacía mi camino hacia mi auto, algo llamó mi atención. Reconocía el vehículo estacionado cuatro metros antes que el mío. Estaba segura. Era el Lexus negro de Nicholas.

Pasé por el frente y miré la patente. Sí, era el auto de Nicholas. ¿Qué hacía en el club? Caminé hacia mi auto y saqué mi celular para enviarle un mensaje, pero mientras estaba buscando dentro de mi cartera, vi que dos personas se acercaban.

A pesar de que estaba oscuro, supe, de inmediato, que el chico era Nicholas. Su manera de caminar era inconfundible, aun trastabillando a causa del alcohol, no perdía su seguridad y confianza para moverse. A su lado, una rubia de dos metros de altura se aferraba a su cintura y se reía en voz alta mientras pasaba su mano por todo su pecho. Sin saber muy bien por qué, me agaché detrás del auto para esconderme y observarlos.

Cuando llegaron hasta el vehículo, Nicholas la sujetó con más fuerza y presionó sus dos manos en su trasero mientras la besaba con desesperación y las manos de la chica revolvían sus cabellos.

No debería estar viendo eso y definitivamente, no debería estar sintiendo el nudo de dolor en la boca de mi estómago. Cerré los ojos con fuerza y cuando los abrí, Nicholas estaba subiendo al auto. A su lado, pude ver la cabellera platinada de la chica sentada en el asiento del copiloto. Sentí náuseas.

Permanecí en mi posición hasta que Lexus salió del espacio marcado y pasaba por detrás de mi auto mientras yo me ocultaba caminando

agachada hacia la parte de adelante para evitar ser vista.

Una vez que pasó, abrí la puerta y encendí el motor para seguirlo. Quería golpearme por la forma en la que me estaba comportando. Estaba asquerosamente celosa y eso me hacía enojar. No debía importarme, sin embargo, nada iba a impedirme perseguirlo hasta ver a donde la llevaba.

Varias cuadras más tarde, su auto dobló en la esquina de la torre de su edificio para luego perderse dentro del ingreso al estacionamiento.

Estacioné el auto y apagué el motor. Golpeé el volante tres veces con las palmas de mi mano y maldije en voz alta, sintiendo como mi visión comenzaba a nublarse a causa de las lágrimas.

¿Qué me estaba pasando?

Limpié las lágrimas que habían comenzado a caer por mi mejilla con violencia y encendí el auto para irme del lugar antes de seguir comportándome de manera tan patética. Tomé mi celular y marqué el número de Brad.

Una hora después, estaba desnuda a horcajadas sobre su cuerpo, pensando en lo mucho que me gustaría que Nicholas supiese lo que estaba haciendo en ese momento.

Dos pueden jugar el mismo maldito juego, pensé con bronca mientras aceleraba el ritmo.

Capítulo 17

Nicholas

Conduje a través de la bruma de la madrugada, todavía aturdido por el giro que habían tomado los acontecimientos. ¿Por qué Anna saldría con otro hombre? ¿Por qué no comprendía que lo que sucedía entre nosotros era real? Era evidente que para ella lo nuestra era solo una aventura, pero yo no necesitaba otra aventura en mi vida. No con ella.

Cuando llegue a mi departamento, la chica que iba prendida a mi cintura se abalanzó sobre mí y comenzó a frotarse contra mi cuerpo. Al menos, no esperaba ninguna charla previa ni palabras o promesas falsas que se extinguirían con los primeros rayos de sol de la mañana. No necesitaba más dramas esta noche.

La chica se quitó la ropa frente a mí de manera seductora y luego sus manos se dirigieron a mis pantalones para desabrocharlos. Antes de dejarla continuar, la tomé de la mano y la guie hasta mi habitación. Había tomado demasiado alcohol como para poder follarla estando de pie.

Retomamos las cosas una vez que estuvimos en mi cama y pronto estuve enterrado muy profundo dentro de ella. Pero una vez que me hundí en su calor, no pude escapar de mis pensamientos acerca de Anna y me detuve. La chica levantó sus caderas para obligarme a retomar el ritmo y me rogó que la follase más fuerte. Un sentimiento profundo y persistente hirvió dentro de mí, casi innato, y comencé a moverme con más rapidez, cegado por una nube de ira y dolor.

Choqué contra ella hasta que dejó de pedir más duro y comenzó una letanía de pequeños gemidos. El suave sonido que escapaba de su boca me recordó a Anna y sosteniendo la imagen de su rostro en mi mente, terminé, pero a pesar de mi liberación, el alivio nunca llegó.

Capítulo 18

Anna

—Ya te dije —Me repetía Sophia —Tomé un taxi y fui a casa. Te estabas divirtiendo y no quería arruinar tu noche.

—Mmm —Fue todo lo que le contesté mientras me concentraba en el documento que tenía en la pantalla de la computadora.

Era lunes y estábamos en la oficina, pero por más que lo intentaba no lograba concentrarme en el trabajo ya que mis ojos insistían en dirigirse hacia la puerta cerrada de la oficina de Nicholas. Todavía no había llegado. Maldito desgraciado. Seguramente, había estado demasiado entretenido todo el fin de semana.

—Ya va a llegar —La voz de Sophia me volvió a la realidad.

—¿Quién? —Intenté sonar casual.

Sophia entornó los ojos y me dirigió una mirada de reproche ante la obviedad de lo que estaba señalando.

—No estaba pensando en él —Me apresuré a decirle.

—Dios, nunca conocí a nadie más cabeza dura que tú —Me dijo negando con la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —Le pregunté, frunciendo el ceño.

Ella se sonrió y me miró mientras me señalaba con la lapicera. —Sientes algo por Nicholas, pero no lo quieres admitir —Me dijo, elevando los hombros, como si lo que hubiese dicho no me hubiese erizado los pelos de la nuca.

—¡Estás loca! —Le dije, fingiendo que escribía algo en la computadora
—No siento nada por ese idiota.

—Sin embargo, se acuestan juntos —Me remarcó y le di mi mejor mirada de odio.

—Eso es deseo, no tiene nada que ver con las demás cursilerías que se imagina tu inocente cabecita —Le dije, tomando un trago de mi café.

—Mmm —Me dijo, pero sabía que había mucho más detrás de su simple

monosílabo.

— El viernes, el idiota estaba en el club —añadí, para ponerle punto final a sus deducciones y Sophia me miró sorprendida —. Se fue con una chica —le contesté con rabia —y yo me fui con Brad.

Del otro lado de la oficina, Sophia casi se atoró con el café que estaba bebiendo. —¿Lo viste irse con otra chica?

—Sí —Le respondí, sintiéndome enferma del estómago, pero haciendo mi mejor esfuerzo por disimularlo.

—¿Y no lo detuviste?

—¡Claro que no! Si el idiota quiere follarse a media ciudad, puede hacerlo.

—Así que te fuiste con Brad.

—Porque él se fue con otra chica primero —Le contesté al borde del grito.

Esa era la maldita verdad. No hubiese ido al departamento de Brad si no hubiera estado tan enojada con Nicholas. Sophia dejó escapar un suspiro y soltó una risa sonora.

—Ustedes dos son increíbles —dijo negando con la cabeza.

— ¿Se puede saber que es tan gracioso? —Le consulté

—Anna, eres la persona más protegida que conozco. Hasta donde me has contado, no has hecho otra cosa más que poner paños fríos sobre el chico. Tanto como le das, le quitas. Dejaste bien en claro que no sentías nada por él y que no debía esperar nada más de ti que los pocos momentos que comparten en su departamento. Así que, claro. Conoció a alguien y se fue con ella. ¿Por qué demonios no lo haría? No le dejaste muchas alternativas. Sin embargo, lo viste y te comportaste como una mujer celosa y despechada y quisiste pagarle con la misma moneda. Incluso sabiendo que no sentías deseos de estar con otro chico, te fuiste con Brad por venganza.

—No estaba celosa —me apresuré a contestar, cruzándome de brazos.

Sophia me miró con ojos entornados y tuve que soltar un suspiro.

—Bueno, tal vez un poco.

—Entonces, ¿por qué te esfuerzas tanto en alejarlo?

¿Es lo que estaba haciendo? Muy en el fondo, sabía que mi amiga tenía razón. Él no había sido más que cariñoso conmigo, sin embargo, yo no permitía que avanzara más allá de lo que los momentos íntimos que compartíamos en la confidencialidad de su departamento nos permitiese.

—Tengo miedo —admití, soltando un suspiro.

Ya está. Lo había dicho. Y se sentía como si me hubiese sacado una gran mochila de encima.

— ¿Tienes miedo de Nicholas? —Me preguntó con el ceño fruncido.

—Tengo miedo de lo que podría sentir por él.

—Tienes miedo de enamorarte—dijo, finalmente entendiendo.

Solo asentí. —¿Por qué? ¿Qué hay de malo con eso?

Tomé un trago de mi café y dudé durante varios segundos. —No quiero volver a sufrir. El amor apesta Soph. Mírate, te enamoraste y terminaste con el corazón roto. Antes, pensaba que era solo yo, pero ahora veo que es todo el mundo.

Sophia negó con la cabeza, como si no me entendiera en absoluto.

—No puedo hablar por ti o por lo que te pasó en el pasado, pero sí por mí. No hice una buena elección. Sin embargo, Nicholas sí lo es. Él es honesto y amable. Nunca lo he visto ser otra cosa que eso. Se preocupa por tu bienestar y te puedo asegurar que está loco por ti.

—Está loco por cualquier pollera que se le cruza —Le contesté.

La vi abrir la boca para lanzarme una de sus tantas reflexiones sobre el amor, pero su comentario se vio aplacado por el sonido de la puerta del asesor que se abría y como si hubiese sido convocado por el mismísimo santas, Nicholas salió detrás de ella.

Lo miré fijo pasando mis ojos por todo su cuerpo. Llevaba los últimos botones de su camisa sin abotonar y su saco colgaba de su brazo izquierdo. Su cabello estaba húmedo y sus ojos se veían cansados. Si no lo conociera mejor, hubiese pensado que tuvo una mala noche. Deseaba que la hubiese tenido, pero conociéndolo como lo hacía, su cansancio seguramente involucraba tetas y minifaldas.

Me dirigió una mirada fugaz mientras cruzaba frente a mi escritorio y gesticuló un casi inaudible buenos días ignorándome por completo, como

si fuese parte del decorado. Sin embargo, antes de cruzar la puerta, se giró para pedirle a Sophia los informes de la última compra sin siquiera atreverse a hacer contacto visual conmigo. Esto ya era demasiado.

Con un gesto de rabia, imprimí las hojas y entré sin golpear, pero mi actitud no pareció molestarlo.

—El informe —Le dije, dejando los papeles sobre el escritorio de manera casi violenta.

Los tomó con una mano, pero no se dignó a mirarme. —Gracias —Me dijo.

Estaba a punto de darme vuelta e irme, pero algo me lo impidió. En cambio, me volteé y lo miré entornando los ojos.

—¿Un fin de semana movido? —Le dije, y mi tono sonaba a reproche.

Sabía que sonaba molesta, pero no me importaba disimularlo. Quería que supiese que lo estaba.

—Eh, no. No tanto —Dijo con tono desinteresado mientras leía las hojas que le había entregado.

—Mmm —Sabía que tenía que morderme la lengua, pero no pude. No estaba en mi naturaleza impulsiva y mi interior deseaba pelear con él. Quería gritarle, reclamarle, cualquier cosa para que dejara de ignorarme — ¿La rubia no te supo entretener bien?

Pude ver como toda su expresión se paralizaba mientras procesaba mis palabras. Había dado en el clavo y me sentí victoriosa. Dejó los papeles arriba del teclado de la computadora y me miró con expresión conflictiva.

—¿Me estuviste siguiendo? —Me dijo y sonaba casi indignado.

—Ja —Le escupí —No te creas tan importante. Te vi por casualidad a la salida de club el viernes de madrugada. Ibas muy bien acompañado, aunque debería decirte que tu gusto está decayendo. Esa rubia no parecía estar a tu nivel, ¿acaso las chicas de la alta ya se cansaron de ti y ahora vas por pobres universitarias?

Dejó escapar un suspiro y pasó sus manos por su rostro una vez más. —Si así fuese, no veo cuál sería el problema —Me dijo — ¿Acaso estás celosa?

Nicholas se paró de su silla para enfrentarme. Su voz sonaba molesta.

—Ya quisieras, Nicholas, pero te recuerdo que sentí celos de ti no está en mis planes... sería un estúpido desperdicio de tiempo —Escupí con rabia.

Estaba enojada y no entendía por qué. Sin embargo, no podía detenerme.

—Sí, como también es un estúpido desperdicio para ti lo que teníamos entre nosotros —El tono de su voz sonaba herido y algo dentro de mí se removió.

—No entiendo a qué te refieres —dije, removiéndome incomoda en mi lugar.

Soltó un suspiro intentando tranquilizarse. —No me tomes por estúpido. Tengo bien en claro que no puedo esperar exclusividad de tu parte, pero al menos esperaba que fueses honesta.

—¿Acaso te volviste loco? —inquirí, frunciendo el ceño, sin entender a lo que se refería.

Me miró furioso. —Tus planes del viernes. Me mentiste.

Tuve que fruncir el ceño. —¿De qué estás hablando?

—No te hagas la desentendida. Me dijiste que tenías un compromiso, pero nunca aclaraste que tu compromiso era una cita con otro hombre.

Pestañé varias veces seguida. —¿De dónde sacaste eso? Si estas buscando una excusa para lo que hiciste, ahórrate...

No me dejó continuar, ya que su voz molesta me interrumpió. —Ya deja de tomarme por idiota. Te vi con él a la salida de la facultad, nadie me lo dijo —Me gritó.

—¿Con quién? —le dije con expresión atónita.

—Con el idiota que te vino a buscar a la empresa la otra vez —escupió.

—¿Brad?

—Ah, ahora te regresó la memoria. Parecían llevarse muy bien los dos juntos esa tarde.... Estaban teniendo una charla muy, como diría, a gusto.

—Eres un idiota.

—Sí, parece que sí.

Parte de mí me decía que me fuese de allí, pero algo me lo impedía. La necesidad de aclarar el malentendido era más poderosa que mi tonto orgullo. —Cuando te dije que no podía era porque había quedado en salir con Sophia y así lo hice. Fuimos al club a bailar. La pobre anda en las

nubes desde que se peleó con su jodido novio y no habíamos tenido tiempo de hablar al respecto. Lo que viste a la salida de la facultad era Brad pidiéndome una cita, que me hubieses visto rechazar si continuabas viendo.

Los ojos de Nicholas se abrieron por sorpresa y toda su expresión se contrajo. Solté un suspiro y me giré para salir de la habitación, aliviada de poder haber sido capaz de ventilar mi verdad, pero Nicholas dio dos pasos y se colocó frente a mí, dejando solo unos pocos centímetros entre nosotros. Extendió su mano y acarició mi mejilla derecha con suavidad.

—La chica. La del viernes, no significó nada. Lo siento —Me dijo en un susurro mientras me acercaba para darme un beso en mi frente.

Algo dentro de mí se rompió con sus palabras y puse ambas manos sobre su pecho para empujarlo y comenzar a salir de la oficina. Sin embargo, su mano se envolvió alrededor de mi brazo impidiéndome llegar muy lejos. Tiré de ella para liberarme, pero no pude. Nicholas era más fuerte que yo.

Giré mi rostro y lo miré con rabia contenida. —No te preocupes. Yo me entretuve muy bien con Brad —Le escupí en la cara.

Todo su rostro se contrajo con una expresión de dolor. —Pensé que lo habías rechazado.

—Eso fue hasta que te vi salir muy entretenido con la rubia tetona —Le escupí.

En ese momento, la mano de Nicholas aflojó su agarre y pensé que me iba a soltar. Sin embargo, me volvió a tomar con fuerza y me aferró contra su pecho.

Me retorcí contra su cuerpo, luchando contra el impulso de gritar. Odiaba la forma en que su perfume hacía que mi corazón comenzara a latir a un ritmo desmedido y mi cuerpo comenzara a temblar. Necesitaba poner distancia entre nosotros.

—Suéltame —Le dije casi en un susurro.

—No hasta que hablemos de toda esta mierda —Me dijo con tono firme contra mi pelo.

Me volví a retorcer, pero no se apartó ningún milímetro. Esto era ridículo. No iba a hablar de nada con él. No había nada para hablar.

—No hay nada que hablar —Le dije empujándolo nuevamente, pero él me

volvió a jalar contra él y plantó sus labios contra mi boca.

Dios. Su calor me mareó por un instante, pero no iba a permitir que me quebrara. Me volví a apartar con violencia y azoté mi mano contra su mejilla. Nicholas retrocedió unos centímetros y me miró confundido durante una milésima de segundo, pero inmediatamente sus ojos se oscurecieron y se volvió a apoderar de mi boca, como si mi ataque solo lo hubiese encendido más.

Todo mi interior dio vuelta. Sin poder evitarlo, me abrí a él con cada probada de su lengua. Nicholas sabía a café. Era caliente y adictivo y podría saborearlo por horas sin parar.

Presioné mi boca con fuerza sobre él y lo besé con una posesividad que no sabía que se encontraba dentro de mí. Lo besé tan desesperadamente que me olvidé de que estaba enojada con él. Mi lengua penetró su boca y Nicholas me respondió con la misma intensidad, tomando mi rostro entre sus manos y tirando de mí más cerca. Este beso me permitió sentirlo como no lo había hecho antes.

Sus manos se aferraron a mis caderas y me levantó hasta que mis piernas estuvieron envueltas alrededor de su cintura para, finalmente, apoyarme contra con borde del escritorio. Su boca dejó la mía por un instante y me miró directo a los ojos. Su mirada me dejó sin aliento.

Cuando estaba a punto de volver a protestar, hundió su cabeza contra mi cuello y comenzó a besar mi piel con desesperación. Recorrió mis piernas con sus manos y húndió su manos bajo mi falda. Levantó el dobladillo hasta que la tela estuvo toda enrollada en mi cadera y volvió a deborar mis labios con los suyos. Me acerqué más a él y metí mis manos bajo su camisa. Necesitaba sentir su piel bajo mis manos. Él parecía necesitar lo mismo que yo porque tomó la parte inferior de mi blusa y la retiró por encima de mi cabeza para luego arrojarla sobre la silla giratoria que estaba detrás del escritorio.

Con la misma intensidad, tomó el broche de mi sujetador y lo desabrochó en cuestión de milésimas de segundos. Lo bajó con rapidéz por mis brazos y lo arrojó junto con la otra prenda que me había quitado un instante atrás.

—Me vuelves malditamente loco, Ann —dijo y luego bajó la cabeza hasta mis pechos descubiertos para tomar mi pezón entre sus labios. Lo succionó y acarició con su lengua mientras sentía como una explosión había comenzado a detonarse entre mis piernas. Liberando mis impulsos, lo tomé con fuerza por sus brazos y solté un gemido.

Me silenció cubriendo mi boca con la suya y llevó su mano hasta mi seno para cubrirlo y jugar con él mientras nuestras lenguas se mezclaban con

desesperación. Con su mano derecha, descendió hasta mi rodilla y comenzó a subir por el interior de mi muslo. Abrí un poco más mi pierna y llevé mis manos hasta el broche de su cinturón para desprenderlo con mis dedos temblorosos. Nicholas recorrió mi entrepierna y sujetó un extremo de mi braga de seda con fuerza para correrla hacia un costado. Terminé de desprender su pantalón y retiré su erección del interior de su bóxer. Tuve que cerrar los ojos al sentirlo duro y caliente.

Con un movimiento rápido, se hundió dentro de mí.

—Nicholas —gemí su nombre con desesperación mientras presionaba sus hombros con mis manos y envolvía con fuerza mis piernas alrededor de sus caderas para sentirlo más cerca.

—Mierda. Santa madre de Satanás —susurró contra mi cuello. Su respiración se volvió irregular mientras llevó ambas manos hasta mi trasero para sujetarlo y mantenerme firme contra él.

Después, me tomó por la barbilla y me obligó a mirarlo directo a los ojos.

—¿Sabes por qué me acosté con otra? —preguntó con una voz ronca que me hizo temblar.

Sí. Porque eres un idiota. Pero no dije eso. En cambio, lo miré con odio.

—Porque te vi con ese idiota y me sentí enfermo —susurró contra mi cuello—Me sentí enfermo y dolido.

Decía cada una de esas palabras mientras entraba y salía de mi interior. Mi respiración se volvió pesada y dejé que mi cabeza cayera sobre su hombro izquierdo mientras intentaba mantenerme enfocada en sus palabras.

—¿Sabés qué fue lo más triste? —Me dijo, y volvió a hundirse dentro de mí —La tomé y cerré los ojos. Y cuando acabé fue tu nombre el que grité. Me encontraba asquerosamente borracho y estaba enojado contigo. Sin embargo, eras todo en lo que podía pensar.

Eso no era lo que esperaba oír, pero despertó algo dentro de mí. Un sentimiento dolorosamente insoportable que se extendía desde el interior de mi pecho por cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Lo miré con firmeza y con bronca. —También pensé en ti mientras estaba con Brad —le dije con dolor en mi mirada. —Por favor, hazme olvidar que no eras tú.

Un gruñido bajo salió su pecho, agarró mi cintura con fuerza.

—Voy a hacer que te olvides que alguna vez otros hombres te tocaron.

La promesa detrás de su voz me hizo estremecer y antes de que pudiese reaccionar, Nicholas empujó mi espalda sobre el escritorio y agarró mis caderas con sus dos manos para comenzar a moverse con más facilidad.

Durante los siguientes cinco minutos solo fui consciente del zumbido dentro de mi cabeza mientras lo sentía entrar y salir una y otra vez a un ritmo frenético. Grité, pero ahogó el sonido introduciendo su dedo dentro de mi boca. Lo mordí y succioné mientras gemía de placer a causa de sus embestidas. Nunca me había sentido tan encendida en mi vida. Saboreé su dedo y me retorcí contra su cuerpo. A lo lejos, lo escuchaba pronunciar todo tipo de palabras que solo lograban prenderme aún más. Nicholas tenía una boca sucia, pero era jodidamente erótica.

Capítulo 19

Nicholas

Desde que habíamos dejado la fachada de ser solo amigos para comenzar a acostarnos por las noches, ambos nos habíamos subido a una especie de montaña de montaña rusa que no dejaba de subir y bajar constantemente. Cuando todo parecía que iba marchando con serenidad, de repente una brusca bajada nos sorprendía, solo para recordarme que nuestra relación no era para nada como la de resto de seres humanos, o como la que hubiese querido.

En mis sueños, quería despertarme a su lado, ser el primero en verla sonreír por la mañana, tomarla de la mano mientras caminábamos hasta nuestras oficinas, pero en su lugar tenía que conformarme con pequeñas migajas nocturnas de su amor a medias.

Claro que desde nuestra última discusión en la que ambos habíamos terminado desnudando un poco más nuestras almas dentro de la oficina para luego terminar reacomodando las piezas de nuestra jodida existencia mediante sexo caliente y duro no habíamos vuelto a pelear e incluso podría decirse que habíamos logrado encontrar cierto equilibrio entre nosotros, pero la verdad era que no lograba quitarme la perversa sensación hormigueante que me susurraba que pronto este camino llano que estábamos transitando en este momento se iba a acabar. Era casi enfermizo de a ratos y me ocasionaba algún que otro insomnio nocturno. Cada vez que Anna dejaba el departamento por la madrugada, la cama parecía extenderse unos cuantos metros y cada vez la sentía más fría e incómoda. Lo único que lograba calmarme era el olor a su perfume incrustado en la almohada. Ese aroma que me aseguraba que lo que había pasado entre nosotros era real.

Mentalmente, me había ideado cientos de planes y situaciones en las que me enfrentaba a ella sin ninguna máscara de por medio y le confesaba mis verdaderos sentimientos, y en mis fantasías ella respondía arrojándose a mis brazos y admitiendo que también me correspondía con la misma intensidad, pero la realidad era muy distinta. Sin embargo, en las últimas semanas había comenzado a ver el muro que Anna había levantado a su alrededor con más claridad. Era una muralla perfectamente trazada alrededor de sus sentimientos que no permitía que ninguno de ellos se escapara más lejos de lo que su control le permitía dominar, pero también había podido ver que había logrado provocar algunos huecos en ella. Huecos por los que podía ver su interior, a la verdadera Anna. Una mujer que se derretía bajo mis caricias y que cuando estaba perdida en mis besos se dejaba arrastrar sin límites, sin ataduras.

Una mujer que contenía tanta pasión en su interior que podría amar sin medidas, con la misma intensidad con la que se aferraba a mi espalda desnuda cuando hacíamos el amor después de la oficina.

Esa mujer se escondía detrás de su muro y estaba dispuesto a liberarla, solo tenía que encontrar el momento exacto y no precipitarme. Se podía decir que mi trabajo no era como el de las máquinas demoledoras de la compañía, que entraba en los terrenos que comprábamos y comenzaba a demoler todo a su paso. No, mi trabajo era más bien el de los obreros, que con un pico y una pala iban sacando con cuidado los ladrillos y los materiales reutilizables. Era un trabajo minucioso y agotador, pero que esperaba al final diera sus frutos.

Esta noche, por ejemplo, era su cumpleaños y como era de esperarse, nada de lo que había ideado en mi mente se estaba cumpliendo. No estábamos en un restaurante lujoso, los dos solos brindando bajo la tenue luz de las velas. No, estábamos reunidos en su casa porque ella ya había organizado una pequeña reunión en su casa así que tuve que conformarme con la promesa de que terminaríamos la noche juntos.

En este preciso instante, la estaba observando mientras tomaba un trago del otro lado de la barra de su cocina.

Dios. Lucía incluso más caliente que el infierno. Su diminuto vestido rojo no hacía más que despertar mis instintos más básicos y no estaba seguro de cuánto tiempo más soportaría todo este estúpido espectáculo de buenos amigos que estábamos montando, así que cuando por fin decidieron marcharse al club, todo mi cuerpo se sintió aliviado. Sophia y Ben se fueron con Ethan e Isabelle y gracias a que Dios, los ángeles y también los arcángeles habían escuchados mis ruegos, Anna quedó conmigo.

Una vez que todos se hubieron retirado de la casa, me acerqué a ella por detrás y la tomé por la cintura dándoles a mis manos el alivio de volver a sentir el calor de su piel. Con cuidado, la giré para sentarla sobre la mesa de la sala y me acomodé entre sus piernas como supe hacer algunas veces cuando la tomaba desprevenida dentro de la seguridad de mi oficina. Tomé su rostro entre mis manos y devoré su boca con un beso ardiente e intenso. Un beso que había estado reprimiendo desde que había llegado.

—Feliz cumpleaños —le dije una vez que ambos nos separamos.

Ella me regaló una sonrisa que iluminó toda la habitación y estuve bastante cerca de rasgar ese vestido y tomarla en ese mismo lugar. El hecho de que Maya se encontraba en la otra habitación al final de la sala era la única razón de que no estuviera dentro de ella en este preciso

minuto.

—Creo que deberíamos ir saliendo —sugirió, al notar mis intenciones. Estaba segura de que ella también quería lo mismo que yo porque el iris de sus ojos de había dilatado y su pulso había comenzado a acelerarse bajo su piel, pero demorarnos solo implicaría dar explicaciones al resto y eso no estaba dentro de sus planes, así que contra mi voluntad y haciendo uso de mi parte racional, la tomé de su pequeña mano y la ayudé a bajarse de la mesa para luego conducirla hasta mi auto, que había quedado estacionado en la parte del frente de su casa.

Una vez que cruzamos el portón de hierro para dirigirnos al club, le permití elegir la música e intenté sacar uno o dos temas de conversación, que me respondió de manera monótona, como si realmente no me estuviese escuchando. Había algo que la estaba perturbando, estaba seguro. Me permití observarla de reojo durante unos segundos y la noté perdida en sus pensamientos. Estaba inquieta y no dejaba de morderse la uña de su dedo pulgar.

— ¿Me vas a contar qué te ocurre? —pregunté, bajando el volumen de la música para que me pudiese escuchar bien.

Se estremeció ante el sonido de mi voz y me miró con expresión nerviosa. Pareció dudar durante unos segundos hasta que finalmente habló. —Nada, es solo que estoy preocupada por mi hermano —Me dijo.

Tuve que asentir en respuesta, porque también lo estaba. Ethan se había estado comportando de manera extraña y eso no había pasado inadvertido para ninguno de nosotros.

—¿Crees que tiene problemas con Isabelle? —Le consulté.

Ella soltó una risa y la expresión detrás de sus ojos mostraron cierto enojo. —El problema es que es un idiota como todos los hombres —Me dijo, cruzándose de brazos y mirando los autos a nuestro alrededor.

—iHey! —protesté, haciéndome el ofendido por su comentario acerca del mundo masculino.

—Vale —dijo, haciendo un gesto con su rostro —El problema es que él es un idiota —se corrigió.

Sonreí ante el tono de su voz. —¿Por qué discutieron esta vez?

Dejó escapar un suspiro antes de volver a hablar. —No hemos discutido en realidad —explicó.

—Entonces, ¿cuál es el problema? No creo que solo estés preocupada por él porque acabas de descubrir que es un idiota —dijo, pretendiendo sacarle una sonrisa. Funcionó.

—No eso ya lo sabía hace rato —dijo, aun sonriendo. Luego, frunció los labios en un gesto de consternación. —Es que no logro entender lo que ocurre con él.

Solté una risa. —Es de tu hermano de quien estamos hablando. Nadie lo hace.

Una pequeña sonrisa salió de sus labios y soltó un suspiro. —Más allá de eso, siempre pensé que teníamos una especie de conexión que iba más allá del hecho de que fuésemos hermanos —Buscó las palabras en su mente antes de continuar—. Es decir, cada vez que él tenía un problema que no podía resolver, acudía a mí y yo ya sabía de antemano que me llamaría, como si pudiese presentir que algo lo estaba perturbando. Pero ahora, sé que está atravesando por una encrucijada en su vida y simplemente me dejó afuera.

—Tal vez, necesita meditarlo por su propia cuenta por un tiempo. Ya sabemos como es Ethan cuando se cierra en sí mismo. Es casi impenetrable. Tal vez, deberías darle un poco de tiempo para que aclare su mente. Luego estoy seguro de que hablará contigo al respecto —la tranquilicé.

Asintió, lentamente. —Solo espero que no se equivoque —dijo, reflexionando.

Su contestación no hizo más que alertarme. Definitivamente, algo estaba pasando con Ethan. —Sabes que puedes contarme cualquier cosa —le dije—. El hecho de que tu hermano sea mi amigo no quiere decir que no puedas hablarme al respecto.

—Sí, lo sé —contestó, sonriendo de lado. Una sonrisa apenas perceptible, pero que me aseguraba de que lo estaba diciendo de verdad —, pero no quiero hablar del tema en este momento. No quiero pasar mi cumpleaños pensando en las estupideces que hace Ethan — dijo, tajante.

Noté que Anna no estaba dispuesta a hablar del asunto, al menos no ahora, así que no insistí. Sin embargo, la expresión en su rostro me dijo que había algo más. Dejé la palanca de cambio por un momento y tomé su mano.

—Te ocurre otra cosa, ¿verdad? —pregunté, sintiéndome feliz de poder leerla con tanta facilidad. Realmente, estaba haciendo un muy buen

trabajo como obrero destructor de su muro.

Ella se mordió el labio inferior y cerró los ojos con fuerza. —Mi padre llamó esta tarde —dijo con resentimiento.

Ahí estaba. La verdadera espina en el talón. Su padre. Ésta no era la primera vez que la había escuchado triste por su causa. Lo había hecho dos o tres veces con anterioridad desde que Anna y yo habíamos comenzado a pasar más tiempo juntos, en la intimidad. Una vez, había sido porque el tipo había dejado de trabajar durante unos días para acompañar a su novia a lo que fuese que ella tenía que hacer en Nueva York, algo que Anna siempre había deseado que su padre hiciera por ella, pero que nunca se había permitido. Y la segunda, porque había visto que la chica estaba usando una cadenita que se suponía era de madre de Anna.

—¿Quieres hablar de ello? —Le pregunté. Anna no era una gran habladora cuando se trataba de su padre, pero hoy se sentía como si realmente necesitaba hablar.

—El muy maldito llamó y lo atendí feliz de que se hubiera acordado de mi cumpleaños. Por cinco segundos, estuve feliz de escucharlo —Presionó sus labios con fuerza y golpeó su cabeza contra el asiento. La miré y noté el dolor atravesando su rostro. Me mantuve en silencio, dándole su espacio. —Se va a casar —dijo mientras un sollozo estremeció su cuerpo—El muy desgraciado se va a volver a casar.

Presioné su mano con más fuerza y la llevé a mi boca para dejar un suave beso en ella. Una lágrima cayó por su mejilla, pero la limpió al instante.

—Estoy tan enojada, Nicholas —dijo, mordiéndose el labio —Tan enojada que duele. Creí que estaba preparada para esto. Sabía que se había mudado para vivir con ella, pero tenía la esperanza de que sea algo pasajero, como sucedió siempre. Suena patético, pero esperaba que una vez que este capricho de mudarse con su puta de turno pasara, volviera a casa conmigo. A la casa donde vivíamos con mamá. Sin embargo, me llamó el día de mi cumpleaños para contarme que se va a casar con ella. ¡Tiene veintiocho años! ¡Es apenas un año mayor que Ethan!

Pasó su mano por el pelo con rabia y volvió a tomar aire. —Quiere que lo ayude con la boda. Es una buena posibilidad para volver a ser una familia de nuevo, me dijo. Me siento enferma de solo pensarlo. Lo odio por volver a arruinar mi cumpleaños. Hubiese preferido que lo olvidara.

Extendí la mano y le limpié unas lágrimas que todavía se aferraban a sus mejillas con mis pulgares. Ella sacudió la cabeza y me miró con expresión

arrepentida.

—Perdón por cargarte con mis problemas —me dijo.

Reduje la velocidad y la miré a los ojos por unos instantes antes de volver a concentrarme en el camino.

—Anna, siempre voy a estar para escucharte. Siempre. Cada vez que me necesites, puedes contar conmigo. Ya no estás más sola.

Una suave sonrisa floreció en sus labios. Apoyó la cabeza en el asiento despacio y se volvió hacia mí.

—Gracias —dijo simplemente.

—Si hay algo que yo pueda hacer para que no pienses en cosas feas, solo dime —Me ofrecí—. No soy muy bueno cantando, pero puedo contarte algunos chistes.

Su sonrisa se amplió y permaneció en silencio durante unos segundos.

—Creo que se me ocurre algo —dijo seductora, y la miré de reojo.

Quise hablar, pero el sonido se quedó atorado en mi garganta cuando su mano se deslizó por mi pierna derecha y comenzó a deslizarla hacia arriba. Todo mi cuerpo reaccionó de inmediato y me sentí aliviado de que la calle estuviese lo suficientemente desierta como para no provocar ningún accidente. Antes de que pudiera bajar un cambio a la velocidad, Anna subió su mano y la colocó en mi entrepierna. Todo mi cuerpo se quedó inmóvil y mi concentración se fue al infierno. Me aferré al volante con las dos manos y tomé una respiración estable. Acercó su boca en mi oído y antes de que pudiera formar palabras succionó el lóbulo de mi oreja entre sus labios.

—Estaciona en ese callejón —dijo antes de comenzar a besarme en el cuello, y después deslizar su lengua por mi piel.

Santo infierno. —¿Quieres que estacione? —Le pregunté tragando saliva con fuerza.

—Así es —dijo en un susurro ronco presionando su mano en mi erección.

Oh, bendito satanás. Su mano se sentía tan jodidamente bien. Saqué el coche fuera de la calle e hice lo que me pidió. Anna se inclinó sobre su asiento y por un instante no supe lo que estaba intentando hacer, hasta que se sentó a horcajadas sobre mí.

Estaba congelado en mi lugar, sin poder hacer nada más que observarla acomodarse sobre mí. Entonces, se inclinó su rostro más cerca y apoyó sus brazos en mis hombros —¿Te vas a quedar mirándome o vas a cumplir con tu promesa de hacerme olvidar las cosas feas de mi vida —susurró contra mis labios.

¿Promesa? ¿Qué había estado a punto de decirle? No podía recordar. —Anna, ¿estás segura de querer hacer esto acá?. —Me las arreglé para decir.

En el fondo, sabía que ella trataba de encontrar algo para desviar el rumbo de sus sentimientos y volver a tomar el control de la situación, pero no estaba seguro de que tener sexo dentro del auto en un callejón oscuro fuera la mejor manera, a pesar de que mi entrepierna no estaba de acuerdo conmigo.

—Necesito esto — dijo en un susurro ronco.

Miré fijamente sus ojos y la súplica en ellos fue mi perdición. Extendí la mano y acuné su cara, observando su expresión dolida y suplicante y presioné mi boca a la suya.

Saqué mi lengua y probé la dulzura de sus labios, intentando absorber el dolor en su interior. La besé lento al principio, jugando con su boca durante unos segundos. Arrastré mi lengua por su labio inferior, luego por su labio superior y finalmente, la tomé con fuerza por la nuca y la besé por completo. Anna movió sus caderas sobre mi regazo e inmediatamente deslicé mi mano hacia abajo para introducirla entre sus piernas. Era un movimiento que surgía solo, casi por inercia cuando la tenía de esa forma. El calor y la humedad que chocó contra mi toque me sorprendió.

Metí mis dedos bajo la tela de sus bragas y la escuché gemir dentro de mi boca. Sonreí ante su desesperación. —Oh, Dios. Necesito más —gimió y comenzó a moverse sobre mi mano, montándola.

Santa mierda. Esto era demasiado caliente e iba a venirme en mis pantalones si no paraba, así que retiré mi mano fuera de ella. Abrió la boca para protestar, pero se contuvo cuando me vio desabrochar rápidamente mis pantalones para liberar mi erección palpitante.

—Mmm —se relamió con entusiasmo y me sujetó con ambas manos para acariciar toda mi longitud, subiendo y bajando con movimientos pausados. Cerré los ojos e inhalé el aire a través de mis pulmones permitiéndome disfrutar de sus caricias hasta que sentí que ya no podría aguantar por más tiempo. Alcancé e inmovilicé sus manos.

—Estoy a punto de explotar —le dije apretando mis labios.

Sonrió con malicia y levantó su vestido hasta que la tela estuvo encima de su cadera. Entonces, corrió su ropa interior hacia un costado y se arrodilló sobre mí para elevar sus caderas. Finalmente, bajó sobre mi erección para hundirme en ella.

—¡Oh, sí! —Exclamé sin poder evitarlo. Se sentía tan caliente.

Anna inclinó su cabeza hacia atrás y colocó sus pechos frente a mi cara, ofreciéndomelos. Extendí una mano y bajé el escote de su ropa para tomar uno de sus rozados e hinchados pezones en mi boca. La escuché gemir y mordí la dura punta, incapaz de controlarme.

—¡Oh, Dios, Nicholas!—rogó con la respiración agitada mientras continuaba levantando sus caderas y golpeando de nuevo sobre mí.

—¿Te gusta nena?—Le pregunté mientras sujetaba su cadera con mis manos para ayudarla a moverse más duro.

—¡Sí! —gritó.

Soltó un gruñido que no conocía y comencé a moverme con ella tan duro como podía. Sus pechos rebotaban en frente de mí haciendo perder el control por completo. Nunca me había imaginado a Anna de esta forma. Pero maldita sea si no me gustaba.

—Ya no puedo controlarme más —le dije con voz entrecortada.

Entonces, capturó mi boca en un beso atrevido, ardiente y devorador.

Santísimo y bendito infierno. Agarré un puñado de sus cabellos y ahogué un grito en su boca cuando mi liberación explotó en su interior mientras su cuerpo se retorció contra el mío. Su respiración era rápida y difícil como la mía y a ambos nos costó varios minutos volver a retomar la calma.

Lentamente, se reincorporó sobre su asiento y buscó una bolsa de pañuelos descartables dentro de su cartera. Se limpió y luego me los extendió. Cuando todo estuvo en orden, giré mi cabeza para mirarla. Ella sonrió y llevó las manos a su vestido para acomodarlo. Hice lo mismo con mi ropa y la tomé de su brazo para atraerla hacia mí.

—No me apartes aún —Le rogué, rodeándola con mi brazo y apoyando mi boca sobre la cima de su cabeza.

—No pensaba hacerlo —me dijo, acomodando su cabeza sobre mi pecho.

Permanecimos en silencio durante algunos segundos, ambos intentando volver a retomar el ritmo pausado de nuestras respiraciones hasta que el reloj indicó que debíamos apresurarnos para llegar al club con el resto del grupo.

Capítulo 20

Anna

¿Qué me estaba pasando? ¿Desde cuando me dejaba perder el control de esta manera? Nicholas aun mantenía su mano en mi pierna y sus dedos estaban entrelazados con los míos mientras conducía hasta el club. No había hecho ese tipo de cosas nunca. Así no era yo. Sólo había querido borrar la rabia que sentía dentro de mi pecho. Nicholas estaba aquí conmigo y me hizo saber que podía confiar en él. Me hizo sentir segura e hizo que mis barreras de quebraran.

Estaba confundida y asustada, pero me sentía muy bien. Demasiado bien. —¿Vas a quedarte ahí y sonreír de esa manera el resto del camino al club? Porque si lo haces voy a tener que estacionar el auto de nuevo.

Me reí y giré mi rostro para mirarlo. Me estaba sonriendo de lado y podía jurar que su sonrisa era la cosa más sexy que jamás haya visto. —No sonreía —me defendí. Odiaba sentirme tan expuesta con mis sentimientos.

Volvió a mirar la calle para girar en dirección al estacionamiento del club. —Oh sí. Estabas sonriendo como una chica muy feliz —Se tomó unos segundos—. Es lindo verte así.

Asentí porque debía admitir que tenía razón. Me sentía feliz. —Gracias —Le dije centrando mi mirada en los autos estacionados a nuestro costado.

Nicholas apagó el motor y me miró aun sonriendo. —Por favor, dime que no acabas de darme las gracias por el increíble momento que pasamos en el callejón oscuro.

No pude evitar reirme y negué con la cabeza. —No. Quiero decir, sí fue increíble, pero no. Te daba las gracias por haberme escuchado.

Su mano se deslizó a mi muslo y cogió la mía de nuevo. No dijo nada. Solo me volvió a sonreír y depositó un suave beso en mis labios. Era la primera vez que me besaba de esa forma y algo dentro de mi pecho me golpeó.

No podía entender qué me estaba pasando. Tres meses atrás pensaba que Nicholas Wayne era un idiota y tenía la esperanza que una vez que tuviéramos sexo mi estúpida fijación por él se terminaría. Sin embargo, me mantenía regresando por más.

Ingresamos el club y subimos al sector superior para acomodarnos en una cabina al costado de la pista. Por suerte, la noche pasó rápido. Bebí un trago de color azul. Bailé. Quise besar a Nicholas. Tomé otro trago de color diferente. Bailé de nuevo. Ignoré a Nicholas. Bebí de nuevo. Cada vez que sentía el deseo de correr a besarlo, bebía un trago diferente.

Dios. Mis pies dolían. Necesitaba un descanso así que comencé a hacerme camino a través de la pista hacia la cabina. Sophia se había ido al baño y Nicholas estaba en la barra. Una chica estaba parada a su costado y coqueteaba descaradamente con él. Él le sonreía de costado haciendo que mi estómago comenzase a doler. Di cuatro pasos más y noté que ella deslizaba su mano a lo largo de su brazo. Me sentí enferma.

No me quedaría a ver como Nicholas ligaba con otra mujer frente a mis narices. No después de todo lo que había pasado entre nosotros solo unas horas antes, así que di media vuelta y cambié mi rumbo hacia la terraza del club. Necesitaba aire y, tal vez, conseguir algún chico con quien entretenerme y pasárselo en la cara al muy idiota.

El aire fresco de la noche golpeó mi rostro y sentí como mi piel se erizaba. Me acerqué hasta la baranda y apoyé ambas manos en la fría barra de hierro. Este carrusel interminable de emociones era demasiado agotador y no podía dejar de preguntarme si debía detenerlo y bajarme de él de una vez por todas.

De repente, unas manos me tomaron por la cintura y me hicieron girar.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté, levantando la mirada hasta encontrar la suya.

Nicholas deslizó sus manos por mis brazos y me aferró a su cuerpo. No poner resistencia para ir a sus brazos no fue probablemente muy buena idea si quería poner un paño de agua fría a lo que nos estaba pasando.

—¿Ya volvemos a lo mismo de antes? —me dijo, liberando un suspiro.

Estaba a punto de empujarlo cuando su cálido aliento golpeó mi piel.

—Baila conmigo —dijo en mi oído haciendo que mis piernas se sintiesen débiles.

Concentración, me dije mentalmente.

Necesitaba concentrarme. Había una razón por la que esto era una mala idea. —¿Qué le paso a la chica de la barra? ¿No quiso un revolcón rápido?

Nicholas soltó un suspiro y miró al cielo. Negó con la aceza y me sonrió de costado. —Si te hubieses quedado, me habrías visto rechazarla —dijo, levantando la mano y acariciándome la barbilla —Solo tú, Anna. No me interesa nadie más.

Todo mi cuerpo se estremeció ante sus palabras y no supe como reaccionar. Podía sentir como mi corazón latía con fuerza dentro de mi pecho, como la sangre comenzaba a fluir con más rapidez dentro de mis venas y como mi boca se abría intentando formular alguna contestación. Sin embargo, mi cerebro había quedado paralizado. Nicholas me atrajo más cerca de su cuerpo presionando un brazo detrás de mi espalda y tuve que tragar un nudo nervioso en mi garganta. A este ritmo, cedería y lo dejaría entrar definitivamente a mi corazón si comenzaba a decir cosas como esas. ¿Dónde se había ido toda mi compostura? Solía ser más fuerte que esto.

Todavía me encontraba intentando aclarar mis pensamientos cuando su boca estuvo en la mía, pero esta vez era diferente a la forma en que me había besado en el auto o en mi casa. Algo sobre esto no era desesperado. La calidez de sus labios nubló mis sentidos y solo pude envolver mis manos alrededor de su cuello para devolverle el beso. Sus brazos se apretaron con más fuerza a mí alrededor y sentí el teléfono vibrar en su bolsillo interrumpiéndonos.

Nicholás pronunció una maldición y se apartó de mí. Sacó su mano de mi cintura y la llevo hasta mi mentón para pasar la yema del pulgar por mi labio inferior. Sus ojos tenían un brillo especial, casi peligroso y miles de campanas de advertencia comenzaron a sonar dentro de mi cabeza.

Sacó el celular y leyó el mensaje frunciendo el ceño. —Ben pregunta dónde mierda nos metimos todos —dijo soltando una sonrisa —.Será mejor que nos vayamos.

Asentí en respuesta y lo observé. Tomó mi mano y se giró para comenzar a caminar en dirección al interior del club, pero se detuvo a medio camino para mirarme directo a los ojos.

—Esta noche te quiero en mi departamento —Su voz era casi una exigencia y me pareció gracioso pero tan ansioso. Rodeé su brazo con mis manos y me puse de puntitas para hablarle al oído.

—¿Y si te digo que no? —Le dije, jugando con él mientras pasaba mi mano por su entrepierna disimuladamente.

Se rió y se apretó contra mí de nuevo. —Bueno, entonces voy a tener que raptarte —me respondió bajando sus manos hacia mi trasero y lo apretó

con fuerza provocándome un sonoro chillido.

—Tranquilo, campeón —le dije, mordiendo su oreja —. Voy a buscar a Sophia y nos vamos.

Asintió y ambos separamos nuestros caminos. Ingresé al interior cálido del club, pero me paré en un costado alejado de la pista para sacar mi celular. Sophia no estaba en la cabina y tampoco la había podido localizar en el baño. ¿Dónde rayos se había metido? Había comenzado a preocuparme cuando la vi.... Besándose con mi hermano.

¿Qué mierda estaban haciendo estos dos? Miré a Sophia que me observaba con expresión arrepentida. Sus ojos se veían llorosos y su pecho había comenzado a temblar intentando contener un sollozo. Después, dirigí mi vista a Ethan y sus ojos fueron como dos puñales dentro de mi corazón. ¿Qué mierda estaba haciendo? ¿Cómo podía hacerle algo así a su novia? Sentí que el estómago se me removía y sin poder evitarlo mi mente retrocedió en el tiempo. Me sentí en el lugar de Isabelle... tan traicionada.

— Lamento interrumpirlos, pero ya es hora de irnos —dije, mirando a mi hermano.

Ethan pasó a mi lado y murmuró muy despacio. —Ella no hizo nada. Fui yo quien inició el beso —explicó.

Mordí mi labio inferior y no le respondí. No era el momento. Sin embargo, lo que acababa de ver y los sentimientos dormidos que la escena había despertado dentro de mí me recordaron por qué no creía en el amor, ni en las relaciones duraderas, como esas de los cuentos de hadas.

Desde que había quedado en carne viva por creer en que el amor leal existía, me había prometido que no volvería a dejar a la intemperie mis sentimientos y sabía que a eso me exponía si continuaba dejando que Nicholas se acercara a mí. Me consideraba una persona cuidadosa, me protegía. Tenía muros, pero Nicholas los había atravesado. Dejarlo acercarse aun más sería peligroso.

Tan pronto como salimos del club, tomé a Shopia del brazo para indicarle que podía ir con nosotros en el auto. No solamente ella me necesitaba en este momento, sino que me serviría para mantener alejado a Nicholas lo suficiente. Esta vez, estaba decidida.

Cuando estuvimos en la calle, me relajé contra el asiento de cuero y me concentré en el movimiento de los autos a mi costado ignorando la mirada confundida de Nicholas. No me volteé a mirarlo en ningún momento porque no estaba segura de qué contestarle. Además, odiaba la idea de que mi corazón se acelerara cuando me mirase con sus

suplicantes ojos azules. Lo mejor era evitarlo.

Pasamos todo el camino hasta la casa de Sophia en silencio. Un incómodo y molesto silencio. De vez en cuando, Nicholas extendía su mano para cambiar la canción de su reproductor e intentaba hacer contacto visual conmigo, pero me mantuve con la vista fija en la ventanilla durante todo el trayecto.

Cuando finalmente llegamos a la casa de Sophia, me bajé junto con ella para acompañarla hasta la puerta y me despedí con la promesa de visitarla al otro día. Podría abordar a mi hermano con preguntas, pero no me sentiría bien estando Isabelle junto con él, así que, si quería respuestas tendría que obtenerlas de mi amiga. ¿En qué rayos estaba pensando? ¿Cómo Sophia permitió meterse en todo este jodido lío?

Para cuando regresé al auto, mi mal humor había empeorado. No podía evitar sentirme molesta con ella. Sophia siempre había sido una persona enamoradiza, de esas que lloran cuando ven una película de amor o que piensan en casarse de blanco. Incluso, su cantante favorito era Ed Sheeran, pero aún así la había creído más sensata. Ahora podía confirmar que cuando uno se enamora no reacciona de manera inteligente. Las personas enamoradas pierden la capacidad de razonamiento y cometen estupideces, como Ethan, como Sophia y como yo lo había hecho en el pasado.

Nicholas atravesó su mano por encima de la palanca de cambios y me tomó por mi muslo izquierdo presionando mi piel.

—Así está mejor —dijo sonriendo de lado—. Estabas demasiado lejos.

Me removí incómoda y moví la pierna sintiéndome nerviosa. Su sonrisa se desvaneció y fue remplazada por una expresión seria. —¿Qué está pasando por esa cabecita tuya ahora? —Me consultó dejando escapar el aire de sus pulmones.

Aun no estaba lista para contarle sobre Ethan y Sophia. Sin embargo, no podía evitar pensar en si él estaba al tanto de la situación. Lo miré durante unos instantes intentando descifrar si me estaba ocultando algo, pero no vi señales de ello. Su expresión, en cambio, mostraba que estaba confundido y cansado.

—Solo quiero que me lleves a casa —le dije despacio.

—¿Qué rayos? —maldijo y detuvo el auto de golpe.

Dejando una mano sobre el volante, giró su pecho para enfrentarme. Nos quedamos mirándonos fijo durante varios segundos. Algunos autos pasaban y tocaban bocina, pero a él no parecía importarle. Mantuve mi

expresión seria y decidida. No podía dejarme vencer ahora. Si lo hacía, si me rendía a él, ya no tendría escapatoria. Y había aprendido que alejándome a tiempo, mantenía mis emociones a salvo. Cuanto más me acercaba a Nicholas, más vulnerable me volvía.

No hablé y él tampoco lo hizo. Mi corazón latía veloz en mi pecho y estaba segura de que me estaba gritando que dejara de ser tan dura, pero mantener mis miedos y preocupaciones en mi interior era un viejo hábito que no estaba dispuesta a romper. Más temprano esa noche, me había abierto a él. Me había mostrado vulnerable. Mi padre me había roto y Nicholas había estado ahí para juntar mis pedacitos. Eso me debilitó....pero luego ocurrió lo de Ethan y Sophia y las paredes se volvieron a levantar. El dolor había vuelto a aflorar.

Nicholas era peligroso para mí. Era la primera persona que hacía que todo mi pulso comenzara a arder con solo verlo sonreír y fue la primera persona que me hizo desear volver a verlo al día siguiente después de mucho tiempo. ¿Y si me fallaba algún día? ¿Qué pasaría si él me lastimaba también? Yo había creído que podía enamorarme y ser feliz una vez, pero había terminado con sufrimiento. Amor y cuentos de hadas, no era algo que yo creyera posible.

—Solo quiero irme a casa. Ya tuvimos sexo por hoy —Le dije, sentándome de frente en el asiento y cruzando mis brazos por encima de mis pechos.

Nicholas dejó escapar un suspiro y volvió la vista al frente. —Bien —dijo y aceleró el auto.

Condujo en silencio el resto del viaje hasta River Oaks y tarareó algunas canciones de la radio para intentar que el ambiente no se sintiera tan tenso. Pero lo era. Mi conciencia era un desastre y mi corazón había comenzado a doler. ¿Cómo era posible? Estaba alejándome de él para evitar sentirme herida. Sin embargo, se sentía como si ya lo estuviese.

Cuando llegamos a mi casa, estacionó frente a los escalones que conducían a la entrada principal rodeando el cantero de flores que se encontraba en el centro del camino. Antes de bajarme, lo miré para saludarlo pero él no se volteó a verme. Se aferró con fuerza al volante y pude notar como su labios se fruncían.

—Si para ti esto es un juego, entonces para —me dijo. Podía notar la rabia en el tono de su voz y sentí como toda mi piel se erizaba —Vas de caliente a frío, Anna, y ya no puedo seguirte el ritmo. Ya no quiero hacerlo. Ya no puedo tolerarlo. Comienzas a dolerme y no es así como me imaginé las cosas entre nosotros.

Si era posible que el dolor de otra persona lastimara tu pecho, entonces el de Nicholas acababa de razgar el mío. Estuve a punto de disculparme,

pero me contuve. ¿Acaso no le había advertido? No era mi culpa. Sin embargo, se sentía como si lo fuera.

—Soy cautelosa con mis sentimientos, Nicholas. No prometo amor ni pretendo que me lo brinden. Pensé que eso estaba claro entre nosotros, pero creo que avanzamos demasiado estas últimas semanas y ahora necesitamos retroceder —dije todo eso sin mirarlo y no esperé una respuesta de su parte.

Tomé la manija de la puerta y la abrí para alejarme lo antes posible. A mi espalda, el auto de Nicholas aceleró y salió a toda velocidad por el camino cubierto de piedras blancas de la entrada de mi casa dejándome con una sensación amarga en la boca.

Capítulo 21

Nicholas

Tomé una hoja de papel y la arrollé con mis manos. La mantuve entre los dedos lo suficiente para que el bollo se volviese tan comprimido como era posible.

¡Maldición! exclamé antes de comenzar a dar vueltas dentro de mi oficina.

Anna quería retroceder. Lo acepté.

Quería su espacio. Se lo dí.

¿Por qué tenía que ser tan jodidamente cruel? ¿Por qué tenía que traer a un tipo a la oficina?

Me senté de nuevo en la silla y de repente quise golpear algo. O a alguien en particular. Al imbécil que estaba sentado en el pasillo del otro lado de la puerta esperándola. ¿Cómo era su nombre? No lo recordaba, pero era el mismo imbécil con el que la había visto en el campus de la universidad la última vez. No lo conocía, pero sabía que era un imbécil. Por más que vistiera traje, por más que su cabello fuese rubio y su sonrisa perfectamente blanca y alineada, era un imbécil.

¿Acaso se había visto con él mientras se acostaba conmigo? Me sentí enfermo de solo pensarlo. Me puse de pie y empujé la silla de vuelta debajo del escritorio. Anna se iba a ir con él y todo era una gran mierda. ¿Por qué no le puse límites antes? ¿Por qué no le dije que no podía verse con otros chicos mientras le daba su jodido espacio?

Sabía la respuesta: porque nunca me haría caso.

Me acerqué al ventanal y los vi subirse al auto para marcharse juntos. Un nudo de rabia se formó en mi garganta. No estaba dispuesto a quedarme con los brazos cruzados. Si ella iba a ponerme a prueba y a torturarme refregándose en la cara que iba a salir con otro, estaba muy equivocada si esperaba que me quedase llorando como un cachorito lastimado.

Esto tenía que terminar. Ella me lo había dejado claro. Me había dicho que solo era sexo. No amor. No éramos nada. Tenía un muy buen recuerdo para atesorar. El mejor. Ahora tenía que seguir adelante. Yo buscaba más. Anna quería menos.

Mas tarde esa noche, me subí a mi auto y me dirigí al bar más cercano a mi departamento. Estaba familiarizado con el lugar. Solía visitarlo cuando

estaba en la ciudad y sabía que obtendría lo que quería. Iba a conseguir alguna chica caliente que quisiera un buen rato y luego me la tiraría en algún hotel. Sí, eso iba a hacer.

Decidido, me senté en la barra y le pedí una cerveza a la chica que estaba detrás del mostrador. La conocía. Su nombre era Tiffany, o algo por el estilo. Tenía una gran boca que hacía maravillas.

La observé acercarse con mi bebida. Era caliente y me miraba sabiendo el efecto que causaba con ese top blanco sin corpiño. —Hey, guapo. No te había visto por un largo tiempo. Pensé que habías dejado la ciudad de nuevo.

Le dediqué una sonrisa seductora y le guiñé un ojo. —No puedo dejarte por mucho tiempo —le contesté inclinando mi cerveza en la boca.

Alguien del otro lado de la barra la llamó, pero ella lo ignoró. Apoyó sus codos sobre la barra y se inclinó hacia adelante para establecer conversación conmigo. —¿Necesitas compañía? —se ofreció.

—¿Qué tienes en mente? —le consulté —. Podrías convencerme si lo haces sonar muy bien.

—Vamos a mi departamento y te puedo mostrar lo talentosa que es mi boca.

—Creo que eso suena muy interesante.

Me sonrió victoriosa y fue hasta donde su jefe se encontraba para avisarle que terminaría su turno en este momento. La observé lujurioso mientras terminaba mi bebida, pero el sonido de mi celular sonando en mi bolsillo me obligó a apartar la vista de su trasero. El nombre de Ethan titilaba en la pantalla y tuve que fruncir el ceño antes de atender.

¿Qué hacía llamándome a esta hora?

Tiffany se acercó de manera seductora y se ubicó a mi costado. Inmediatamente apoyó su mano en mi muslo y comenzó a deslizarla hacia arriba. Esta chica no perdía tiempo.

—Sí —respondí conteniendo la respiración. La mano de la chica había alcanzado mi entrepierna y me había hecho emitir un pequeño jadeo. Ella se rió y tuve que apartarla un poco para poder hablar más tranquilamente.

—Necesito hablar con alguien, ¿nos vemos en el bar de siempre? —Me preguntó.

—¿Dónde diablos estás? —Le contesté completamente desconcertado.

—En Houston —me dijo, soltando un suspiro cansado.

—Debes estar de broma—Fue mi respuesta. ¿Qué rayos estaba haciendo en la ciudad? ¿Acaso había perdido la cabeza? No pude evitar preocuparme, porque si había tomado un vuelo a esta hora de la madrugada, sería algo importante. Ethan no era del tipo de personas que vendría a Houston por nada —. Nos encontramos ahí en media hora.

Y así fue. Media hora después estábamos sentados en la barra del bar de la vuelta de la empresa tomando una cerveza fría. Tuve que pestañar varias veces antes de comprender lo que me estaba contando. —Sabes que te apoyo en todo, hermano —le dije, negando con la cabeza —. Pero, es que... estás jodido.

Solté una pequeña carcajada y Ethan asintió con la cabeza. Debía estar realmente jodido para darme la razón, pensé.

—Cuando me contaste que habías empezado una relación con Isabelle, te dije mi opinión. Te lo advertí. Te dije que necesitabas conocer más culos. Sin embargo, seguiste adelante y estaba casi seguro de que me había equivocado con respecto a ustedes dos. Pero ahora, apareces con toda esta mierda y lo siento hermano, pero te lo dije —sentencié con una sonrisa triunfal porque tener la razón frente a Ethan no era algo que ocurriese todos los días.

Entonces, dos chicas pasaron por nuestro lado y nos sonrieron seductoras. Le devolví la sonrisa y les guiñé un ojo. Ethan levantó una ceja. — ¿Dos? ¿En serio? Eso es jodido.

—No me sermonees. Ellas lo están buscando —le contesté y negó con la cabeza.

Terminé la cerveza y le hice señas al barman para que me acercara otra. — ¿Anna lo sabe? —Le consulté, prendiendo un cigarrillo. No acostumbraba a fumar, pero lo necesitaba.

—En realidad, nos descubrió besándonos en el club...el día de su cumpleaños —Solté el humo de mis pulmones. Eso explicaba muchas cosas —. No se lo tomó muy bien.

—Puedo imaginarlo —le dije, secamente.

—En realidad, es entendible que se enojara —dijo, reflexivo. —Nunca tuvo un buen ejemplo en cuanto a relaciones amorosas. Ya sabes cómo han sido las conquistas de mi padre —explicó, con un gesto de asco —Había depositado todas las esperanzas en mí, y se sintió traicionada.

Decepcionada, según sus propias palabras.

Asentí asimilando sus palabras. Estaba seguro de querer golpear a mi amigo en este momento. —En fin, no es por Anna que estoy acá —dijo, finalmente—. Necesito que cubras mi espalda este fin de semana.

La desesperación en el tono de su voz me hizo sentir pena por él. Ethan siempre había sido un chico frío y calculador. Lo llevaba en su sangre. Planificaba cada uno de sus movimientos y no tomaba decisiones arriesgadas, pero se había enamorado y, por primera vez, estaba confundido y aterrado.

Lo mismo ocurría con Anna. ¿Cómo no me había dado cuenta? Dios. No me podía imaginar como se debió sentir al descubrir el engaño de su hermano. Primero, su padre la había defraudado y, luego, su hermano. Al alejarse de mí, solo estaba buscando protegerse a sí misma, de la única forma en la que siempre lo había hecho. Estaba bloqueando sus sentimientos para que yo no la lastimase.

Hablar con Ethan realmente me había ayudado a aclarar el panorama y muchas cosas que antes no entendía ahora comenzaban a tener sentido, así que una vez que salí del estacionamiento del bar, marqué el número de Anna. No estaba seguro si me iba a atender, pero tenía que intentarlo.

—¿Qué quieres, Nicholas? —la voz de Anna sonaba molesta y la música de fondo me dijo que no estaba en su casa, ni en la del imbécil.

—¿Dónde estás? —le consulté, frunciendo los labios.

—Divirtiéndome, Nicholas —me respondió.

—¿En dónde? —insistí, pero me cortó.

Giré en la siguiente cuadra para retomar el camino al centro y dirigirme a Captain Foxheart's. Era el bar favorito de Anna y, si la suerte estaba de mi lado, la encontraría ahí.

Entré al lugar y me dirigí hasta el sector de la terraza al no localizarla en el interior. La encontré parada a un costado, con las manos del imbécil envuelta en su cintura. Le estaba susurrado algo en el oído y ella parecía encantada de sus comentarios porque se reía animosamente.

La música cambió y Anna giró su cuerpo para comenzar a bailar al ritmo de la melodía. Entonces, las manos del imbécil se dirigieron a sus caderas y ella comenzó a mover su trasero sobre la entrepierna del tipo.

Listo. Hasta ahí había llegado mi buen compartimiento. Llegué hasta ella y la tomé del brazo para apartarla. El tipo me miró confundido y Anna abrió

los ojos como platos a causa de la sorpresa.

—¡Nicholas! —Exclamó —¿Qué diablos haces acá?

—Vine a buscarte —le contesté, frunciendo los labios.

—Amigo, ella está conmigo —me dijo el imbécil dando un paso hacia adelante.

Lo ignoré y mantuve mi mirada en ella. —Anna, dile a tu amigo que te vas conmigo o comenzaré una pelea en este mismo instante —amenacé.

La miré desafiante y ella mantuvo sus ojos concentrados en los míos intentando descifrar si lo estaba diciendo de verdad. —No estoy bromeando —Volví a decirle y ella soltó un suspiro de frustración

Finalmente, se volteó en dirección al imbécil. —Está bien, Brad. Me voy con él.

El tipo abrió la boca para responder, pero no le di oportunidad. Tomé la mano de Anna y la jalé en dirección a la salida sin siquiera voltearme a mirar a mis espaldas.

Una vez que llegamos al estacionamiento, la solté para abrir la puerta del auto. —Súbete —le dije.

Ella me miró desafiante y se cruzó de brazos. —¿Qué se supone que fue eso? —Me cuestionó.

—No jodas conmigo, Anna —dije molesto —¿Qué hacías con ese imbécil?

—Justamente lo que viste. Estaba bailando y divirtiéndome.

—Así que tu manera de divertirse es refregándole el trasero en los penes de los demás.

Todo su rostro se puso rojo de furia y abrió la boca para insultarme. —Ni siquiera te molestes en defenderte porque eso era exactamente lo que estabas haciendo —le dije enojado.

—Era solo un baile, Nicholas —dijo, intentando justificarse.

—Bien, entonces, iré y me tiraré a cualquier puta del lugar y te diré Era solo un polvo, Anna.

La comparación era exagerada, pero resultó efectiva. Sus ojos se

enrojecieron de cólera. —Pues hazlo si quieres —me gritó.

—Ese es el problema —le contesté con el mismo tono de voz al tiempo que golpeaba el techo del auto —. No quiero —Me tranquilicé—. No quiero tirarme a nadie que no seas tú.

Me acerqué hasta ella y la acorralé dejándola indefensa. Puse mis manos en su cintura y la jalé contra mí. —Nicholas... —me dijo con voz entrecortada cuando comencé a besar su cuello.

—No me pidas que me detenga —le rogué.

La sentí tomar una bocanada de aire y contener la respiración.

—Detente —me dijo, empujándome con sus manos sobre mi pecho.

Tomé tres respiraciones controladas y me alejé de ella. Permanecimos mirándonos en silencio durante lo que me pareció una eternidad. Finalmente, perdió la guerra de miradas y aflojó los hombros.

—Ésta bien —dijo —Vámonos.

Se sentó en el auto y cerró la puerta de un golpe. Solté una maldición en el aire y conduje lo más rápido que pude hasta mi departamento.

Capítulo 22

Anna

Sentada en el asiento del auto de Nicholas podía sentir como mi corazón latía tan fuerte que pensé que era capaz de saltar a través de mi garganta. El celular sonó dentro de mi cartera, pero lo ignoré. Estaba segura de que sería Brad.

Me mordí el labio inferior y contuve un bufido. ¿Por qué había aceptado salir con él? Recordé todos los sentimientos que estaba sintiendo los días pasados. Necesitaba sacarlos de mi sistema.

Miré a Nicholas de reojo. Su visión estaba concentrada en el camino frente a nosotros y una de sus manos iba fija en el volante, mientras que con la otra palmeaba su pierna al ritmo de *I feel it coming* de The Weeknd. Lucía realmente concentrado en la canción y me permití observarlo durante unos segundos.

Dios. Por más que me doliese admitirlo, lo había extrañado. Había salido con Brad en un jodido intento por convencerme de que lo que sentía por Nicholas era cosa del pasado, pero ahora que lo observaba sentado a mi lado, el calor que sentía dentro de mi pecho me decía que estaba equivocada.

Una punzada de dolor en mi estómago me hizo morder mi mejilla interna. Suspiré intentando encontrar en mi mente palabras que describieran la forma en la que me estaba sintiendo, pero no sabía cómo demonios definirlo con exactitud.

Odiaba haber llegado hasta este punto. Todo era mucho más fácil y más sencillo cuando mis sentimientos aún permanecían dormidos. Sabía que me resultaría difícil ocultarlos, pero tenía que hacer mi mayor esfuerzo. Tenía que controlarme y continuar como lo había hecho hasta este momento. Cuando todo el deseo sexual que él sentía por mí acabase, volvería a quedarme herida. Entonces, tendría que fingir que fuésemos amigos y soportar verlo con otras mujeres.

Nicholas giró su mirada en mi dirección y pude ver su expresión llena de irritación. Eso me hizo recordar que estaba molesto conmigo y que yo también debería estarlo con él por interrumpir de manera tan brusca mi salida. Le devolví una mirada llena de odio y volví a concentrar mi visión en la ventanilla.

Odiaba que me estuviese volviendo tan débil. Odiaba que estuviera

logrando hacerme desear algo más profundo de lo que teníamos.

Cuando detuvo el auto dentro de su estacionamiento, salí por la puerta sin siquiera mirarlo y subí por el ascensor hasta su piso. Luego, me paré al lado de la puerta de su departamento esperando que él llegara para abrirla mientras golpeaba mi pie sobre el piso alfombrado.

Los sentimientos dentro de mi pecho se estaban volviendo incontrolables. Estaba molesta. Molesta porque me sentía mal por haber salido con otro chico. Molesta porque Nicholas estaba enfadado conmigo. Molesta porque se estaba metiendo debajo de mi piel y me estaba volviendo jodidamente necesitada de sus caricias. Tanto como quería dejar de sentir estas cosas por él, más fuerte se volvían. Tanto como intentaba ignorarlo para olvidarme del efecto que sus besos generaban en mí, más lo necesitaba.

Lo vi salir del asesor y dirigirse hasta la puerta con pasos firmes. Sus labios estaban fruncidos y supe que se estaba conteniendo. Su espalda estaba tensa, pero no dejaba de lucir condenadamente caliente y casi no pude contener el impulso de arrojarme sobre él para besarlo como si el mundo se fuese a acabar mañana. Odiaba que tuviese ese poder sobre mí. Sacudí mi cabeza con fuerza y cerré los ojos por un instante.

Cuando finalmente el sonido de la cerradura hizo clic, me adelanté e ingresé a su departamento buscando poner distancia entre nosotros.

Capítulo 23

Nicholas

—¿Qué fue eso, Anna? ¿Eh? ¿Por qué estabas haciendo con él? —Le dije cruzando la puerta y cerrándola de un golpe. Anna estaba de espaldas en el medio de la sala y se dio vuelta para enfrentarme con su mirada llena de rabia contenida, pero no me asusto.

Dios, estaba tan enojado con ella. ¿Por qué haría eso? Ignorarme de la forma en que lo había hecho estos últimos días ya era suficiente golpe bajo a mi orgullo.

Me acerqué hasta ella y agarré su mandíbula para que me mirase. Su pecho estaba agitado y podía notar como su respiración entraba y salía por sus fosas nasales. Pude notar la rabia detrás de sus ojos y me pregunté qué le daba el derecho de estar enojada, cuando ella fue quien había metido la pata esta vez.

Bajé mi frente hasta la suya y cerré los ojos. —¿Por qué? —le dije, sin aliento. El silencio nos rodeó y noté como su cuerpo se tensaba frente al mío —. ¿Por qué saliste con él? —Insistí —. ¿Por qué te empeñas en arruinar lo nuestro una y otra vez?

Suspiró y volteó la cabeza para alejarse de mí. Me permití observarla durante un momento y noté que había más dolor en sus rasgos que ira. Tomó una bocanada de aire.

—No existe lo nuestro —dijo, con dolor.

—No existe porque tú no quieres —acusé.

—No quiero porque sé como va a terminar todo Nicholas—me devolvió.

—¿Y cómo piensas que va a terminar? —inquirí, cruzándome de brazos.

Soltó un suspiro, intentando relajar su cuerpo. —Como terminan todas las relaciones en mi familia, Nicholas. Mal. Está en nuestra sangre. Los Jameson no nacimos para tener relaciones largas y leales. Es como una maldición en nuestra familia —se explicó.

—Anna, de verdad no puedes creer eso —dije, muy despacio.

—¿Estás al tanto de lo que Ethan le hizo a Isabelle? —Su voz era tranquila, pero su labio inferior tembló durante una milésima de segundo —. ¿Ves? —Dijo, al comprender que lo sabía —Los Jameson no podemos pretender tener una relación como el resto del mundo, porque tarde o

temprano algo va a pasar y alguien sale lastimado.

Un agudo dolor atravesó mi pecho ante sus vulnerables palabras. Maldición. Debía ser duro para ella. Ethan era su única figura masculina para admirar y la había defraudado.

—¿Tienes miedo de ser tú la lastimada en esta relación? —le pregunté. Miró por encima de mi hombro y evitó mirarme a los ojos. Me volví a acercarme a ella con pasos firmes y tomé su mandíbula para hacer que me mire—. ¿Es por eso que saliste con él?

Sus ojos se estrecharon y presionó sus labios, negándose a admitir que estaba asustada.

—Solo dímelo—le rogué. Necesitaba que lo admitiese en voz alta. Necesitaba escucharla decir que salió con ese idiota solo porque estaba herida y asustada. Necesitaba que me diese una oportunidad para creer que había un corazón asustado dentro de su pecho y que a veces ese mismo corazón latía por mí.

No habló. No dijo una palabra. Se quedó quieta con los ojos cerrados mientras fruncía sus labios. No me dejó otra alternativa que hablar por ella. —Nunca permitiste que nadie se acercase a ti lo suficiente como para poder hacerte daño, pero te lastimaría si me enamoro de otra y por eso me alejaste e intestaste lastimarme primero. —Incliné mi cabeza y acerqué mis labios hasta su odio.—. Lo hiciste, Anna —le susurré—. Verte cruzar las puertas con ese idiota, dolió como la mierda. Alejarme de ti toda la semana, se sintió como el maldito infierno, pero no lo voy a permitir, Anna. No voy a dejar que me vuelvas a alejar. No estoy interesado en alguien más y lo último que tengo en mi mente es lastimarte. Así que este macabro juego que inventaste se termina acá —Lentamente, me alejé unos centímetros para poder mirarla a los ojos —. ¿Quedó claro?

Tampoco me respondió. Negué con la cabeza. Típico de Anna, pero sabía que su negativa a hablar era su manera de decirme que yo tenía razón. Que, al fin, había logrado descifrarla. Su respiración se volvió más pesada de lo que era algunos segundos atrás y estaba seguro de que ocurría lo mismo con la mía porque sentía como si mis pulmones hubiesen dejado de funcionar. Me estaba costando respirar porque la necesidad de besarla me había perforado todos los conductos respiratorios.

Necesitaba volver a sentirla, así que la tomé por la cintura para acercarla aún más a mí, pero se apartó para luego atravesar la sala y cruzar la puerta que llevaba al balcón de mi departamento. La observé apoyarse contra la baranda y lancé una maldición al techo.

Dios. Anna era tan orgullosa y tan frustrante a la vez que me volvía jodidamente loco. No era, para nada, lo que habría deseado en una chica. Sin embargo, era todo lo que necesitaba.

La vi soltar una pesada respiración, así que, inmediatamente, obligué a mis pies a moverse y caminé hasta donde ella se encontraba. Mi corazón se apretó un poco cuando noté que su cuerpo se tensaba al sentirme pisar el suelo de madera. Sin embargo, no se volteó. Lo que pretendía hacer desde que atravesó la puerta de vidrio era un misterio. Quería alejarse de mí, pero no se fue. Quería negar lo que le había dicho, pero no lo hizo.

No estaba seguro de cómo actuar. Con ella nunca lo sabía realmente, así que opté por hacer lo que siempre hacía. Me acerqué y la tomé por la espada para abrazarla en silencio. Apoyé mi cabeza en su hombro y ambos permanecemos contemplando las luces de la ciudad durante varios minutos.

La sentí relajarse, así que entrelacé nuestras manos por encima de la baranda de hierro y suspiré contra su cuello. Dejé un suave beso en su piel y me volví a acomodar para mirar hacia adelante.

—¿Esto te asusta, Anna? —le pregunté y la noté estremecerse. Presioné mis manos con más fuerza para estrecharla más cerca de mi cuerpo. Necesitaba conservar la calma y demostrarle que no tenía nada que temer. De alguna manera, en el curso de sus veintidós años, nunca se había permitido enamorarse. Eso no era su culpa. Más allá de tenerlo todo, su vida nunca había sido fácil.

—¿Alguna vez pensaste en enamorarte? —Le dije mirando el vacío. Era una pregunta genérica, ya que no le estaba preguntando si había pensado en enamorarse de mí específicamente. Le preguntaba si había considerado la posibilidad de enamorarse de alguien, cualquiera, alguna vez. La escuché soltar un suspiro y noté que cerraba los ojos por un instante.

—Creo que se necesita creer en el amor para pensar en algo así —dijo en voz baja.

Procesé sus palabras por un momento y, finalmente, hice una mueca. Era una respuesta muy triste. —No puedes pensar así de verdad, Anna.

El silencio permaneció alrededor de nosotros. —El amor existe. Puedes verlo a nuestro alrededor todo el tiempo. Hay muchas parejas que se aman de verdad y son muy felices —le dije.

—Pues eso no funciona en mi familia. Ese tipo de amor no existe para nosotros —me dijo soltando un suspiro cansado—. No espero que lo entiendas, pero no necesito agregar más desilusiones a mi vida. Ya he tenido suficiente. No tengo esperanzas sobre el amor para mí. Mi padre

hizo un buen trabajo con eso y la única vez que creí estar enamorada, no terminó bien para mí. Ya tuve el corazón roto una vez y, créeme, duele como la mierda. Así que discúlpame si no creo en el maldito amor del que todos hablan.

Cerré los ojos con fuerza y dejé que sus palabras me envolviesen. Anna siempre había estado sola. Aprendió a protegerse de la única forma que creyó posible. Nadie, nunca, le había dicho lo especial que era.

—Anna... —Comencé a decirle, pero me interrumpió.

—No te molestes, Nicholas. Lo acepto, el amor funciona con otras personas, pero no conmigo. Ya lo asumí y funciona para mí.

Cerré la boca y no dije nada más. No le ofrecería palabras de consejo porque sabía que no las aceptaría. Me sentía horrible por haberla presionado, pero no estaba seguro si tendría otra posibilidad de conocer sus miedos. Si no lo hacía, nunca podría llegar a ella. Anna no se abría tan fácilmente, y ahora podía entender por qué. No había tenido a alguien con quien sentirse segura después de que rompieran su corazón. Anna no se protegía para que nadie la lastimase, sino que lo hacía para que nadie volviese a hacerlo.

—¿Sabes algo, Anna? Lo bueno de un corazón roto es que solo se puede romper una vez —le dije.

Inmediatamente soltó una carcajada. Su rostro de perfil mostraba una mezcla de tristeza y miedo, pero su sonrisa era genuina. Por primera vez, se estaba mostrando transparente frente a mí. Era como si estuviese ofreciéndome las vendas de su corazón, rogándome que no las desatase.

Giré su cuerpo y tomé su rostro entre mis manos para besarla. No la besé duro. No la besé desesperado. Rocé mis labios contra los suyos con suavidad y la besé con delicadeza. Quería que sintiese lo especial que era para mí. Quería que sintiese que el amor merecía una oportunidad, que quería cuidarla y que había una persona en este mundo que besaría el suelo por el que ella caminaba. Quería que supiese como me sentía, porque estaba sintiendo tantas cosas. Quizás, demasiadas.

Capítulo 24

Anna

Nicholas se apartó lentamente de mí y deslizó su mano a lo largo de mi mejilla. Algo dentro de mí se quebró.

—Estoy lidiando con muchas cosas en mi cabeza —Cerré los ojos y respiré pesadamente—. Descubrir que mi hermano engañaba a su novia con mi mejor amiga me afectó más de lo que me gustaría admitir.... Me hizo recordar cosas... cosas que preferiría olvidar para siempre —Tomé aire antes de continuar—. Me asusté, así que hice lo mejor que sé hacer: huir y alejarme, enterrar los sentimientos para que no me vuelvan a lastimar.

Levanté la mirada y encontré sus profundos ojos azules. Me envolví en ellos. —No sé qué pasa entre nosotros... pero a veces siento que pasa demasiado y eso me aterra. Una vez prometí no volver a enamorarme y no me gusta no poder cumplir con las promesas —Me sinceré.

Una pequeña sonrisa tiró de sus labios. Me recostó contra su pecho y me mantuvo allí durante varios segundos. Permanecí tiesa al principio, pero la mano de Nicholas se deslizó por mi espalda y comenzó a acariciarme lentamente. Finalmente, me relajé y envolví mis brazos alrededor de su cintura.

—Anna —dijo sobre mi cabeza—. Todo esto también es nuevo para mí. No sé de qué están hechas las relaciones y cómo se debe hacer para que funcione, pero estoy dispuesto a internarlo. No pretendo que me prometas amor eterno, pero dame una oportunidad. Déjame demostrarte que puedo hacerte feliz.

Me perdí en su mirada, en el azul sincero de sus ojos. Mentalmente, me preparé para el momento de pánico que venía después de asimilar sus palabras, pero, sin embargo, no llegó. Asentí, porque fue lo único que pude hacer y luego me aferré al cuello de su camisa para capturar sus labios. Nicholas permaneció inmóvil un segundo, pero luego reaccionó y envolvió sus brazos a mí alrededor de manera posesiva.

El beso, que al principio fue cauteloso, de pronto se volvió demandante y posesivo. Era como si un hombre salvaje hubiera tomado control de Nicholas.

Pasó sus manos por mi cintura, bajando por mis caderas y descendiendo hasta mi trasero para volver a subir por el mismo camino. Sin perder el tiempo, agarró mi camisa entre sus manos y la arrancó de mi cuerpo. Escuché los botones desparramarse por el suelo y estuve a punto de protestar porque era la segunda camisa que rompía, pero sus dientes

capturaron mis labios y me lo impidieron. Sus manos se dirigieron al cierre trasero de mi pollera y lo bajó con facilidad. Pequeños gruñidos de desesperación se escapaban de su garganta haciendo que todo mi cuerpo reaccionara desesperado a sus caricias. Sentí la humedad y el calor palpitando entre mis piernas y me aferré con más fuerza a su cuerpo.

Nicholas me empujó a través del balcón hacia el interior de la sala y me llevó hasta su dormitorio sin dejar de besarme ni tocarme en ningún momento. Me depositó sobre la cama y tiró de mis zapatos, de mi pollera y de mi ropa interior a la vez. Luego, tomó mis rodillas con sus manos y separó mis piernas. No tuve tiempo a reaccionar antes de que su boca estuviera sobre mi intimidad y su lengua lamiendo mis pliegues e introduciéndose dentro de mí. Mi respiración se volvió irregular y tuve que aferrarme con fuerza a las sábanas de su cama mientras el calor de su saliva se mezclaba con mi humedad.

Cuando comenzó a besar mis muslos, apoyé mis codos sobre el colchón y lo observé consumida por el deseo. Alejó su cabeza del interior de mis piernas y, en su lugar, extendió su mano para pasar sus dedos a lo largo de mi femineidad y luego deslizar dos de ellos en mi interior. Levantó su mirada y la fijó con la mía.

Creí que estaba a punto de explotar, pero la necesidad de sentirlo dentro pudo más. Me senté en la cama y empujé su mano fuera de mí.

—Por favor, Nicholas. Te quiero dentro —le dije gimiendo.

Sus ojos se agrandaron y se puso de pie para desvestirse. Tomó el dobladillo de su remera y tiró de ella por encima de su cabeza. Gateé por encima de la cama y extendí mis manos hasta tocar su piel. Recorrí sus abdominales con mis dedos y bajé hasta el botón de su pantalón. Lo desprendí y él me ayudó a quitárselos a lo largo de sus piernas junto con sus zapatos. Su erección quedó expuesta orgullosa frente a mi rostro y, sin dudarlo, la tomé entre mis manos y acaricié toda su longitud.

Mordió su labio inferior y contuvo la respiración. Me tomó del mentón y se inclinó para besarme suave y lento. —¿Me dejarás hacer algo? —me dijo con su mirada prendida fuego.

Asentí. En ese momento, lo hubiese dejado hacer cualquier cosa.

Tomó mis caderas y me hizo voltear sobre la cama, quedando arrodillada de espaldas a él. Puso una mano sobre mi espalda y me empujó despacio apoyando mi pecho sobre el colchón. Luego, separó con cuidado mis piernas. Sus manos recorrieron todo mi trasero, que había quedado completamente descubierto en el aire y luego se inclinó para acariciarme

con su lengua.

Tuve que contener la respiración mientras su lengua recorría los lugares más prohibidos de mi cuerpo. El miedo y los recuerdos de mi pasado me invadieron, pero los aparté de inmediato. Nicholas no era como Daniel, me recordé.

—Eres perfecta en todas partes —me dijo con voz ronca.

Sus manos presionaron con fuerza mis caderas y, antes de que pudiera procesar sus movimientos, se hundió en mí con una firme, pero suave embestida. Se sentía más profundo de esta manera y no pude contener un grito cuando toda su longitud estuvo dentro de mí.

—Nicholas —Grité, al sentirlo alejarse para volver a introducirse con fuerza.

—Mierda, esto se siente demasiado bien —gimió.

Apretó la piel de mi cuerpo entre sus dedos y comenzó a moverse más rápidamente. Agarré las sábanas entre mis manos y las envolví con fuerza mientras sentía como mi cuerpo comenzaba a elevarse hasta el punto más culminante. Una de sus manos se deslizó hacia abajo y alcanzó mi clítoris palpitante. Luego, comenzó a acariciarlo con su pulgar.

—Estás tan mojada. No creo poder aguantar más —dijo y aumentó el ritmo y la fuerza de sus embestidas.

Mis piernas comenzaron a temblar y me dejé llevar por los espasmos de placer que explotaban dentro de todo mi cuerpo mientras sentía la liberación de Nicholas en mi interior. Era caliente y magnífica y se mezclaba con mi propio orgasmo.

No era inocente en cuanto a posiciones sexuales. De hecho, muchas cosas que hacía con Nicholas ya las había experimentado varias veces en mi pasado, pero él tenía una forma de hacerme sentir, de acariciarme, de besarme, de penetrarme, que nadie podía imitar ni igualar.

Nicholas me hacía el amor de una forma como nadie me lo había hecho antes. Tal vez, esa era la razón. Nicholas me hacía el amor.

Dos minutos después, aún estábamos entrelazados sobre las sábanas arrugadas de su cama. Tenerlo respirando pesadamente en mi oído mientras apoyaba su cuerpo sobre mi espalda era una sensación maravillosa. Quería mantenerlo así por mucho más tiempo.

Cuando movió sus manos y se levantó, protesté y él soltó una risita.

—Ya vuelvo —dijo y me depositó un beso en la nuca.

Me giré para observar su perfecto trasero caminar a través de la habitación y perderse tras la puerta del baño. Escuché la corriente de agua abrirse y solté una sonrisa.

Me senté en la cama y vacilé durante varios segundos debatiendo si debía o no seguir mis impulsos.

—Al diablo —dije y me paré de la cama.

Entré al baño y me metí en la ducha con él. Me miró con sorpresa cuando mis brazos se envolvieron alrededor de su cintura para apoyar mi cabeza en su pecho mojado.

—Pensé que no eras del tipo que abrazaba después del sexo —me dijo con voz entrecortada.

—Shh, no me hagas cambiar de parecer —le susurré aún contra su cuerpo.

Nicholas soltó una pequeña risa y me apretó más a él.

—Ven aquí, chica dura —me dijo y giró mi cuerpo de manera que ahora era yo quien estaba debajo del chorro de agua.

Tomó el jabón con sus manos y comenzó a lavar mi cuerpo despacio. Cerré los ojos y disfruté de sus caricias.

Después de que Daniel hubo pisoteado mi inocencia, dejé de mezclar el sexo con las emociones. Para mí, era solo una forma de obtener placer. Nunca permití que significase nada más para mí. Solo era una maldita manera de sentirme bien. Era mi venganza personal contra el mundo, pero con Nicholas había encontrado algo que nunca creí volver a sentir. Cuando estábamos juntos, el placer no era vacío y sin significado, sino que se llenaba de promesas implícitas... promesas que deseaba fuesen reales.

Capítulo 25

Nicholas

Desde esa noche en mi balcón, las cosas cambiaron entre nosotros. No era como si fuésemos una pareja consolidada o viéramos unicornios en el aire. De hecho, todavía no habíamos hablado de sentimientos entre nosotros o, al menos, ninguno lo había admitido en voz alta.

No, aún no teníamos ese tipo de relación.

Sin embargo, sí habíamos comenzado a compartir más tiempos juntos... a hacer cosas como si fuésemos una pareja como el resto. A esta altura, mucho ya habrían llevado la relación a un escalón más elevado y, al menos, la habrían formalizado frente a sus personas más íntimas, pero con Anna las cosas no funcionaban así. Con ella, todo tenía que ir despacio, demasiado despacio para mi gusto.

Ya había pasado muchas noches desvelado pensando en que ya no era una criatura como para andar ocultándome. Hasta Anna, si estaba con una chica, estaba y punto. Sin rodeos, sin vueltas. Las cosas eran blancas o negras. Sin embargo, con ella, todo parecía tener una infinita gama de grises en el medio.

Finalmente, había decidido que, si quería dejar de jugar a las escondidas, tenía que tomar la situación bajo control por mis propios medios y comenzar a dar pasos firmes hacia lo que creía, podría ser nuestro futuro juntos, y eso implicaba comenzar a involucrarla de manera más profunda en mi vida. Como ella, yo también tenía algunos secretos ocultos y si quería que ella comenzase a abrirse ante mí, yo también tendría que hacerlo.

Y hoy daría el primer paso.

— Así que, ¿a dónde vamos primero? —preguntó mientras se sentaba en el asiento del acompañante. — ¿Podemos pasar por Walgreens? Necesito comprar algunas cosas antes de volver a casa.

Asentí. — Sí, pero primero tenemos que pasar por la casa de mi hermana.

Casi de inmediato, se volteó y me observó con los ojos entornados por la sorpresa. — ¿Qué acabas de decir? ¿Tu hermana?

— Media hermana, en realidad. Producto de una aventura de papá con una de sus secretarías —digo, con la mandíbula apretada.

Levantó una ceja. —¡Guau! —dijo, sin ocultar el desconcierto en su voz. Asentí mientras encendía el motor del auto y comenzaba a salir del estacionamiento. Después de algunos segundos, volvió a hablar. —Perdón que haya reaccionado así, es que me tomaste por sorpresa. Es decir, conozco a tus padres y ellos siempre se ven tan... unidos el uno con el otro o algo así.

—Sí, es lo que siempre aparentaron para el resto del mundo —mascullé —, pero la verdad es que, durante mucho tiempo, mi padre mantuvo una relación paralela con su secretaria.

—No puedo creer que el señor Wayne fuese capaz de hacer algo así. Siempre lo vi tan correcto —admitió y supe que no había pretendido decirlo en voz alta, ya que se cayó de inmediato.

Solté el aire de mis pulmones mientras doblaba en la esquina. —En realidad, creo que estaba enamorado de ella —me sinceré.

Los ojos de Anna se abrieron como platos. —¿De su secretaria?

Asentí. —Sí, realmente lo creo. Él no lo sabe, pero una tarde después de escucharlo discutir fuertemente con mamá salió de casa y lo seguí. Fue a encontrarse con ella... la reconocí de inmediato ya que siempre estaba en la oficina de mi padre cuando iba a la empresa. Lo que vi, quedó grabado en mi memoria. Estaba frente a la entrada de un edificio modesto, cerca de la periferia de la ciudad. Al principio parecían discutir, pero... —Tuve que dejar de hablar por un momento. Ese recuerdo en particular siempre me generaba una especie de nudo en la garganta —Mi padre siempre pareció un hombre fuerte, controlado, pero esa tarde lo vi quebrarse... lo vi rogar. Finalmente, cuando ella se dio media vuelta para entrar al edificio, lo vi romperse.

—Realmente no puedo imaginarme a tu padre en ese estado —murmuró y por unos momentos, el silencio nos rodeó. Anna parecía procesar algo en su cabeza, solo que no se animaba a decirlo en voz alta. Finalmente, tomó aire y habló —¿Y qué pasó con ella después?

Me encogí de hombros. —Realmente no lo sé. Dejó la oficina y nunca más supe de ella hasta años más tarde, cuando descubrí la existencia de Nathalie.

—¿Y qué hiciste entonces?

Solté un suspiro y me reí al recordarlo. —Primero, me enojé mucho. Discutí con papá... después tomé y finalmente, lloré como una niña.

Me miró con los ojos grandes. —¿Lloraste?

Lejos de avergonzarme, tuve que reírme ante su expresión. —Para tu información, soy un chico muy sentimental. Y acababa de enterarme que tenía una hermana... siempre había querido tener una hermana y mi padre me la había ocultado. Estaba en todo mi derecho de llorar —me justifiqué.

Anna negó con la cabeza, pero no me dijo nada. Ella de verdad tenía un tema con respecto a demostrar sus sentimientos. Continuamos el viaje en silencio por dos cuadras más, hasta que volvió a ubicarse de costado para mirarme. —Hay algo que no entiendo.... —dijo, despacio.

Asentí para animarla a continuar —Si tu padre estaba enamorado como ti dices, ¿por qué la dejó?

Sonreí. —Bueno, porque resulta que mi padre podía estar enamorado de ella, pero al fin de cuentas, estaba más enamorado de su fortuna y status social.

Me miró frunciendo el ceño. Su expresión demostraba lo confundida que estaba por mis palabras. —Tú no sabes como mi padre hizo su fortuna, ¿o sí? —Negó con la cabeza y se acomodó mejor en el asiento, dispuesta a escuchar atenta la historia. —Cuando mi padre conoció a mi madre, no tenía nada más que un viejo departamento y un título en economía, pero era muy bueno con las palabras y muy buen mozo, como yo —añadí, mirándola de costado y guiñándole un ojo.

Hizo una expresión y se mordió el labio inferior. —¿E igual de vanidoso? —preguntó, riendo.

Sonreí también antes de continuar con mi relato. —En resumen, ingresó a trabajar en la empresa como un simple asistente, pero al poco tiempo conoció a la hija del dueño, ósea mi madre y conquistó su corazón. Al poco tiempo estaban comprometidos y con fecha de casamiento.

—Guau, es una linda historia, aunque un poco cliché, ¿no te parece? —comentó.

Asentí sonriendo. — Espera que se pone mejor —dije, alimentando su curiosidad y la vi prepararse para el resto del relato. —Papá conquistó el corazón de mamá, pero no así el de mi abuelo, quién le hizo firmar un acuerdo antes de la boda. Mi padre podría administrar la fortuna familiar siempre y cuando mi madre fuese feliz... en caso de que ella decidiera separarse, dejarlo o simplemente se sintiera miserable, podría dejarlo en la calle cuando ella quisiera.

—¿No te parece un poco exagerado? Por no decir que lo del acuerdo hasta suena ridículo... y un poco de la época de las cavernas.

—Puede ser, pero creo que mi abuelo solo se estaba asegurando la felicidad de su hija. Supongo que tenía sus dudas con respecto a los sentimientos de mi padre y no se iba a ir de este mundo sin asegurarse que su única hija mujer fuese feliz.

—Visto desde ese punto de vista, tienes razón —admitió.

—Obviamente, mi padre firmó el convenio. Así que cuando mamá descubrió su aventura, le dio un ultimátum.

—O la dejaba a ella, o se quedaba sin nada —Terminó por mí.

Asentí, mientras la observaba de reojo. Su expresión parecía decirme que estaba analizando la historia muy detenidamente.

—¿Ves? —me dijo, cruzándose de brazos —Después de esto, deberías admitir que tengo razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre el amor... no tiene finales felices. Antes creía que era una maldición de mi familia, pero la tuya tampoco está mejor.

Suspiré y por un momento me arrepentí de haberle contado la historia de mis padres. Quería que supiera un poco más sobre mi vida, sin embargo, terminé reforzando su estúpida teoría. Me mordí el labio inferior y me aferré al volante. Me sentía frustrado.

A mi lado, Anna hizo ademán de volver a ubicarse derecha en el asiento, pero enseguida volvió a su antigua posición, apoyando el codo sobre el respaldo del asiento.

—¿Y cómo supiste de ella? —preguntó, luciendo realmente interesada.

Intenté relajarme. Ya había metido la pata y ahora no me podía echar para atrás. Suspiré. —Hace algunos años, su madre enfermó y ella apareció en la empresa en busca de mi padre por ayuda. No hizo falta mucha explicación, cuando los vi juntos el parecido era indiscutible. Mi padre intentó negarlo, pero no había mucho para ocultar, dos más dos siempre dan cuatro.

—Debió ser muy duro —murmuró.

Tomé aire. —Días después me contacté con ella. Necesitaba hablar con ella, saber de ella... —hice una pausa—. Nos encontramos en un bar y me

contó su historia, entre otras cosas me contó que mi padre le pasaba dinero a escondidas y que le había pedido que se mantuviese alejada de nosotros.

—No puedo creer que tu padre fuese capaz de tal cosa....

Asentí —En fin, tenía so opciones en ese momento. O hacer como mi padre e ignorar su existencia.... O involucrarme. Decidí optar por el segundo y la verdad no me arrepiento. Mantenemos un lazo muy unido entre nosotros.... La visito cada vez que vengo a Houston y hablamos por teléfono con frecuencia.

—¿Tu madre sabe?

Me encogí de hombros. —Sinceramente no lo sé... sospecho que sí, pero nunca me animé a preguntar. Con mi padre nunca más volvimos a tocar el tema, sé que sabe que mantengo contacto con ella, pero prefiere hacerse el desentendido... así que yo simplemente le sigo el juego y no hablamos del asunto.

Asintió despacio. — ¿Y por qué decidiste llevarme a conocerla?
—consultó.

Podría decirle que quería que se involucrara en mi vida, que necesitaba que ella supiera de la existencia de mi hermana porque solo se lo contaba a las personas más cercanas y en quienes más confiaba, y que ella es una de ellas. Podría decirle que le había abierto mi corazón porque la quería como nunca había querido a nadie y quería que ella supiese todo sobre mí. Podría decirle muchas cosas, pero todas esas palabras solo se quedaron atoradas en mi garganta.

—Solo necesito dejarle unos papeles —dije, simple y llano.

Esa respuesta pareció complacerla y finalmente relajó la espalda contra el asiento. Dejó sus manos sobre sus piernas y comenzó a tararear la canción que había comenzado a sonar en la radio.

Conduje en silencio los próximos kilómetros, hasta que finalmente

estacioné frente a la casa de ladrillos. Tomé una carpeta llena de palees del asiento trasero y la observé unos segundos.

—¿Quieres bajar? Solo serán unos segundos —consulté. A esta altura, el optimismo que tenía antes de salir del estacionamiento de mi departamento ya se había esfumado y no estaba seguro de hasta que punto había sido una buena idea.

Asintió y ambos salíamos del auto para comenzar a caminar por la vereda a través del patio. Luego, subimos las escaleras de la entrada toqué el timbre.

Inmediatamente, se escucharon unos pequeños pasos corriendo y la voz de mi hermana gritando desde el fondo. La puerta se abrió y mi pequeña sobrina, Maggie, asomó detrás de ella dando saltos de alegría.

—¡Tío Nicholaaa!

Abrí la puerta de malla y dejé la carpeta sobre la pequeña mesa que estaba a un costado del recibidor para, rápidamente, alzarla en mis brazos y hacerla girar en el aire. Maggie estaba usando un vestido de una de las princesas de Disney y sus cabellos estaban acomodados en dos pequeñas coletas altas.

—Hola, princesita linda. ¿Cómo has estado? —le pregunté enamorado de su sonrisa inocente.

—¿Te gusta mi vestido? —me preguntó con su vocecita traviesa y su falta de pronunciación correcta.

—Me encanta —dije, sonriendo ampliamente.

— ¿Quedes que te preste? —sugirió dulcemente.

Sonreí y Anna hizo lo mismo a mi lado. —No creo que me entre —contesté haciéndole cosquillas y el sonido de su risa bañó la habitación. —¿Dónde está tu mamá? —le pregunté, finalmente.

Señaló a través de la sala en dirección a las escaleras. —Cambiando a Fred —me dijo antes de colocar su mano en mi mejilla para obligarme a mirarla.

—¿Quedes mirar Frozen conmigo, tío?

Le hice un gesto a Anna para que ingresara a la casa y me corrí a un costado para permitirle el paso.

—Ahora no puedo cariño —le respondí e, inmediatamente, sus labios comenzaron a temblar y sus ojos me miraron desilusionados. La dejé sobre la alfombra y me arrodillé frente a ella para tomar su pequeño rostro entre mis manos —Pero prometo pasar a buscarte para ir a tomar un helado el domingo.

Maggie asintió y me regaló una de sus más angelicales sonrisas para

luego comenzar a saltar y bailar alrededor del lugar.

—¡Maggie! —gritó mi hermana desde el segundo piso—. ¿Ese es Nicholas?

Caminé dos pasos hacia adelante y levanté mi mirada. Nathalie estaba bajando las escaleras con Fred apoyado en su cadera mientras me sonreía con verdadera felicidad reflejada en su rostro.

—Sí, soy yo —le respondí.

Mi hermana llegó hasta la base de las escaleras y me abrazó a modo de saludo.

—¡Qué bueno es verte! —me dijo presionando su abrazo con más fuerza —Maggie ya había comenzado a extrañarte.

—Y yo a ella —le dije sincero mientras bajaba mi mirada hasta mi pequeña sobrina que estaba jugando con sus muñecas en el suelo de la sala. Volví la mirada hacia mi hermana —Traje los papales —le dije, señalando el sobre sobre la mesa de madera.

—Al fin —me dijo viéndose realmente aliviada —¿Quién fue el iluso que compró la casa?

—Lo estás viendo —le respondí.

—Debes estar de broma —me dijo mirándome con los ojos entornados, pero cuando notó que no me retractaba, soltó un suspiro y le alcanzó el bebé a Anna.

— Aquí, sostenlo un segundo —le pidió dirigiéndose hacia donde estaban los papeles de compra venta de la casa de su madre.

Anna, instintivamente, extendió sus manos y permaneció quieta como una estatua. Sus brazos estaban tan alejados de su cuerpo como era posible y sostenía a Fred por debajo de la altura de sus axilas mirándolo con expresión de espanto.

—¿Qué hago ahora? —me susurró mirándome con ojos llenos de terror.

—¿Nunca sostuviste a un niño antes? —pregunté con incredulidad.

Negó con la cabeza. En sus manos, Fred se sacudió incómodo y Anna me miró suplicante.

—Así —le contesté acercándome a ella para colocar a mi sobrino alrededor de su cadera y envolví sus brazos detrás de él, asegurándolo contra su

cintura.

—No me va a hacer pis, ¿no cierto? —me miró nerviosa.

Solté una carcajada y dejé un sentido beso en su frente antes de encaminarme hasta donde mi hermana se encontraba ojeado los papeles. Finalizó la última página y me miró negando con la cabeza.

—¿Estás quedando loco o acaso has perdido tu criterio por el buen gusto?
—me dijo.

—La casa no está tan mal —le respondí encogiéndome de hombros.

—Dios, Nicholas, hay miles de casas mucho mejores en la ciudad y tú lo sabes mejor que yo.

Solté un suspiro. Ella tenía razón, pero nadie la quería comprar y yo sabía que Nathalie necesitaba el dinero. Su marido se había quedado sin trabajo y ambos se encontraban luchando por salir adelante. Lo único que tenían era una vieja casa que mi hermana había heredado de su madre, así que había acudido a mí para que la ayudase a venderla.

Mi padre nunca había sido generoso con ella, mucho menos se había preocupado por su bienestar y sentía que era mi deber ayudarla.

—La casa tiene un gran potencial —le aseguré y, en parte tenía razón. La casa era hermosa y con las remodelaciones y los arreglos necesarios se convertiría en una hermosa mansión para cualquiera que quisiese formar una familia numerosa ya que contaba con varias habitaciones.

—Si tú lo dices —dijo, tomando una lapicera para firmar el papel, pero antes de apoyarla sobre la página, levantó la vista y me miró—. Por favor, dime que no compraste la casa por lástima. Porque si lo hiciste...

No la dejé continuar. Tomé su mano y la obligué a apoyar la lapicera sobre el papel.

—Compré la casa porque tengo pensado remodelarla —le dije y ella pareció tranquilizarse.

Firmó sobre la línea de puntos y me extendió las hojas junto con el sobre.

—¿Quién es la chica? —me consultó en voz baja mientras señalaba a Anna.

—Sólo la hermana de Ethan —le respondí encogiéndome de hombros.

Natahlie asintió en respuesta, pero su mirada no parecía convencida.

—Voy por la carpeta de la casa y ya regreso —me dijo y subió las escaleras negando con la cabeza.

Giré y me encaminé hasta la sala. Cuando llegué, me detuve y me permití contemplarla en silencio durante varios segundos. Fred estaba sentado sobre la isla que separaba el comedor de la cocina mientras que Anna estaba parada frente a él y sostenía sus pequeñas manitos entre las suyas.

—Este dedito fue al bosque —le decía, tomando su pulgar entre sus dedos —Éste, encontró un huevito. Éste, lo cocinó. Éste, lo peló y éste chiquitito —tomó su dedo meñique—, se lo comió—le dijo acercándose hasta la barriga de mi sobrino para hacerle cosquillas con su boca.

La risa de Fred invadió el ambiente haciendo que mi estómago de encogiese. Apoyé la cabeza contra el marco de la puerta y la observé jugar con él. Podía sentir como mi corazón había comenzado a bombear con más presión dentro de mi pecho.

—¿Miras como bobo a las hermanas de todos tus amigos? —susurró Nathalie en mi oído.

Me giré y la encontré de pie detrás de mí. Sacudí la cabeza y regresé mi mirada hacia Anna.

—No. No lo hago —le contesté soltando un suspiro. Ella apoyó una mano en mi hombro y se encaminó en dirección a Anna sonriendo maliciosa.

¿Por qué le había dicho eso? Había comenzado a abrir la boca para decirle a Anna que era hora de irse cuando la puerta trasera de la cocina se abrió y Thomas, el marido de mi hermana, entró a través de ella.

—Nicholas —me dijo sonriendo mientras extendía su mano para saludarme —¡Que gusto verte por acá!

Extendí la mano en respuesta, pero tuve que retirarla rápidamente porque Maggie había llegado corriendo desde mi espalda y se arrojó a los brazos de su padre. La alzó en sus brazos y la abrazó para besar su frente. Luego, caminó hasta su mujer y la saludó con un pequeño beso en sus labios.

—Ella es Anna —dijo mi hermana, presentándolos —Es amiga de Nicholas.

El tono que utilizó no pasó desapercibido para ninguno de los que estábamos presentes en el lugar y le arrojé una mirada asesina. Ella

simplemente me sonrió y me guiñó un ojo.

Thomas se acercó hasta Anna y la saludó con un beso en la mejilla luego de presentarse él mismo. Después, volvió su atención a Fred.

—Hola, campeón —le dijo, besando a su hijo en la cabeza.

—Nicholas vendió la casa —dijo mi hermana sacando unas cervezas de la heladera —¿Puedes creerlo, amor?

—Entonces, tenemos doble motivo para festejar —le respondió sonriendo mientras dejaba a Maggie en el piso nuevamente.

Nathalie lo miró con el ceño fruncido y la sonrisa de mi cuñado se hizo más amplia.

—Conseguí trabajo, cariño. La empresa de construcción reabrió y están llamando a los antiguos empleados de nuevo —dijo finalmente y los ojos de mi hermana se nublaron con lágrimas de felicidad. Llevó sus manos a su boca y trató de contener un grito de felicidad. Thomas se acercó a ella en dos pasos y la levantó en sus brazos para hacerla girar mientras la besaba en los labios.

Me acerqué a Anna y apoyé mi mano sobre su hombro. Ella levantó la cabeza y me miró sonriendo.

—Eso es maravillo —respondió mi hermana mientras alzaba a Maggie en sus brazos, que ahora tiraba de su ropa porque se había puesto celosa al ver la demostración de cariño de sus padres.

Thomas abrazó a Nathalie por encima de su hombro y nos miró.

—Deben quedarse a cenar. Esto merece festejar —nos dijo.

—No lo sé — Comencé a decir.

—Por favor —insistió mi hermana.

Miré a Anna buscando su aprobación y ella me devolvió una sonrisa. —Por mí está bien —respondió, dirigiendo su mirada a mi hermana.

—¡Maravilloso! —Festejó Nathalie e inmediatamente comenzó a sacar las ollas y los utensilios de cocina.

La cena ocurrió tranquila y, al menos, pude enviarle suficientes miradas de advertencia a mi hermana para que no tocara el tema de mi amistad con Anna, quien había insistido en sentarse junto a Fred para continuar

jugando con él.

Sorprendentemente, el final del día resultó tal y como lo había imaginado al comienzo. Anna se había acoplado a la familia y se la veía cómoda y relajada, como pocas veces la había visto antes. Incluso, hizo buenas migas con Nathalie y ambas se pusieron del mismo lado a la hora de reírse a mis costillas.

Y mientras la observaba reírse debido a una broma que había hecho mi cuñado, lo supe.... La amaba. Quería que este fuese mi presente y mi futuro. Quería más cenas como estás, quería una familia como la de mi hermana y la quería con ella.

Justo en ese momento, mientras la observaba enamorado y casi embelesado por el sonido de su risa, mi hermana interceptó mi mirada. Ella también lo supo y me sonrió feliz, pero no pude sonreírle en respuesta porque en el fondo, una parte de mí, me decía que Anna el corazón de Anna era inalcanzable.

—¿Estás lista? —le pregunté después de que terminara mi cerveza.

Miró en mi dirección, luego a Fred y, finalmente, asintió. Parecía un poco triste por tener que decir adiós. Le dejó un suave beso en sus mejillas rosadas y se lo alcanzó a mi hermana.

—Felicitaciones. Tienes una familia encantadora —le dijo saludándola con un abrazo.

Mis ojos se abrieron por la sorpresa porque esta nueva versión de Anna, más sensible, era un universo completamente nuevo para mí... y sembraba esperanza.

Me despedí de mi hermana y ambos caminamos por la vereda en dirección al auto. Sorprendentemente, Anna no se inmutó cuando deslicé mi brazo alrededor de su cintura y eso me hizo sentir increíblemente bien.

La acompañé hasta la puerta del acompañante, pero antes de dejarla subir, giré su rostro en mi dirección y la presioné contra el auto. Extendí mi mano hasta su frente y aparte un mechón de su cabello. Luego, incliné su barbilla para que su boca quedase más cerca de la mía y esperé unos segundos por su aprobación. No se alejó, así que presioné sus labios contra los míos y la besé. Fue rápido y suave, por si mi hermana estuviese espiando a través de las cortinas de la sala, pero tan cargado se sentían como ningún otro beso que le hubiese dado antes.

Me separé de ella y le sonreí. Luego, deslicé mi mano por su espalda y abrí la puerta. Ella apoyó su mano en el techo y se giró para entrar, pero

antes de hacerlo, su puso de puntillas y me dio un pequeño beso.

—Gracias por traerme —me dijo y se sentó en el auto —La pasé realmente bien.

Permanecí estático durante algunos segundos antes de volver a reaccionar y caminar hasta la puerta del conductor. Definitivamente, había sido bueno traerla.

Capítulo 26

Anna

¿Recuerdan la sensación que se producía cuando, de pequeños, giraban en la hamaca hasta marearse? O bueno, ¿Cuándo uno se emborracha y todo gira alrededor? Bueno, así me sentía cada vez que pensaba en Nicholas. Daba mil vueltas y no paraba hasta sentirme mareada. Mareada en sentimientos. Todo en cuanto a él, me hacía dar vueltas hasta marearme.

Quería bajarme de esta hamaca, pero no paraba. Cada vez que creía que al fin podía poner pie en terreno firme, volvía a dar una vuelta sorpresa. Más rápido. Las imágenes que destellaban en mi cabeza eran las de Daniel y Nicholas. Dos puntos opuestos. Uno representando mi enfermedad y el otro mi salvación. ¿Acaso podría ser salvada?

Podría dejarme caer y correr hacia los brazos de Nicholas. Podría entregarle mi corazón, pero para ello, debía estar segura. Segura de lo que sentía, segura de lo que teníamos y segura de lo que iba a hacer. Pero, ¿Cómo podía estar segura si esta maldita hamaca no paraba de girar? Hasta que no lo hiciese, no podría tomar una decisión y tenía que admitir que estaba aterrada del siguiente paso que tomaría porque podría arrojarme al abismo y volver a caer contra el suelo.

Mientras yo continuaba dando vueltas, las cosas a mi alrededor seguían funcionando. El mundo seguía en movimiento. Ethan regresó a Nueva York y estaba segura de que no volvería a Houston por un tiempo. Necesitaba poner distancia entre él y Sohia y yo lo entendía. No estaba de acuerdo, pero él había tomado una decisión y a mí me correspondía aceptarla y respetarla.

Y también debía lidiar con mi padre.

Nuestro almuerzo de hoy no fue tan doloroso, pero no estaba segura de querer volver a repetirlo pronto, así que una vez que terminé el postre, me marché del club. No me sentía de humor para jugar golf con él ni para fingir que teníamos una amorosa relación de padre e hija. Así que dije adiós y me dirigí hasta el auto.

Entonces lo vi.

Después de tanto tiempo, parecía un espejismo parado a pocos pasos de mí, observándome detenidamente y sonriéndome de costado. Mi primer impulso fue retroceder, pero ya era tarde. Ya me había visto y no deseaba

parecer como una niña asustada.

Mis piernas comenzaron a temblar, pero era una sensación que estaba dispuesta a controlar. Algún tiempo atrás, me hubiese caído al suelo o hubiese corrido hacia él, mendigándole desvergonzadamente su amor, pero hoy ya no.

Se acercó con pasos lentos hacia mí y podía notar como si todo a nuestro alrededor se hubiese congelado.

—Nena, —dijo sonriendo y tuve que reprimir una mueca ante sus palabras —Te ves increíble —El sonido de su voz retumbó en mi cabeza, accionando los mecanismos de la memoria y desenterrando recuerdos. Mi estómago se contrajo de dolor.

—¿Qué haces aquí? —Fue todo lo que pude decir.

—Negocios —respondió, encogiéndose de hombros. —Llegué a la ciudad esta mañana y recordé que a mi dulce niña le gustaba pasar el día en el club.

—No te atrevas a llamarme así — Escupí en su cara —. Nunca más.

Sonrió de lado y se acercó aún más —¿Así que mi dulce gatita está comenzando a sacar sus garras?

—Detente Daniel o gritaré.

—Me gusta escucharte gritar —dijo y la bilis subió por mi garganta. Los recuerdos me invadieron y tuve que tragar con fuerza.

Retrocedí dos pasos. —Vamos, Anna. Sabes que no puedes tratarme así. Sé que me comporté mal contigo y sé que te lastimé, pero eso fue hace mucho tiempo atrás. Ya has madurado, — Se relamió, barriendo mi cuerpo con su mirada lasciva — y sé que entiendes que solo fue un error. Ahora he vuelto y puedo recompensarte.

La angustia apretó mi cuerpo como si estuviese en un acantilado y estuviera colgando del borde. Apretaba cada parte de mí. Quería no sentir nada, pero, en este momento, eso era imposible. Había enterrado sus recuerdos en lo más profundo de mi corazón. En un lugar frío, oscuro y peligroso. Eran un callejón oscuro y sin salida que me llenaba de miedos y me hacía sentir insegura. No quería volver ahí, pero ahora, ese lugar me encerraba por completo.

No supe en qué momento Daniel estuvo a centímetros de mí y su mano alcanzó mi mejilla. Su toque me hizo estremecer y sentí la bilis corriendo

por mi garganta una vez más.

Una vez, estuve enamorada de él. Una vez, permití que me hiciera cosas que nunca había permitido que nadie me hiciese. Una vez le entregué mi virginidad, mi inocencia y mis ilusiones. Entonces, tenía quince años y era joven e inexperta. Él tomó todo de mí, cada gramo de mí le perteneció.

Fue entonces cuando, cegada por mi estúpido enamoramiento, me había escapado hasta Nueva York para verlo. Para mi sorpresa, fue Melissa quien abrió la puerta. Eso fue todo para mí. Entonces me di cuenta de que solo había sido un juego para él, pero ya era tarde y ya me hallaba rota.

Había pensado que me amaba y me dejé vivir en esa fantasía por tres largos años, pero lo sabía mejor ahora. Las dulces palabras que me había dicho solo habían sido una estratagema, y caí. Tomé el anzuelo, línea y plomada. Si pudiera regresar el tiempo atrás, lo haría. Le había dado una parte de mí misma que no podía devolver.

Negué con la cabeza. No podía permitirle volver a romperme.

—Si te vuelves a acercar, le contaré todo a mi padre. Te denunciaré.

Sus ojos se oscurecieron y la expresión de arrogancia de su rostro pronto se transformó en ira.

—Vamos Anna. Eres más inteligente que eso.

—Tenía solo quince años.

Se rio. —Y tú no pusiste ninguna resistencia.

—Era joven e ingenua. Y te aprovechaste de mí. ¡Claro que no pondría resistencia! Me envolviste con tus sucias palabras—dije, al borde del llanto.

—Creo que tenemos recuerdos diferentes —Dijo y me tomó por el brazo con fuerza—. Si fue tan malo, ¿por qué seguías abriéndote de piernas cada vez que venía a la ciudad? Recuerdo que eras tú quien me llamaba suplicando verme... me rogabas Anna, lo recuerdas, ¿no cierto? Te gustaba lo que te hacía... creo que aún debe gustarte.

Quería salir corriendo. Necesitaba irme de aquí antes de sentirme demasiado enferma y débil para hacerlo. Los siguientes segundos fueron una niebla borrosa mientras murmuraba—: Oh Dios. Yo te amaba, pero solo te aprovechaste de mí. Solo me usaste para tu retorcido placer. Te aprovechaste de mi ingenuidad para envolverme en tu juego. Pero te tengo una noticia, ya no soy esa niña tonta, como lo notaste, maduré y he aprendido mantenerme bien alejada de abusadores como tú. Ahora, si no

me sueltas gritaré. Gritaré tan fuerte que todo el club lo oirá.

Daniel suspiró hondo conteniendo la rabia y negó con la cabeza. —Bien —dijo y me liberó—. Al fin de cuentas, no eres más que otra puta barata.

Apreté mis ojos con fuerza mientras sentía como mis manos se transformaban en dos puños. Tomé una bocanada de aire y cuando abrí los ojos nuevamente, toda la rabia, el dolor y la angustia contenida por años, se acumuló en mi pecho. Sin pensarlo, azoté mi mano contra su mejilla.

—No te atrevas a acercarte de nuevo. No quiero volver a verte.

Daniel se echó a reír y llevó la mano a la mejilla. —Eso está por verse, muñeca. Me gusta esta nueva versión de ti —exclamó en tono de burla mientras yo intentaba llegar a mi coche.

No me giré para comprobar si me estaba siguiendo. Solo sabía que tenía que escapar.

Me senté en el asiento y apoyé mis manos temblorosas contra el volante. Las lágrimas que había estado reteniendo corrían por mi cara. Tomé una bocanada profunda de aire dejando que el resto de las lágrimas cayeran libres.

¿Por qué el encontrarlo de nuevo, después de tanto tiempo, me hizo tan mal? No estaba segura. Pensaba que lo tenía superado. Mi estómago dio un vuelco y apreté las dos manos contra mí rezando para no enfermar. Odiaba ser tan ingenua. La Anna mala y fría que siempre interpretaba hubiera sabido qué hacer, pero esta Anna, rota e insegura, solo quería llorar. Se me escapó un sollozo y apoyé la frente contra el volante para liberar toda la tristeza acumulada.

Cuando abrí la puerta de mi casa, Maya me esperaba. Cualquier tristeza que había sentido, desapareció y fue sustituida por un dolor frío y adormecedor.

—¿Qué hace aquí, señorita? —preguntó. —Pensé que iría a la empresa luego de almorzar con su padre—. Maya vio mi rostro y toda su expresión se contrajo. —Anna, mi niña, ¿estás bien?

—No me siento de ánimos para ir a la oficina. No quiero ver ni hablar con nadie y prométeme que no le dirás nada de esto a Ethan. No quiero que se preocupe.

Maya frunció el ceño. —¿Qué se supone que tengo que decirle si pregunta

por ti?

Me encogí de hombros. —Dile que estoy ocupada con la facultad.

Pasé junto a Maya y subí las escaleras. No conseguiría dormir mucho esta noche, pero quería estar sola. Mi corazón roto necesitaba privacidad para llorar.

Capítulo 27

Nicholas

Anna no contestaba mis llamadas, maldita sea. Tampoco había ido a la oficina esta semana. Al igual que antes. Me estaba dejando afuera, nuevamente.

Necesitaba hablarle.

Llegué a la puerta de entrada de su casa y casi atropellé a Maya.

—Anna está aquí, ¿no cierto? —pregunté, tratando de no empujarla para meterme dentro de la casa sin su permiso.

Maya asintió. —Sí, señorito. Escondiéndose en su mundo todo el día. Lo lamento por la pobre chica, no sé qué le ocurre. No quiere hablar conmigo. Es bueno que usted esté aquí—respondió regalándome una sonrisa antes de pasar a mí alrededor y salir por la puerta.

No esperaba esa respuesta. Fruncí el ceño y me encaminé a través de la sala. Subí las escaleras y entré a su habitación sin tocar. Estaba demasiado preocupado.

La encontré sentada contra el respaldo de su cama con los auriculares puestos. Cuando notó mi presencia en el lugar, sus ojos se abrieron grandes y una expresión casi indescifrable atravesó su rostro. Se sentó recta y sus hombros se tensaron.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó manteniendo su mirada apartada. Ya estaba acostumbrado al frío tono sexy-como-el-infierno en su voz. Había estado en Anna antes, pero pensaba que ya era cosa del pasado y volver a escucharlo, encendió todas mis alarmas.

—No contestas mis llamadas. Estoy preocupado —dije sincero, pero no me moví de mi lugar. Sinceramente, no estaba seguro de cómo actuar.

—Te agradezco tu preocupación, pero estoy bien... Solo me estoy tomando un tiempo para mí—me respondió, encogiéndose de hombros.

¿Qué rayos? —Si esto tiene algo que ver con lo de mi hermana....o si hice algo que te molestó —comencé a decirle.

Negó rápidamente con la cabeza y una triste sonrisa se dibujó en su rostro. —No es eso —dijo, lentamente—. Es solo que.... No sé como

explicarlo —exhaló frustrada.

Suspiré también y caminé algunos pasos hacia ella. —¿Qué te parece si solo lo dices y ya?—sugerí.

—Yo no soy del tipo que tiene relaciones Nicholas y lo nuestro... bueno, fue divertido al comienzo, pero luego una cosa llevó a la otra y siento que ya se nos está escapando de las manos. Es hora de ponerle punto final, no podemos seguir jugando a que somos una pareja.

Sus palabras fueron como dagas que se clavaron en mi estómago. Me acerqué hasta su cama y me senté en el borde del colchón. Dejé escapar un suspiro al tiempo que pasaba mis manos por mi nuca y las frotaba intentando mantener la calma.

—¿Un juego? — Hice todo lo posible para eliminar la ira de mi voz y hablar con ella tranquilamente—¿Eso fue todo para ti?

Agarré su mandíbula y sostuve su rostro para que me mirase. Pude ver el dolor y la angustia en sus ojos. Me acerqué a ella y presioné mi frente con la suya. No se movió, en vez de eso, cerró los ojos y tomó una pesada respiración. Quería decirle que la amaba, que cualquiera sea el motivo de su distancia, lo entendía. Quería rogarle que no me dejase afuera.

Suspiró y volteó la cabeza para alejarse de mí. La observé cuidadosamente, convencido de que veía más duda en sus rasgos que determinación. Su voz estuvo tranquila cuando habló.

—Te lo advertí, Nicholas. Nada de amor. Sabías que esto se iba a terminar en algún momento. Y creo que el momento llegó.

Mi mente se bloqueó. Toda la sangre de mi cuerpo dejó de correr. No tenía ni una puta idea de cómo reaccionar.

—Así que para ti, ¿nada de lo que tuvimos significó algo? —le consulté, tomándola por un brazo. —Dime, mirándome a los ojos, que nada, absolutamente nada de esto, significó algo para ti —Presioné mis labios más cerca de su oído—. Dime que no se te acelera el corazón cuando estamos juntos —Le susurré—. Dime que tu cuerpo no reclama el mío como suyo, pero dímelo a los ojos —Lentamente me retiré de ella y la obligué a mirarme a los ojos.

Su respiración se volvió mucho más pesada y la mía también. Mi corazón comenzó a latir tan pesadamente que podría quebrar el interior de mi pecho. No podía respirar, no importaba cuánto lo intentaba, todo a mi alrededor se sentía pesado. Estaba demasiado aturdido. Necesitaba escucharla decirme que me quería, pero no lo hizo. Forcé mi boca contra la suya y la besé con una posesividad que no sabía que estaba en mí

intentando convencerla de que lo nuestro realmente significó algo. Intentando retenerla conmigo porque me negaba a aceptar que ella no sentía lo mismo. La presioné más fuerte contra mi cuerpo, pero sus manos se posicionaron contra mi pecho y me apartaron.

—Basta Nicholas, necesito que entiendas que esto ya no puede continuar.

—Por favor, no me dejes afuera de esto. Lo que sea que te está pasando, puedo ayudarte... podemos solucionarlo, juntos —imploré como un niño.

Negó con la cabeza y se aclaró la garganta. — Tienes que entender que es mejor dejar las cosas como están y continuar siendo amigo antes de que alguno de los dos termine lastimado.

Solté una risa frustrada y casi burlona. —¿Me estás tomando el pelo? ¿Amigos? Tú y yo ya no podemos ser solo amigos y eso lo sabes muy bien.

Se levantó de la cama y caminó hasta la puerta de su habitación para abrirla. —En ese caso, será mejor que te vayas —Me dijo con la mirada baja.

Quise maldecir y golpear la pared con mi puño. Quería gritarle para que mostrara alguna emoción, para que me demostrara que yo le importaba. Nunca perdí el control, pero justo ahora, me encontraba a punto de hacerlo. Sin embargo, tomé una respiración tranquilizadora.

Ella había ganado la batalla, ya no me quedaban peones en el combate por su corazón. —Si es lo que quieres.

Sus ojos color infierno me miraron y asintió con la cabeza hacia la puerta como pidiéndome que me fuera.

Aturdido, pasé frente a ella sin decir nada. Ni siquiera dijo adiós.

No volvería. Este era nuestro final. Así como me había dado cuenta de que no podía seguir tontenado con ella porque la amaba, ella me había enseñado que el amor no puede ser sostenido solo por una persona.

Capítulo 28

Anna

Una suave brisa corría por todo el cementerio, moviendo las copas de los árboles que rodeaban el enrejado del lugar. El sol aún se mantenía en lo alto, pero el aire había comenzado a tornarse un poco más fresco.

Estaba sentada sobre el césped, mirando fijamente la inscripción de la tumba que tenía frente a mí.

Emily Williams Jameson.

Sonreí y cerré mis ojos por unos instantes intentando recordar su rostro. Cada año se hacía más difícil. Sus facciones se iban borrando de mi memoria y ya no estaba segura de acordarme su verdadero color de ojos.

Miré hacia mi alrededor. El silencio parecía cortarse entre las lápidas de las tumbas y silbaba una triste melodía. Corté unas hojas de césped del suelo y jugué con ellas entre mis dedos.

—Aún se siente igual que el primer día —Una voz a mis espaldas me hizo estremecer.

Volteé mi cabeza y me encontré con Ethan parado detrás de mí. El saco de su traje colgaba doblado en su brazo derecho y su otra mano se encontraba escondida en el bolsillo de su pantalón. Entorné mis ojos para asegurarme que no estaba alucinando.

—¿Pensaste que lo había olvidado? —Me dijo, al tiempo que se sentaba a mi lado en el suelo.

—Es solo que —dije mirando como dejaba el saco a un costado —no sabía que estabas en la ciudad.

—En realidad, no estoy. No de manera oficial —dijo, frunciendo los labios—. Todos los años vengo en la fecha del aniversario de su muerte.

Asentí y volví a fijar mi vista al frente. Ambos permanecimos en silencio durante varios minutos mientras mirábamos la fría lápida de mármol.

El tiempo pasaba a nuestras espaldas mientras el sol se escondía detrás de las nubes blancas que habían comenzado a poblar el cielo. —¿La extrañas? —Le consulté.

—Siempre. Han pasado doce años —dijo mirando el cielo —, pero aún se

siente demasiado cercano.

—Todos los días miro su fotografía. A veces, tengo miedo de olvidarme de cómo era ella —dije y una lágrima cayó por mi mejilla —Antes del cáncer, me refiero. Como era su rostro antes del cáncer.

Ethan pasó su dedo por mi rostro y asintió. —Yo hago lo mismo —Me confesó.

Cinco minutos más pasaron a nuestro alrededor mientras observábamos su tumba.

—¿Qué pasó entre nosotros, Anna? —dijo, pasando una mano sobre mis hombros —Solíamos ser muy unidos.

Solté un suspiro y dejé descansar mi cabeza sobre su cuerpo.

—El tiempo pasó —Le respondí.

Ethan tomó aire y lo dejó escapar despacio a través de sus fosas nasales. Presionó su mano con fuerza contra mi hombro y dejó un beso en mi cabeza.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, ¿no cierto?
—Me dijo.

—Claro que sí.

—Y contarme cualquier cosa —Volvió a decir y noté el cambio de tono en su voz.

—Sí —Le respondí.

Ethan me miró con la mirada entornada y el ceño fruncido por varios segundos esperando que continuara hablando. No lo hice, así que negó con la cabeza y volvió a fijar la vista al frente.

—Me encontré con Nicholas por casualidad a la salida de la empresa. No lucía nada bien.

—Ser idiota lo tiene mal —dije, apretando mis labios e intentando no demostrar como sus palabras me habían afectado.

—Nicholas puede ser un imbécil la mayor parte del tiempo —dijo Ethan sonriendo de costado —, pero ese imbécil te ama.

Todo mi cuerpo se congeló y tuve que contener la respiración.

—No creas que no lo sabía, Anna. No soy tan estúpido. Ese idiota te ama desde el día en que te conoció. Traías locos a todos mis amigos, por eso evitaba llevarlos a casa —Hizo una pequeña pausa y luego continuó—. Sin embargo, sí llevé a Nicholas. Confiaba en que mantendría sus manos lejos de mi hermanita, pero el muy idiota ya andaba babeando y cumpliendo tus caprichos a los tres segundos. Supe que él estaba perdido en el instante en el que atravesó la puerta del patio después de encontrarte en la cocina mientras pretendías escabullirte de mí.

—¿Cómo... — Quise preguntar, pero no me dejó continuar.

—¿Cómo lo supe? —dijo, sonriendo —Anna, eres mi hermanita. Siempre supe tus movimientos. Aun cuando convencías al pobre infeliz de cubrir tu trasero.

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

—Porque estabas viviendo, Anna. Vivías y te rebelabas contra papá de una manera que yo nunca pude hacerlo. Seguías tus instintos de una manera que me enorgullecía. No quería quebrar tus alas, Anna. Quería que seas libre, que vivas las emociones y experiencias que quisieras porque sabía que eras lo suficientemente inteligente como para no cometer alguna estupidez. Y no voy a dejar que esta vez sea la excepción.

—¿A qué te refieres? —Le pregunté mirándolo con intriga.

—A Nicholas, Anna. Ese hombre te ama, aunque seas demasiado terca para aceptarlo.

—¿Bebiste algo antes de venir? —Le consulté —Nicholas no me ama. Está confundido. Una buena follada no significa amor —dije con rabia.

Ethan dejó escapar un suspiro frustrado y volvió a negar con la cabeza.

—Hay muchas buenas folladas por la calle, Anna —Me dijo —Y tú lo sabes, aunque me duela admitirlo, lo sabes bien —Dijo despeinó mi cabeza con su mano—. Pero uno no llora como un bebé por una follada, por más buena que sea.

Mi corazón se detuvo de golpe y comenzó a latir muy lentamente. Casi tan lento y tan fuerte que podía escucharlo contraerse y expandirse dentro de mi pecho a un ritmo pausado y doloroso. ¿Nicholas estaba llorando? ¿Por mí? ¿De verdad me amaba?

Junté mis rodillas y envolví mis manos alrededor de ellas. El dolor que se

expandía por mi pecho hizo que mi cuerpo comenzara a temblar.

—Nunca interferiré en tus decisiones, Anna. Ni siquiera cuando me di cuenta de que habían comenzado a tontear entre ustedes dos, pero ahora que acabo de ver a mi mejor amigo salir de la oficina luciendo como la mierda, algo tengo que hacer. Anna, este juego ya llegó demasiado lejos. Nicholas va a vender sus acciones de la empresa.

Todo mi cuerpo se congeló y sentí como mi labio inferior comenzaba a temblar.

—¿Qué has dicho?

—¿Te acuerdas de Daniel Duke, el amigo de papá? —El solo hecho de escuchar su nombre, hizo que dejase de respirar —Le hizo una oferta a la junta directiva y Nicholas pareció convencido de venderle su parte de las acciones.

Esto no podía estar pasado. Esto no era real. Mi corazón retumbaba contra mi pecho. Daniel Duke no solo había destruido mi vida, sino que me había convertido en una persona horrible. Una persona que lastimaba. Una persona que jugaba con los sentimientos de los demás.

Estaba dolida y fui egoísta, pero el dolor no excusaba lo que había hecho. Mi estómago estaba revuelto por la culpa. ¿Qué le había hecho a Nicholas? ¿Cómo pude hacerle tanto daño?

Debería haber llamado a Nicholas ayer. No, debería haber corrido a sus brazos después de haberme encontrado con Daniel a la salida del club. En cambio, ante el primer signo de miedo, mentí y corrí.

Cuando fue a verme a mi habitación, no supe qué hacer, no supe cómo manejar lo que me estaba pasando. El miedo a volver a sufrir me había cegado, pero no me había dado cuenta de que ahora ambos éramos miserables.

—Soy una persona horrible, Ethan —Descansé la cabeza contra su hombro y cerré los ojos. Las lágrimas comenzaron a descender por mis mejillas.

Ethan pasó un brazo a mi alrededor y me acarició.

—No lo eres, Ann. Eres una buena chica con un gran corazón. Solo estás un poco confundida. Es normal. El amor asusta. Asusta como la mierda, pero créeme que vale la pena. No todos tienen la fortuna de encontrarlo. Algunos, lo hacemos demasiado tarde, pero tú estás a tiempo.

Me iba a derrumbar. Las lágrimas se acumulaban detrás de mis ojos y tuve que tragar el nudo en mi garganta. No tenía tiempo de llorar como

una niña. Tenía que hablar con Nicholas, ahora.

Él había sido condenadamente dulce conmigo. No lo merecía, pero él me quería. A mí. A nadie más. Incluso después de que lo ignoré, volvió a mí. Cuando necesité a alguien con quien llorar y desahogarme, él me había escuchado y había estado para mí. Diablos, todo lo que él había hecho durante todo este tiempo era estar para mí.

No iba a permitir que Nicholas venda sus acciones. No iba a permitir que Nicholas escapase de mi vida. Y, por primera vez en mucho tiempo, estaba convencida de que no iba a dejar que Daniel Duke volviese a poner mi vida de cabezas.

Me sequé las lágrimas de mis mejillas y lo miré.

—Lo amo, Ethan —admití, y me sentí libre como nunca antes me había sentido. Sí, lo amaba. Incluso, tal vez desde el primer día, pero había sido demasiado testaruda. El dolor que había atravesado en el pasado me había vuelto insensible, pero Nicholas había curado mis heridas — Creí estar enamorada en el pasado, pero estaba equivocada. Las semanas que pasamos juntos fueron las mejores de mi vida. Que me amara y me cuidara fue increíble, pero metí la pata. Siempre lo hago. Es lo que mejor sé hacer.

Ethan se incorporó y apoyó una mano en mi espalda. —No, no eres buena en eso. Eres buena en muchas cosas, pero meter la pata no es una de ellas. Todos cometemos errores. Dios sabe lo que hice con Sophia, pero cuando encontramos una persona que nos completa, no nos damos por vencido. Sin importar lo mal que metimos la pata. Hacemos lo correcto.

Dejé que sus palabras me golpearan con fuerza. —Tengo que irme —le dije antes de pararme.

Iba a arreglar esto. Solo esperaba que él lo entendiera. Ethan asintió y me sonrió. —Esa es la Anna que conozco —me dijo, dándome un beso en la frente antes de darme un pequeño empujoncito para que saliese corriendo del lugar.

Capítulo 29

Nicholas

Tener la mente ocupada siempre ayudaba a mantenerme alejado de las cosas que menos quería pensar, y lo que menos quería hacer en estos momentos era pensar en Anna.

Pensar en ella me recordaba el tiempo que llevaba sin verla, sin besarla, sin sentirla. Pensar en ella dolía así que para combatir el dolor el Whisky era un buen aliado. Cuando no tenía whisky, ella era difícil de olvidar e incluso con todo el whisky que había bebido en las últimas horas no podía evitar recordarla, pero simplemente me dolía menos.

Tragando el repentino nudo en mi garganta, vacié mi vaso y me desplomé en el sillón mirando la televisión apagada. No iba a llorar por ella. No lo haría. Nunca la había tenido, en realidad no.

Ahora, tenía que centrarme en mi futuro. Había tomado la decisión correcta, lo sabía. Necesitaba alejarme de la ciudad de Anna.

Por supuesto mi padre puso el grito en el cielo cuando se enteró e incluso me amenazó con cancelar su viaje y volver de inmediato. Por mí, podía hacer todo el escándalo que quisiera, después de todo, eran mis acciones y la venta afectaría muy poco su peso en la empresa, ya que eran acciones minoristas que poco peso tenían en la junta directiva.

Ethan también había tratado de persuadirme de todas las maneras posibles, pero no cedería. No esta vez. Ya había agotado mi última pizca de orgullo. En el pasado, hubiese podido volver a enfrentarme a Anna y fingir que nada pasó entre nosotros, pero eso fue antes de haberle entregado por completo mi corazón. Estaba seguro de que lo superaría. Tendría que hacerlo, pero necesitaba tiempo.

Mientras contemplaba mi triste reflejo en el oscuro vidrio del televisor, no podía dejar de preguntarme en qué fallé, qué cosas hice mal. Analicé cada uno de nuestros momentos juntos y los repasé una y otra vez en mi cabeza, intentando revivir cada pequeño detalle. Finalmente, tuve que llegar a la conclusión de que lo mío con Anna siempre había sido un callejón sin salida.

Sabía exactamente en dónde me había equivocado... El principio de nuestra relación fue casi novelesco, la típica historia de dos amigos que se enredan, luego se enamoran, después discuten y finalmente se reconcilian y comen perdices por el resto de sus días. Creí que estaba viviendo una de esas historias, fue ahí en dónde me equivoqué. Me dejé llevar por la

fantasía y ahora debía asumir las consecuencias.

Finalmente, tanto alcohol comenzó a hacer efecto, así que me recosté en el sofá apoyando el brazo sobre la cara. Tal vez, esta noche podría dormir profundamente, pensé esperanzado, pero el destino no parecía querer complacerme.

El sonido del timbre retumbó a mis espaldas, perforándome los oídos. Lo ignoré, pero quien estaba del otro lado se puso realmente insistente.

Maldiciendo, me levanté y caminé con torpes movimientos hasta el intercomunicador.

—Ethan, si eres tú te juro que... —balbuceé.

—No soy Ethan ... soy yo.

Oh Dios...Su voz... El sonido llegó a mis oídos como si fuese el dulce cantar de un ángel, pero se clavó en mi pecho como una daga ardiente. ¿Qué estaba haciendo aquí?

—¿Qué haces aquí? — intenté coordinar los músculos para poder pronunciar sin delatar mi estado emocional.

—¿Me dejas pasar, por favor?

Escuchar la súplica en sus palabras me hizo querer abrir la puerta y tirar mis brazos a su alrededor para envolverla contra mi pecho y no soltarla nunca más. Cerré los ojos con fuerza y le llevé el puño a la boca para morderme la piel. Mi corazón comenzó a palpar más deprisa y mi mente no podía pensar en otra cosa que no fuese presionar el botón de apertura del acceso principal del edificio. Anna tenía acceso al edificio sin anunciarse, pero el hecho de que hubiera preferido avisarme antes de subir indicaba lo mal que estaban las cosas entre nosotros.

Una parte de mí me decía que permitirle pasar no nos haría ningún bien a ninguno de los dos. Hacía solo una semana me había echado de su casa diciéndome que no quería seguir jugando a que éramos una pareja, así que, si estaba acá por sexo, podía darse la vuelta e irse. No había manera de que pudiese volver a tener algo con ella cuando mi corazón deseaba algo más... algo que ella no estaba dispuesta a brindarme. Si necesitaba un revolcón, había cientos de chicas con quien podría divertirme y ninguna de ellas rompería mi corazón después.

Sin embargo, el caballero que habitaba dentro de mí, o al menos intenté convencerme de que ese era el motivo, decidió que no podía dejarla en la puerta, así que soltando un suspiro presione con fuerza el botón de

acceso.

Cuanto los segundos en mi mente y luego giro el seguro para abrir la puerta casi al mismo tiempo en que las puertas del ascensor se abren. No podría describir lo que mi cuerpo sintió al verla porque las palabras correctas aún no se habían inventado.

Mi reacción natural en este momento fue tomarla de la cintura y arrastrarla contra mi cuerpo, independientemente de la razón por la que estaba aquí, pero me contuve.

Caminó con pasos lentos hasta donde yo me encontraba parado, casi hecho una estatua observándola y me regaló una leve y nerviosa sonrisa a modo de saludo.

No me molesté en sonreírle en respuesta. —¿Qué haces aquí?

Su labio inferior tembló y dejó escapar un suspiro audible. Sus manos se movían nerviosas a sus costados y todo su cuerpo parecía haber comenzado a temblar. —¿Quieres que me vaya? —me consultó con voz temblorosa.

Negué con la cabeza y dejé escapar un suspiro. Luego, me moví de mi posición dejando espacio para que ella pudiese entrar al departamento. La observé inhalar una respiración profunda antes de pasar por mi lado.

Cerré la puerta y luego levanté la mirada para encontrar la suya. Estaba de pie varios centímetros delante de mí, observándome y pude descifrar por la tensión en su expresión que estaba haciendo lo mismo que yo. Estaba reteniendo sus sentimientos.

Nuestra relación con Anna siempre había sido honesta, desde el primer día. Ambos éramos reales el uno con el otro y siempre decíamos lo que pensábamos. Ahora, parecíamos dos extraños.

—¿Estás aquí porque te envió Ethan? —me arriesgué —Porque si es así, estás perdiendo el tiempo. No voy a cambiar de opinión —Mantuve mi voz firme y cortante.

Negó rápidamente. —Nadie me envió. Vine porque necesitaba verte y hablar contigo.

Pasé la mano por mi cabello, intentando mantenerme calmado. Luego, caminé hasta el sofá ya que mis piernas habían comenzado a debilitarse a causa del alcohol. Además, necesitaba recostarme contra algo firme antes de volver a enfrentarla.

Tomé asiento y la miré—Anna —dije, exhalando frustrado —No puedes seguir haciendo esto. No puedes un día decidir que no me quieres y luego simplemente aparecer en mi departamento. ¿A qué estás jugando? —dije, y en esas palabras volqué toda la emoción contenida.

Suspiró, y sus ojos se movieron nerviosos por toda la habitación antes de hablar. —Lo sé y lo siento — dijo y siguió mi camino por la sala de estar para luego sentarse en el sofá junto a mí —Tú siempre has sido honesto conmigo. Me abriste tu corazón y yo no supe valorarlo. Nunca fui del todo honesta contigo. Estaba tan dolida, tan cegada por un rencor pasado que desaproveché el amor que me brindaste. Fui una tonta y me arrepiento tanto —dijo, al borde de las lágrimas.

Inmediatamente, la atraje hacia mí. Realmente, no sabía hacia donde conducían sus palabras, pero cada una de ellas hizo que mi corazón comenzara a palpar nuevamente, como si en estos últimos días hubiese estado dormido. Sin embargo, sus manos interrumpieron mi abrazo presionando contra mi pecho para alejarse unos centímetros.

Con el pulso tembloroso, se secó las lágrimas y me volvió a enfrentar. —Hay mucho más que necesito decirte, y necesito que me des la oportunidad de hacerlo, ¿de acuerdo?

Simplemente asentí, aunque lo único que quería era presionarla contra mi boca y besarla hasta absorber todo el dolor que se reflejaba en su mirada.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos? —preguntó y asentí, dejando escapar una leve sonrisa ante el recuerdo —La noche anterior, me había escapado de casa por primera vez en mi vida. Sé que te dije que me había ido de fiesta con unas amigas, pero la verdad es que no fue así.

Inhalé el aire por las narices, en un intento de mantener la calma ya que sabía que lo que me estaba por confesar no me iba a gustar. Anna se acomodó y subió las piernas al sofá para luego envolver los brazos alrededor de ellas y apoyar la mejilla en su rodilla, mirando lejos de mí.

—Más temprano ese mismo año, papá brindó una cena de negocios en casa y muchos de sus socios y compradores asistieron. Por supuesto, que Ethan y yo también estuvimos presentes, incluso creo que tu padre también había asistido —reflexionó—. En fin, entre ellos, uno en especial llamó mi atención y fiel a mi espíritu rebelde e inconsciente, no dudé en coquetear con él. Para mí era un juego. Después de todo, yo era solo una adolescente en ese entonces y él adulto. Nunca pensé que en realidad él fuese a fijarse en mí —Suspiró hondo y noté que su cuerpo tembló un poquito. —, pero sí lo hizo.

Cerré los ojos con fuerza y dejé que sus palabras me envolviesen. No estaba seguro de querer escuchar cómo continuaba su relato, pero ella estaba aquí para hablar de ello y yo no tenía las fuerzas para pedirle que se detuviese.

—Más tarde esa misma noche, me interceptó en la cocina y se acercó. Me sirvió una copa de champán y comenzó a charlar conmigo. Fue amable y muy cortés y me convenció de pasarle mi número telefónico. Después de ese momento, continuamos en contacto. Siempre me alagaba diciéndome que lucía mucho más madura para mi edad, que para sus ojos yo no era una chiquilla y que le gustaba charlar conmigo. En fin, una cosa llevó a la otra y nuestras conversaciones se volvieron más...íntimas — Se secó una lágrima y tuve que cerrar los ojos para no volver a jalarla a mí, pero era tan difícil, sin embargo, me mantuve en mi lugar escuchándola —Luego, me invitó a salir y por supuesto que acepté. Para ese entonces, ya estaba loca por él.

Se detuvo por unos instantes y desenvolvió las manos de alrededor de sus piernas para levantar la cabeza y mirarme a los ojos. —De ahí venía ese día. Había salido con él —dijo, lentamente. Tensé mi mandíbula y simplemente asentí. Nada bueno podía salir de mi boca si decía algo en ese momento.

—Fue la primera de muchas salidas. Cada vez que venía a la ciudad, me escapaba para verlo. Al comienzo, se comportaba muy respetuoso, pero al poco tiempo, se cansó de los besos y comenzó a exigirme algo más. Recuerdo sus palabras como si me las estuviese diciendo en este mismo instante. «Si realmente me quieres, debes demostrármelo», dijo, mientras me acariciaba donde nunca antes nadie había hecho. Al principio dudé, pero estaba tan enamorada de él y tenía tanto miedo a perderlo que accedí. Además, para ese momento todas mis amigas ya habían tenido relaciones con sus novios y todas parecían disfrutarlo, así que no encontré argumentos para rechazarlo.

Una risa triste escapó de su garganta y sus manos se movieron nerviosas sobre su regazo —¿Recuerdas cuando me preguntaste por qué siempre quería tener el control durante el sexo? —Asentí, tragando con fuerza la rabia que había comenzado a picar en la garganta —Bueno, resultó que él tenía una visión un poco retorcida del sexo... y después de algunos encuentros descubrí que, si yo llevaba el control, podía al menos disfrutar un poco —En ese momento, toda mi mandíbula se contrajo y mis manos se convirtieron en puños sobre mis piernas —. A él le gustaba el sexo rudo, salvaje. Nunca fue cuidadoso, ni siquiera la primera vez, pero lo soporté. Soporté todo porque creía que lo amaba. Durante mucho tiempo, fue todo lo que conocí, y estaba bien para mí. No era como leía en las novelas románticas ni tampoco se parecía a lo que mis amigas comentaban, pero estaba bien. Yo lo amaba y él a mí, o eso creía hasta

que lo descubrí con otra y todo mi mundo se cayó en pedazos.

Se tomó unos segundos para aclararse la garganta y luego continuó.

—Como una tonta, le arrojé a sus pies llorando y pidiéndole una explicación, pero su única respuesta fue que él nunca me había prometido fidelidad antes de cerrar la puerta de su departamento en mis narices y dejándome tirada en el pasillo llorando e implorándole que no me dejara. No supe cuánto tiempo estuve ahí, rogándole que me abriera la puerta.

—¿Y qué hizo él? —No pude evitar preguntar.

—Melissa abrió la puerta a la mañana siguiente. Todo su rostro reflejaba superioridad cuando pasó a mi lado, sonriéndome de costado y triunfal. Por supuesto que lo primero que hice fue reclamarle por acostarse con mi novio, pero ella simplemente rio con ganas y

antes se salir por el ascensor me dijo que dejara de hacer el ridículo, que ella se veía con él desde antes que yo, y que tampoco era la única.

Me quedé estático en mi lugar, no muy seguro de cómo reaccionar. Quería abrazarla, pero todo lo que me acababa de confesar aun daba vueltas en mi cabeza y me estaba costando asimilarlo. —Él me destruyó, Nic

—Exclamó con tanto dolor en su voz que sentí que se sus palabras de clavaban en mi piel. —Pisoteó mi corazón de todas las formas posibles. Después de él, quedó lo que soy ahora, una Anna rota. Una persona horrible que solo piensa en ella misma, alguien insensible y fría, pero entonces apareciste tú y me entregaste tu corazón. Y yo lo quería Nic. Quería tu corazón y quería ser feliz, quería entregarte los pedazos del mío porque sabía que si había una persona capaz de arreglarlo serías tú —Hizo otra pausa —, pero entonces, volvió a aparecer y la herida volvió a sangrar. No porque aun sienta algo por él, todo lo contrario. Lo único bueno de volver a verlo fue darme cuenta de lo mucho que su persona me repugna, porque ahora puedo decir con total tranquilidad que nunca volvería a caer en su juego. Sin embargo, me recordó el dolor que se siente amar a alguien y el miedo me congeló porque sabía que mi corazón te amaba y si algún día decides que te cansas de mí, o conoces a otra, entonces no podría soportarlo.

En ese momento, hice lo que había querido hacer desde que la había salir del ascensor. La tomé en mis brazos y la presioné contra mi cuerpo. La quería tan cerca de mí como era posible.

Tomé su rostro entre mis manos y la obligué a mirarme. —Escucha una cosa Anna y escúchame bien —digo, con voz firme —Nunca, jamás, me cansaría de ti —Tomé sus manos, que estaban presionadas contra mi pecho y las levanté, besando cada una de sus palmas antes de liberarlas para continuar —. Me vuelves loco a niveles que nadie jamás podría conseguir, así que nunca dudes de mi amor por ti. Eres mi vida y nunca

podría hacer algo que te lastimase, sin lastimarme a mi primero.

Sonrió, y su sonrisa fue genuina por primera vez desde que había llegado. Las lágrimas comenzaron a asomar en sus ojos mientras la abrazaba como si mis brazos pudieran demostrarle mis sentimientos. Suavemente, presioné mis labios contra los suyos queriendo que el resto del mundo desapareciera en ese momento. Al fin, después de tanto tiempo, después de tantas idas y vueltas, había logrado derrumbar las paredes que la mantenían alejada de mí. Era mía, finalmente.

En realidad, siempre lo había sido, solo que ella había estado demasiado confundida para darse cuenta. En mi interior, podía sentir como mi pecho se inflaba de felicidad. Ella había estado asustada, pero yo le demostraría que no había nada que temer, que nuestro amor era real, no como el de...

En ese momento, mi cuerpo se tensó. ¿Quién era el tipo? Ella no había dicho su nombre en ningún momento, pero si estaba relacionado con la empresa debía conocerlo. Además, había mencionado que había vuelto a aparecer, y esa había sido la razón por la que me había hecho pasar la semana más miserable de mi vida. Por más que mi sentido común me gritara que lo dejara pasar, mi orgullo y mi lado protector no descansarían hasta hacerlo pagar.

Lentamente, corté el beso y me alejé unos centímetros para enfrentarla.
—¿Quién es él, Anna?

Su labio tembló. —Eso no importa, Nic. Es solo un idiota. Sé que me equivoqué...lo que sentía por él no era amor. El amor no lastima y no es egoísta. Lo que tenía con él fue solo una relación tóxica que nada tenía que ver con el amor.

—Ese idiota te lastimó y por su culpa he ido y vuelto del infierno estos últimos meses. ¿Quién es, Anna? —Le dije, levantándome del sillón, pero ella solo me miraba nerviosa.

—Por favor, Nic. —Me rogó. Su voz temblorosa sonaba como si estuviese viniendo de un túnel — Ya olvídale... ahora solo es alguien de mi pasado —añadió intentando tranquilizarme.

Negué con la cabeza. —No, definitivamente no es alguien del pasado —respondí de inmediato y debía confesar que los celos estaban hablando por mí en este momento —Ese infeliz volvió a acercarse a ti, pero no voy a permitir que lo vuelva a hacer. Así que dime quien es o voy a averiguarlo por mis propios medios. De alguna manera, lo voy a descubrir —le dije, fulminándola con la mirada.

Anna se mordió el labio inferior y lo pensó por unos segundos. —Es Daniel

Duke.

El nombre retumbó en mi cabeza. Daniel Duke. Cincuenta y cinco años. Arrogante. Cliente recurrente de la empresa y el maldito mal nacido que quería comprar mis acciones.

Con manos temblorosas, tomé las llaves de mi auto y me dispuse a salir.

—Tú me esperas aquí —le dije antes de cerrar la puerta a mis espaldas.

Capítulo 30

Anna

No supe cuánto tiempo estuve sentada sola en el silencio de la sala, contemplando la pared. Dejé escapar un estallido de lo que pensé iba a ser un suspiro, pero sonó más como un sollozo contenido. Ahí fue cuando me di cuenta de que las lágrimas todavía estaban corriendo por mis mejillas. No sabía, con exactitud, hacia donde había salido Nicholas, pero estaba segura de que nada bueno saldría de esto.

Finalmente, la puerta del departamento se abrió y todo mi cuerpo se vio impulsado por una fuerza magnética hacia Nicholas.

—Lo siento, Ann. Tenía que hacerlo. No podía permitir que nadie te hiciera sufrir. Pero te juro que Daniel Duke nunca se acercará a ti otra vez. —Sus palabras me hicieron llorar más fuerte y me aferré a su camiseta enterrando mi cabeza en su pecho.

—Shhh, está bien Ann. Ya pasó. —me susurró al oído.

Dejé que me llevara nuevamente hasta el sillón y me pusiera sobre su regazo. Fue entonces cuando me di cuenta de la sangre que cubría sus nudillos. Jadeando le cogí la mano.

—¡Oh, Dios Mío!

Una risa baja vibró en su pecho mientras tomaba una servilleta que había sobre la pequeña mesa ratona y se limpiaba la sangre de la mano.

—No es mi sangre, Ann —me tranquilizó. Poco a poco solté su muñeca y le dejé terminar la limpieza de lo que supuse era la sangre de Daniel—. Como ya he dicho, ese imbécil no se acercará a ti otra vez.

Asentí con la cabeza. No estaba segura de lo que tenía que decir. Nunca nadie se había peleado con otra persona por mí, al menos no de esta forma tan... protectora. Era una sensación extraña. El calor corriendo por encima de mí mientras miraba los nudillos un poco raspados de Nicholas fue sorprendente. Al parecer, me gustaba la idea de él partiéndole la cara a Daniel.

—Lo siento, Ann—me dijo.

Arranqué la mirada de su mano y lo miré a los ojos. La expresión de preocupación en ellos tiró de mi corazón.

—No tienes que pedir disculpas. Soy yo la que debe disculparse contigo, una y mil veces. Me asusté y lo estropeé. Hui porque soy buena huyendo de los sentimientos. Desde Daniel, no hice otra cosa más que escapar. Nunca dejaba que nadie se me acercase lo suficiente como para lastimarme. Pero me di cuenta de que esta vez no quiero huir. Quiero quedarme.

No me respondió. Solo envolvió un brazo alrededor de mi cintura y tomó mi mano. Nos mantuvimos así durante varios minutos.

—Nic... —Le digo, apenas susurrando. —Solo dime que no me dejarás de querer.

Nunca me había sentido por alguien de la forma en que me sentía con él, y el temor de alguna vez perderlo me helaba la sangre.

Me sujetó aún más fuerte contra su pecho. — Nada, nunca, va a cambiar lo que siento por ti. Eres especial, Anna Jameson. Creo que he estado enamorado de ti desde el momento exacto en que tus piernas se interpusieron en mi camino hace cinco años. Desde ese momento en que te vi, me fascinaste. Luego, a medida que nos hicimos amigos, te quería y una vez que te tuve, me di cuenta de que estaba enamorado de ti.

Nicholas deslizó una otra mano alrededor de mi cintura y la apoyó contra mi espalda baja. —Te amo con un increíble, loco y salvaje amor. Siempre lo haré. Nadie más puede hacerme sentir de esta manera—me dijo en un susurro.

Apreté mis labios contra los suyos y envolví los brazos alrededor de su cuello. —Quiero que te quedes conmigo. ¿Lo harás? ¿Te quedarás esta noche?

—Me quedaré contigo.

Nicholas soltó el aire que estaba conteniendo y me sonrió. Luego, envolvió mis piernas alrededor de su cintura, aseguró sus brazos alrededor de mi espalda y comenzó a caminar hacia su habitación. Con suavidad me dejó sobre la cama y aunque quería seguir envuelta alrededor de su cintura, estar debajo de él era mucho mejor.

Me quitó la ropa lento, sin prisa, como si tuviésemos todo el tiempo del mundo para desvestirnos mientras sus ojos deambulaban sensualmente por mi cuerpo, como si lo estuviese viendo por primera vez. Tomó una respiración cuando bajó la mirada hacia mí y notó que la única cosa entre él y yo eran mis pequeñas bragas.

Comenzó a bajar sobre mí, pero empujé lentamente su pecho y sacudí la cabeza. Al principio, me miró extrañado, pero cuando jalé su camisa

entendió que ahora era su turno. Me sonrió y me dejó desvestirlo.

Imité sus movimientos lentos, descubriéndolo como si fuese la primera vez. Algo implícito entre los dos, nos decía que ésta era nuestra primera vez... la primera vez que ambos estábamos completamente desnudos, no solo de ropa, sino también de sentimientos y emociones. Esta vez, era la primera vez que no había ninguna barrera entre nosotros, ningún secreto, ningún miedo.

Cuando terminé con su ropa, hizo su camino de nuevo encima de mí mientras le daba la bienvenida, envolviendo mis piernas en su cintura y mis brazos en su espalda. Por primera vez, soy consciente de la forma perfecta en que nos acoplamos, como si nuestros cuerpos fuesen piezas de rompecabezas. Su mano izquierda encajaba perfectamente en la mía mientras la deslizaba sobre mi cabeza para presionarla contra el colchón, su lengua danzaba en perfecta armonía con la mía y su mano derecha se ajustaba perfectamente a mi muslo mientras clavaba los dedos en mi piel.

Su boca dejó la mía y estuve a punto de protestar, pero inmediatamente comenzó a saborear mi mandíbula, mi cuello y mi hombro. No sabría explicar por qué ser amada por él le daba un propósito a mi existencia, pero así me sentía. Todo a mi alrededor, mi vida, mi mundo, adquiriría mucho más sentido cuando estábamos juntos de esta forma.

Nicholas me hacía sentir hermosa, importante, amada y necesitada. Me hacía sentir todo y mucho más, y con cada segundo que pasaba más me daba cuenta de lo mucho que lo amaba.

Suavemente, empujé su pecho, necesitando espacio entre los dos.

—Tengo que decirte algo muy importante antes de seguir —murmuré contra su rostro.

Se retiró unos centímetros y me miró cauteloso.

—Te amo.

Sus cejas se relajaron y el alivio inundó sus ojos. Inmediatamente, sus labios se curvaron en una amplia y radiante sonrisa antes de que su boca atrapara la mía para besarme de forma ardiente y profunda.

No me dijo nada porque ya no era necesario porque ambos sabíamos que donde las palabras fallaban, los besos expresaban todo.

Capítulo 31

Epílogo

Dos brazos me envolvían.

—Dios, hueles tan bien por las mañanas. —La voz de Nicholas era apagada contra mi cuello y su cálido aliento hizo que la piel de mis brazos se erizase.

—Mmm —dije con voz ronca.

—Ann —respondió, besando mi cuello y mordisqueando mi oreja.

Giré mi cabeza a un costado para darle mejor acceso. Su calidez rodeándome y sus manos subiendo por mis costados me encendían de inmediato.

—¿Qué? —logré decir mientras una de sus manos jugueteaba con el elástico de mi ropa interior. No podía pensar.

—Te amo, Anna —susurró contra mi oído y beso un camino desde mi oreja hasta mi hombro. Sus pulgares acariciaron la parte inferior de uno de mis pechos y todo mi cuerpo respondió arqueándose contra él. —Te amo tanto. Cada pequeña parte de ti. La forma en que tus labios se curvan cuando sonríes, el brillo de tus ojos cuando me miran desafiantes, la manera en que el sonido de tu voz envía olas de calidez a través de mi piel, la forma en que el simple roce de sus dedos me enciende. Te amo y pasaré el resto de mi vida asegurándome de que sepas que eres mi vida entera y que nunca te dejaré... aunque me eches de tu lado, siempre continuaré volviendo —Su voz era grave y fiera mientras sus manos recorrían mi piel por debajo de la remera que había utilizado para dormir —. Eres mía y yo soy total y completamente tuyo.

Giré en sus brazos y apoyé mis manos contra su duro pecho. Amaba su pecho, especialmente cuando estaba desnudo.

Lo amaba, todo de él. Amaba que nunca me haya juzgado por mi comportamiento en el pasado, amaba que me entendiera de la forma tan siempre en que lo hacía, como si no necesitara más que mirarme para descifrarme, amaba que a pesar de todo lo que le había pasado, continuó regresando a mí, sin importar cuánto lo habían hecho sufrir en ese momento. Amaba su honestidad y su generosidad, pero más que nada, amaba la forma en que me hacía sentir.

Era suya, completamente. Cuerpo, alma y corazón y esta vez estaba orgullosa de serlo. Estaba feliz de poder decir con total sinceridad que

todo en mí le pertenecía.

—Te amo —dije mirándolo directamente a los ojos. Esas largas y oscuras pestañas no deberían ser tan ridículamente sexis, pero lo eran.

Nunca había necesitado tanto al mismo tiempo como necesitaba que él supiese lo que mi corazón sentía. Nicholas enterró sus dos manos en mi cabello y suspiró.

—Para siempre—me dijo contra mis labios.

Cerré los ojos y dejé que sus palabras me envolvieran por completo. Pensar en un "para siempre" con Nicholas envió cosquilleos de felicidad a través de mi cuerpo y disparó directo a mi corazón. El temor y el miedo que alguna vez sentí ya no tenían lugar aquí porque Nicholas era el indicado... siempre había sido él.

Fin